

NUESTROS PROPOSITOS

TARJETA CONTROL
BIBLIOTECA

El porqué de este número extraordinario

El Consejo Federal, al designarme para la redacción y ordenación de este número extraordinario, formuló el propósito de que él fuera el reflejo de opiniones fundamentales de organización, la síntesis de ideas generales respecto a nuestra concepción de las luchas sociales, el examen de cuestiones vitales que apasionan al proletariado consciente y algo así como el compendio de las actividades sindicales en el país y la reseña breve del enorme drama que se desarrolla en el vasto escenario del mundo... Es indudable que no hemos conseguido totalmente nuestros propósitos, pero cábenos la satisfacción de haber puesto todo nuestro empeño en la difícil tarea que nos fuera encomendada, a fin de no defraudar del todo las esperanzas de miles de trabajadores, prontos siempre a cooperar en las iniciativas que encierran en sí un propósito de elevación y cultura de la clase explotada y vilipendiada.

El número extraordinario de «La Organización Obrera», que hoy ofrecemos a nuestros compañeros de ideales y de lucha, tiene el mérito de compendiar las opiniones de destacados adalides del nuevo pensamiento, conteniendo también una síntesis de aquellas cuestiones que más interesan al proletariado militante. Tiene, si no otro, el valor de su variedad de matices y significa un esfuerzo de parte nuestra, si se tiene en cuenta la escasez de materiales con que hemos contado para la formación de este modesto volumen de literatura revolucionaria, artículos y

dicales e informaciones gremiales, en su doble aspecto regional e internacional.

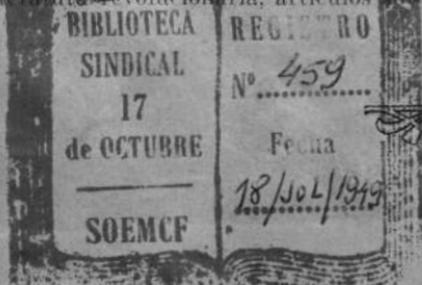
Dejando a un lado los defectos de que adolece este primer suplemento de «La Organización Obrera», creemos que debe afirmarse como una necesidad esta iniciativa, publicando anualmente (de Mayo a Mayo), éste, o el Consejo Federal que le suceda al frente de la F. O. R. A. Comunista, un número extraordinario que refleje la opinión dominante en nuestros círculos de influencia y sea a la vez el breve compendio de las actividades sindicales en los 12 meses que separan a un primero de Mayo del que se le vá aproximando con su trágico cortejo de victimados por la iniquidad social.

Los compañeros lectores juzgarán con imparcialidad nuestra labor, teniendo en cuenta todas las dificultades que se oponen a una empresa de esta naturaleza, viendo en este número extraordinario de «La Organización Obrera», más bien un propósito de hacer algo útil que la pretensión de presentar el fruto de una labor personal, ridícula y vanidosa.

Fruto de nuestra limitada capacidad de obreros estudiosos, ésto ofrecemos, con la satisfacción única de haber cumplido con un deber impuesto por nuestra propia conciencia de hombres libres, amantes de la verdad y de la justicia.

Emilio López Arango.

Buenos Aires, Mayo de 1921.





Dibujo de Vebar

¡Remember, Chicago! ¡Remember a ti, ciudad de la Epopeya, ciudad del Martirio, ciudad del Oprobio! El 1º de Mayo es el gran día de la Recordación y de la Protesta...

La Organización Obrera

SUPLEMENTO EXTRAORDINARIO AL NÚMERO 42

Buenos Aires, Mayo 1 de 1921 -- Redacción y Adm. CONSTITUCION 3451

EL SIGNIFICADO SIMBÓLICO DEL 1º DE MAYO

¡Remember, Chicago! — La voz de los muertos. — El espíritu religioso. — Dos interpretaciones. — Día de protesta o «fiesta del trabajo».

Es costumbre que el proletariado organizado, ya sea para la lucha gremial como para la política, a partir de año 1886, rememore la fecha trágica de Chicago. El 1.º de Mayo, para la clase trabajadora, tiene un significado simbólico: es el día de la protesta universal, el minuto de parálisis que entumece los músculos potentes del monstruo social, indicando al capitalismo el valor efectivo del esfuerzo humano, de la energía productiva que desarrollan el músculo y el cerebro de tantos millones de esclavos.

Chicago, con su inmensa tragedia, con sus horcas sangrientas y los cuerpos bamboleanes de los ajusticiados, constituye la epopeya del proletariado en su lucha contra la explotación capitalista y la tiranía estatal. ¿Quién puede negar la fuerza suggestionadora del trágico simbolismo que en sí encierra el 1.º de Mayo para la clase trabajadora? Porque no se trata solamente de Chicago. En todos los países, el capitalismo ha repetido la bacanal de sangre con que inició su dominio absoluto la plutocracia yanqui. En esta misma república democrática, bajo el dominio de gobiernos criollos supeditados al capricho de plutócratas extranjeros, las escenas de terror, las masacres colectivas, la vil caza al hombre de ideas, se repitieron año tras año, día tras día, minuto tras minuto. Y hemos tenido nuestras semanas sangrientas y nuestros primeros de Mayo luctuosos. Y la sangre proletaria regó las calles y salpicó los frentes de groseras y suntuosas mansiones, para satisfacción de los amos y glorificación de la patria capitalista.

¡Remember, Chicago! ¡Sí, remember a tí, pueblo glorioso, simbolismo de la primera rebeldía contra el régimen infamante de la plutocracia!

Hay algo más elocuente en el hecho que se

rememora, que las horcas con sus badajos humanos y la trágica frialdad de la justicia barguesa: la voz de los muertos, ahogada en las gargantas, que repercutirá la maldición de los hombres libres, a través de los siglos. Sí, uno de los ajusticiados, en el momento supremo del sacrificio, lo dijo con trágica elocuencia: "¡Salud! tiempo en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces, que hoy sofocan con la muerte".

En realidad, más que la ruidosa protesta del proletariado, de 1886 acá, hizo el silencio elocuente de los asesinados por los sayones en todas las manifestaciones y protestas tumultuosas, en todas las huelgas ahogadas en sangre por los pretorianos del capitalismo universal. La voz de los muertos, a través de los años de tragedia, a través de todas las meses y semanas y días trágicos, concita al proletariado a la defensa de sus derechos y también a la venganza de la perenne afrenta recibida. Y es la maldición de las mismas víctimas, la que persigue a los asesinos; y es la sangre de los inmolados en holocausto al monstruo capitalista, la que cubre el frontispicio del edificio social y mancha la túnica encenegada de la diosa Democracia; y es el puñal ensangrentado de los asesinos, el que, recto al corazón, amenaza de muerte a los mismos ejecutores de la injusticia entronizada en el poder. ¡Oh, son ellos, los poderosos, los únicos que se asustan de su obra, los que tiemblan despavoridos ante el fantasma de sus propias conciencias!

La voz de los muertos, en su muda elocuencia, llena los ámbitos del mundo proletario, incitando a la humanidad dolorida a terminar de una vez con este régimen de infamias y feudalismos. Y es esa voz, ténue como un suspiro de moribundo, la que recuerda a la misérrima turba, el desprecio de los amos y la fría alevosía de sus verdugos.

El primero de Mayo, para la mentalidad popular, asume proporciones extraordinarias, ajenas si se quiere a propio vitalismo revolucionario. Chicago es una epopeya que pte-

neces a un pasado que se pierde en la lejanía del tiempo, y, sus actores y víctimas, personajes excepcionales, dotados de algo que no poseen los hombres de hoy. Sin embargo,

nece nuestros. ¿A que se debe, pues, la consagración de aquel hecho en la historia conmemorada del proletariado militante?

Hay que tener en cuenta que Chicago, por

EL EQUILIBRIO...



Si no hubiera jueces y frailes y militares y políticos, ¿sería posible el equilibrio social? El Estado, sin esos elementos de contrapeso, haría el papel de una balanza descompuesta...

fué de ayer la tragedia, Chicago existe con toda la grosería de su industrialismo y los hombres asesinados casi fueron contemporá-

su prioridad en los asesinatos jurídicos por delitos sociales, marca un nuevo derrotero a la lucha por la emancipación proletaria. Por

primera vez, en forma concreta e independiente de toda influencia extraña, la clase trabajadora formula exigencias y traza un plan de luchas presentes y futuras. Rompiendo el continente de la ley, en forma directa, usando de la fuerza de sus músculos potentes, miles de trabajadores exigen la jornada de ocho horas y apelan a medios revolucionarios para conseguirlo. En ese acto insólito para el capitalismo, está la explicación de la tragedia simbolizada en cuatro horcas y las innumeras vicisitudes pasadas por el proletariado en sus luchas contra el capitalismo dominador.

Pero la razón fundamental de la consagración del primero de Mayo, en sus diversas interpretaciones, hay que buscarla en lo que tiene de simbólico para el proletariado. En el fondo de las protestas vehementes y de los sacrificios heroicos, reside mucho del espíritu religioso de que está aún empapada el alma humana. Hombres de fe, creyentes de la revolución, con ese misticismo que hace fuertes a los hombres ante la muerte, los mártires de Chicago afrontaron el sacrificio con verdadero estoicismo, sin una argucia para atenuar su "delito", sin una abjuración para mendigar piedad a sus verdugos. Y murieron como solo son capaces de morir los creyentes, los apóstoles y los santos...

En el fondo oscuro de la tragedia, surgía temerario el espíritu indomable de aquellos hombres. Parsons, antes de entregar su cabeza al verdugo para que ahogara en la tensión del nudo corredizo el gurgutar de la más leve protesta, lanzó a la faz sanguinolenta y enlodada de sus jueces, este viril apotegma: "¿Y qué justicia es la vuestra, que lleva a la horca a hombres a quienes no se ha probado ningún delito?" La acusación, en aquel momento supremo y en boca de un hombre que afrontó sereno la muerte, vale por todas las protestas. Lingg, otro de los ajusticiados, lejos de reconocer autoridad a sus jueces, exclama indignado: "Os desprecio, desprecio vuestro orden, vuestras leyes, vuestras fuerzas y vuestra autoridad... ¡Ahoreádmel!".

Todo es misticismo en el coraje de estos hombres, de estos mártires de un ideal grandioso, que parecen encontrar en la muerte una honda satisfacción, presintiendo la influencia de su sacrificio en las presentes y futuras generaciones de esclavos. Y ese fondo de religiosidad contenido en el gesto supremo de los ahoreados, es el que alimentó el

espíritu de millones de proletarios y dió consistencia a la organización obrera en sus cruentas luchas contra el capitalismo y el Estado.



En el hecho histórico de Chicago, la leyenda deformó algunos de sus episodios principales. Como siempre, la imaginación popular aureoó a los mártires, dotándolos de todo su misticismo, mientras los verdugos pretendían presentarlos a los ojos del pueblo como los más execrables de los asesinos. Dos leyendas, diametralmente opuestas, se tejieron alrededor de aquel hecho rigurosamente histórico, ajustadas al espíritu de los dos grupos en lucha: el capitalismo y el proletariado. Pero no fue idéntica, para todo el proletariado, la interpretación posterior de aquel hecho, su significado simbólico y su valor como elemento de juicio para condenar al régimen imperante del capitalismo. Mientras los socialistas, deformando la consagración del 1.º de Mayo, se limitaban a festejar el día trágico—motejándolo "fiesta del trabajo"—, los anarquistas persistían en sostener el criterio primitivo de que, en ese día de luto para el proletariado, debía salirse a la calle en ruidosa protesta y hasta tentar un golpe revolucionario, para vindicar a los mártires de Chicago y a todas las víctimas caídas en las garras del monstruo capitalista.

La rememoración del 1.º de Mayo, según el criterio anarquista, consagró, por así decirlo, la vitalidad revolucionaria del proletariado: A Chicago, le siguieron Milán, Barcelona, Jerez, Buenos Aires, etc., con sus semanas sangrientas y sus jornadas trágicas, quedando definitivamente, el 1.º de Mayo, consagrado como día de protesta del proletariado universal. Mientras tanto, por las calles ensangrentadas, pisando el lodo enrojecido, los socialistas siguieron realizando sus procesiones, al son de charangas y cantos litúrgicos... La "fiesta del trabajo" fué el vil escarnio de los que, explotando el dolor que emerge de tan sobrehumana tragedia, arrear ingentes rebañones hipnotizados por malabarismos incongruentes.

¡No, el 1.º de Mayo no puede ser consagrado como la "fiesta del trabajo"! A lo sumo, cabe rememorarlo como día de dolor universal, de exaltación revolucionaria, de ruidosa protesta contra un régimen infame y corrompido.

La nueva cruzada

Todos los factores que actúan en los medios de los sistemas políticos, adversos unos, o de apariencia favorable otros al capitalismo, siguen trabajando la revolución. Cada día que pasa se hace más inminente y es considerada con más convicción como la única salvadora. Las conformaciones sociales que los enemigos del proletariado se empeñan en sostener en contra de las leyes de la vida que las han declarado en quiebra, ahondan sus rupturas, como pedruzos que se disgregan o se separan de un tronco común. Y sus hombres guioneros, sus estadistas, sus pensadores y sus diplomáticos, carecen de habilidad y ciencia para restaurar el equilibrio sobre un tiempo que comprende un prolongado porvenir. Al contrario. Impulsados por una torpeza que no tiene ejemplo y que no se sabe si es idiotéz o si es locura, se exigen los unos a los otros y hasta tienen la avilantez de amenazarse con la guerra, no contando con otros elementos para hacerla que los pueblos descontentos y declarados en rebeldía.

Esta es la situación. Y por ello, son esos mismos hombres que creen que viven en otros siglos ya idos, los que apresuran la hecatombe y acentúan el período revolucionario.

No somos de los que creen que la historia repita los hechos con su mismo significado. Pero sí creemos en su analogía. Y el hecho que por los desconciertos políticos enunciados está a punto de producirse, es análogo o presenta una tendencia análoga al de las cruzadas. ¿Os acordáis, pues, de aquellos contingentes de los cristianos que surgían de todos los lugares de Europa para conquistar el sepulcro de Cristo? Pues algo parecido parece que está a punto de acontecer ahora. Sólo que las cruzadas de estos tiempos, serán integradas por el proletariado en contra del capitalismo, del proletariado de todos los países en contra del capitalismo universal. Si la Alemania desesperada por la invasión de sus enemigos, le abre las puertas a los ejércitos rojos, tendremos, quizás, ese fenómeno. Entonces habrá llegado el momento de que el

proletariado de Europa y del mundo se aliste para la gran lucha decisiva. Y si así ocurriera, a la Alemania, como a la Eslovenia, le correspondería el mérito de destruir la civilización burguesa como en los siglos IV y V destruyeron la muy corrompida del imperio romano.

A la Alemania no le queda otro camino que la revolución en el sentido más amplio y sociológico; y si se decide a ello y se echa en brazos del soviét, que acecha y espera, se habrán definido los acontecimientos: de un lado el proletariado, por encima de fronteras y de prejuicios y de otro las débiles guerras del capital y de sus gobiernos en agonía.

No otra es la evolución que toman las cosas en este instante, promisor de la nueva era y que los obreros de América no deben perder de vista por el concurso que les exige y porque ante las liquidaciones de los sistemas del viejo mundo, todas las guerras del porvenir no deben tener más que una acción única, basada en el pensamiento de regeneración.

José Torralvo.

LA PESADILLA



¿Cómo ve la burguesía al proletariado, en el delirio que le produce su fiebre de oro...

Las revoluciones transcendentales

-- El comunismo triunfante es el broche requerido --
para cerrar el ciclo de las grandes revoluciones sangrientas

Los beneficios que puede reportar una revolución, son las mieles para conquistar a los pueblos. Cuanto más crecido resulta el número de beneficiados, tanto menos resistencias se oponen a la estabilización de los valores que la revolución aporta. El favorecido se convierte en defensor ardoroso de aquello que le proporciona mayor bienestar y libertad. Tal proceder es eminentemente humano. En el plano de las posibilidades, los hombres se inclinan hacia lo que menos les perjudica.

Hasta aquí, las revoluciones, tendiendo a favorecer a minorías privilegiadas, han hallado abierto el camino para que el descontento de las mayorías tiranizadas y explotadas, se pusiera de manifiesto revolucionariamente. En tanto este finalismo histórico no sea reemplazado por otro que persiga el beneficio inmediato de las mayorías y la amilación de los privilegios, el ciclo de las revoluciones sangrientas no podría cerrarse. Quienes ansian la paz social, abominan de la violencia, y entienden que las minorías parasitarias están demás, han de preocuparse en labrar el precioso broche. Este no puede ser otro que la revolución comunista.

La historia y finalismo de las revoluciones transcendentales, anteriores a la gran revolución rusa, es el mismo en el fondo, aún ofreciendo variantes de motivos. Significaron el esfuerzo de una casta o clase, para conquistar el poder político y económico y utilizarlo en beneficio exclusivo de sus intereses. Si en momentos dados contaran con el apoyo de las mayorías, ello se explica por el espejismo engañoso en que estas cayeron, provocado por tan numerosas como falaces promesas. Semejante error de las mayorías no carece de explicación. En tesis general, todas las revoluciones transcendentales entrañan un progreso innegable, dado los valores morales y civiles que aportan, muy superiores a los imperantes en el momento histórico en que esas revoluciones se producen. Se explica que las multitudes sufrientes, eternamente esperanzadas, les presten entusiasta apoyo, no

obstante finalizar ellas por la negación del derecho de las mayorías al pan asegurado y la libertad conquistada.

Cuando este propósito de absorción se materializa en hechos, la lucha se presenta como inevitable. En tanto el nuevo privilegio crea sus normas jurídicas de obligado acatamiento, los burlados no se resignan. El descontento de las mayorías se exterioriza. Se conspira. El resultado es otra revolución sangrienta.

¡Las revoluciones llegan a ser odiadas por sus mismos defensores si las mieles del triunfo no les alcanzan! Esto no puede ser olvidado por aquellos que gustan de las gigantescas realizaciones revolucionarias. La bondad de esta advertencia ha sido comprobada por los comunistas de Rusia. La revolución soviética se impone, logra contener al cinturón de fuerzas capitalistas que la estrechan, gracias al apoyo que le prestan millones y millones de hombres, que en las ciudades y en las estepas han sido beneficiados por la implantación del régimen comunista.

La revolución-broche, iniciada en Rusia y en vísperas de estallar en los países sometidos al yugo capitalista, no será—como con cierta dosis de razón pudiera suponerse—obra de las mayorías. Será la obra de una minoría audaz, inteligente, ennoblecida por la gesta diaria del trabajo útil. El trabajo organizado, reforzando sus filas con los grupos ideológicos, será siempre minoría. Pero la diferencia entre esta minoría y las minorías revolucionarias precedentes, explica la aparente contradicción. Las precedentes se ingeniaran para reducir a las mayorías, para oprimirlas más fácilmente; las minorías doctrinales y las del trabajo organizado, tienden a producir la revolución comunista, aún contra la voluntad de las mayorías, para asegurar a las mismas el usufructo de los beneficios que reporta la vida comunista. ¡Nunca una paradoja encerró tanta verdad y bondadosos sentimientos fraternarios!

Ante el hecho consumado de la revolución comunista en los principales países de la Europa burguesa, la oposición

de las mayorías se evaporará con la rapidez de una gota de agua arrojada al hogar de la fragua, ante la comprensión instantánea de los positivos beneficios aportados. Nada convence tanto como las realizaciones. En las revoluciones, como en las doctrinas, los últimos que se inician son los más entusiasmados.

El ciclo de las revoluciones sangrientas debe cerrarse lo más prontamente. Razones de alto humanitarismo aconsejan trabajar en tal sentido. En tanto el ciclo de las revoluciones permanezca abierto, es utopía esperar la supresión de las guerras. Estas no son sino las resultantes de las ambiciones desmedidas de las distintas castas dominantes. Desaparecerán, conjuntamente con el derrumbe de los privilegios. Y sólo a la revolución-broche, al comunismo triunfante, le compete semejante labor.

Trabajemos la revolución comunista. Satisfaciendo las ansias de pan y de libertad de las mayorías—ofreciendo idénticas ventajas a las minorías—las grandes revoluciones sangrientas quedarán en situación de retiro absoluto. Los hombres, hermanados en el esfuerzo y en la satisfacción, estarán en condiciones de resolver sus problemas de todo género en libres asambleas y pacíficos debates. Los pueblos, suprimidas las enseñanzas prejuiciosas y la competencia industrial y comercial que fundamenta al régimen capitalístico, no hallarán razones para justificar declaraciones de guerra. El crimen de la gue-

rra, que estigmatizara Alberdi en páginas inolvidables, quedará como un recuerdo espantoso del pasado.

La revolución comunista es la única que garantiza el triunfo de las mayorías. El comunismo implantado significa el triunfo de los más elevados idealismos. Es el hombre conquistándose a sí mismo para la vida libre y plena.

Asegurado el bienestar, la libertad de las mayorías en los órdenes político y económico, restan inútiles las violencias revolucionarias para propulsar el desarrollo de las colectividades. Las minorías disconformes, cuyo ideal deleznable de retornar a los regímenes de opresión y privilegio no logrará ambiente, habrán de amoldarse al nuevo orden comunista, o recurrir a la voluntaria proseripeión.

Todo trabaja en favor de la revolución-broche. La nueva era de verdadera libertad, igualdad y fraternidad, sólo podrá ser inaugurada cuando el ciclo de las revoluciones trascendentales quede perfectamente cerrado.

Aunque deficiente, los revolucionarios rusos han prendido un broche de cierre a la vergonzosa historia de la Rusia zarista. Resta a los hombres idealistas, a los revolucionarios sociales del mundo, labrar el broche para cerrar la historia negra del capitalismo y de la tiranía.

¡La revolución comunista!

García Thómas.

El problema de la unidad proletaria

Factores de división.

La mayoría de los obreros, cuando se lamentan de la falta de unión entre las organizaciones de resistencia, atribuyen a los dirigentes la culpa del divisionismo, sosteniendo que, el móvil de toda disputa reside en el antagonismo y el odio mutuo que se profesan unos cuantos dirigentes. Si así fuera, el divisionismo en el campo obrero sería sólo circunstancial y no podría nunca llevar al proletariado a una guerra fratricida y sin cuartel, con grave perjuicio para su propia estabilidad como clase explotada.

Hay factores, morales e ideológicos, que impujan acciones discordantes en la lucha llamada de clases y procedimientos que diferencian a los grupos antagónicos que, por la prosecución de un mismo fin económico,

actúan en el mismo plano de actividades, pero sin ninguna conexión ni afinidad entre sí. Y el divisionismo, por lo mismo que establece diferentes graduaciones de conciencia y de espíritu, puede no ser conveniente para los que fincañ en el poder del número todo posible triunfo, pero es lógico y hasta necesario para evitar el estancamiento de las grandes asociaciones obreras, insensiblemente inclinadas, desde que desaparece todo elemento de crítica, a la tolerancia, la transigencia y el conservatismo.

Y no es que nosotros querramos la división, que seamos divisionistas "a outrance". Conceptuamos que el mal, si existe, tiene seculares raigambres y es parte integrante del amorfo organismo proletario.

¡Hay un grado de conciencia, en la clase bajadora, capaz de discernir entre lo bueno

y lo malo, entre lo útil y lo perjudicable que existe dentro de las organizaciones obreras? La lucha, descartado ese conocimiento general, nace de la diversidad de interpretaciones y bajo la acción de las minorías que arrastran al resto del proletariado y lo colocan en una determinada posición. Y a esa lucha de principios y de concepciones, sigue la que crea una situación cualquiera, y surge el ataque personal, el insulto soez, la acusación calumniosa, como una consecuencia del odio ingénito y de la incapacidad para la defensa individual y colectiva.

Factores de división son, pues, las ideas que virtualizan la lucha sindical y hacen del gremialismo una verdadera escuela revolucionaria. ¿Y quienes, entonces, no quieren la unión? La queremos todos y no la quiere nadie, por lo mismo que no se trata de una cuestión de dirigentes, sino de un problema de dirección....

El criterio uniformista.

Alguien, que ahora está arrepentido de sus yerros (que son de todos los días) sostenía no hace mucho la necesidad de unificar a toda costa, por el autógeno o con simple engrudo, a la clase trabajadora organizadora. Era aquel un criterio simplista (que casi hizo escuela), de la unificación por la unificación, negativo para el esfuerzo individual y la influencia de las minorías como parte orientadora de los sindicatos obreros. ¿A qué estado nos condujo la propaganda de los uniformistas, usada como recurso periodístico, dentro del campo de las actividades sindicales? Se dijo que los actuales organismos centrales, no representaban, ni mucho menos llenaban las aspiraciones del proletariado consciente. Y, sin hacer distinciones, sin colocar a cada cual en su justo lugar, se declaró la guerra a las dos federaciones, propiciando la autonomía de los sindicatos como recurso para llegar luego a la unidad...

Por lo pueriles, no merecen ser mencionados los argumentos expuestos por los creadores de la novísima teoría. Fomentaron primero el divisionismo inflado de ciertos gremios autonomistas. halagaron su individualismo suicida, para terminar propiciando una fusión vergonzosa entre fracciones de un mismo gremio, desafines en el concepto ideológico y en la moralidad individual. Y la autonomía de algunos gremios se produjo. Y la fusión de algunas fracciones llegó a ser también una realidad. Pero ¿qué han hecho y qué hacen por la unidad, esos gremios fusionistas, y qué nuevos valores, de moralidad

societaria y de resistencia al capital, han adquirido esos sindicatos unificados? Los primeros, encontraron en la autonomía una posición cómoda que los inhibe de todo compromiso, y los segundos, mantienen "su unificación" a costa de los principios, de los sentimientos y de las ideas, evitando todo rozamiento a fin de que no se rompa la vidriosa y superficial estructura del híbrido organismo.

En la situación en que está colocada la clase trabajadora por culpa de unos cuantos desverzonados oportunistas, un paso en vano puede ocasionar una fatal caída. Los que antes propiciaron la unificación "a outrance", por encima de los hombres y de las ideas, azuzan ahora a los lobos del fanatismo y buscan entre los más intransigentes el elemento que ha de oponerse a todo intento de unión. Y lo doloroso es que, la mayoría de los obreros, no parecen darse cuenta de ese continuo cambio de frente de quienes han hecho del confucionismo y de la invidia un vergonzoso medio de vida. ¿Hasta cuando?

Política unificadora.

Si hubiera talento, y más que todo, sinceridad, en los que hace meses comenzaron a tocar el cencerro de la unificación, ocuparían hoy la posición que les corresponde: serían fusionistas "a outrance", por encima de los hombres y de las ideas. Pero no; no es posible pedir talento a un alcornoque ni mucho menos sinceridad a un jesuita: lo primero no se adquiere con malas mañas, y la segunda, no existe en individuos que tienen el hábito de la mentira y viven del engaño y de la simulación.

Descartada la posibilidad de que los oportunistas sigan defendiendo hoy su criterio de ayer, puntualizaremos nuestra posición (de ayer y de hoy) frente al problema de la unificación. Acertada o no, es firme y personal, sincera y desinteresada.

* * *

Hay una política unificadora, que se sigue, más que procurando el amalgamamiento de fracciones antagónicas, la absorción de aquellos grupos capaces de asimilarse las opiniones particulares de cada grupo preponderante. Política unificadora, a nuestro entender, hizo el primer congreso de la F. O. R. A. Comunista al proponer una "entente" a la federación del décimo, y política unificadora hizo la federación del décimo al aceptar, en el congreso de La Plata, la "entente" propuesta

ta por la F. O. R. A. Comunista y proponer por su parte la unificación del proletariado. Y, en esto de política, no es el sectarismo un arma eficaz para salvar obstáculos y evitar dañinas suspicacias.

Estamos en una pendiente resbaladiza y es necesario no dejarse ir hasta el fondo del abismo. Retroceder es imposible. Se ha hecho ambiente fusionista, sobre la superficie, y las masas, sin analizar los factores que contribuyen a dividir'a, creen en la unificación de toda la familia proletaria y la quieren para servirse de ella como arma para echar por tierra al Estado capitalista. Por la misma presión que ejercen las masas, nadie quiere pasar por anti-fusionista, no sólo por el concepto que tal opinión pueda formar en el proletariado, sino porque ello serviría de arma a la fracción opuesta para "demostrar" en qué parte estaban los divisionistas, justificando así sus propósitos de absorción.

Con las precedentes consideraciones, queda justificado nuestro fusionismo. Propiciamos la unificación con exacto conocimiento de la realidad social, concediéndole el valor que tiene. La unificación por la unificación, es una palabra vana, un concepto que no contiene ninguna realidad. La unidad obrera, o mejor dicho, de los obreros capaces de interpretar el momento histórico en que viven, ha de ser por la revolución.

La unificación ha de

basarse en principios.

Casi no sería necesario que explayáramos aquí nuestro pensamiento respecto al proble-

ma de la unificación proletaria. Pero creemos conveniente dar la opinión que nos merece lo que al respecto se aprobó en el congreso de La Plata.

La idea de formar un comité mixto que estudie y formule unas bases uniformes de fusión, para someterlas a un próximo congreso obrero de las tres fracciones, debe ser rechazada en absoluto. Si no existieran más que divergencias personales, la existencia de ese "comité conciliador" estaría justificada. Pero lo sustancial del asunto que dió margen a la iniciativa aprobada en La Plata, reside en los conceptos opuestos, en las ideas encontradas y en la moralidad sindical de todos esos antagonismos que se pretenden armonizar. Por encima de las pequeneces humanas, en el proyectado congreso de fusión, han de surgir los verdaderos motivos de división, por lo que se hace necesario que cada parte ocupe la posición que le pertenece. Los comunistas expondrán y defenderán sus principios, los sindicalistas los suyos, y, los autonomistas, si difieren con ambos, los que les sean propios. Y el congreso citado, sino de fusión, será de definición, y realizaría la única y saludable labor que puede y debe hacer.

Por que creemos que la unificación, para ser verdadera, ha de basarse en principios, propiciamos la definición de los grupos en pugna, porque sólo en las definiciones terminantes reside la eficacia de la acción obrera y el triunfo de la revolución.

Emilio López Arango.

Caracteres de la actual revolución

I

El carácter de las luchas sociales antes de la guerra y el estado de conciencia universal elaborado por este hecho.

En fecha anterior a la guerra, la clase trabajadora, llevada por sus perennes sueños de esperanza, vislumbraba ya la posibilidad de su liberación. Sin embargo, jamás llegó a pensar que el logro de esta tan anhelada conquista justiciera se hallara tan próxima de convertirse en una rotunda verdad.

Los hechos de estupenda magnitud social que venimos presenciando, señalan un período de aguda crisis del sistema burgués vigente, que alcanzará, sin duda, los extremos de una bancarrota completa y definitiva. En este sentido caben las conjeturas más auda-

ces, y el proletariado puede estar seguro de que el porvenir le pertenece por entero, lo que redundará en beneficio de la civilización y de las generaciones venideras.

Con anterioridad a 1914, las luchas obreras se desarrollaban en un ambiente más o menos apacible, siendo rara la vez que se registraban esas tremendas convulsiones sociales que en la actualidad ponen en trance verdaderamente difícil la estabilidad del Estado.

La mayoría de las huelgas y otros actos de hostilidad contra los grupos dominantes, se producían como mera consecuencia de los excesos del régimen capitalista. La acción era espontánea y representaba el medio más viable de defensa contra una situación de fuerza y de extorsión infame que comprometía la propia vida de los trabajadores.

APOTEOSIS



Carros triunfales de Progreso... Símbolos de la Civilización... Atributos de la Ley, del Poder, de la Justicia... Adelante, el porvenir incierto; atrás, el pasado oscuro. La Tragedia por doquier y el Oprobio como síntesis de todos los actos humanos. ¿Es ésta la Apoteosis de tantos siglos de Civilización? El Crimen, entonces, es la más grande de las Virtudes...

Ahora las cosas no suceden del mismo modo. El estado de conciencia que ha creado la guerra última, al dejar enseñanzas que el grueso de la masa ni siquiera sospechaba, se traduce en un factor que obra con energía extraordinaria toda vez que una circunstancia cualquiera, capaz de ser aprovechada, se presenta en la marcha de los acontecimientos actuales. El proletariado no pierde ninguna oportunidad de esas que dejan ancho margen para una acción ofensiva en contra el poder despótico de los gobiernos de clase, tanto que, a fuer de repetirse el procedimiento, ya nos vamos acostumbrando a mirar sin asombro los nuevos espectáculos que ofrece toda Europa, envuelta en una lucha que promete traer como resultado la felicidad que ambiciona el género humano. Desde luego, que nos toca hacer constar que no es una causa material la que provoca generalmente el levantamiento de los trabajadores.

La miseria, sin embargo, es muy grande en el extranjero, y reviste caracteres trágicos y macabros, al punto que ya se conoce el hambre en muchos pueblos y no son pocos los decesos ocurridos por inanición.

Pero no siempre es así. Reconocerlo equivaldría a mentir, negando una realidad que sólo pueden simular quo ignoran aquellos que tienen privilegios personales en peligro y creen que mediante una calculada actitud

de indiferencia a los hechos retardarán el instante de la expiación a que se han hecho acreedores.

Se cuentan en varios los casos de agresión directa por los obreros a los reductos de la burguesía, no ya por una exigencia de mayor salario o cierta mejora que en nada altera los fundamentos del trabajo asalariado, sino que por causas que entrañan un objetivo de bienestar colectivo.

Convenimos que este resultado sólo puede lograrse con la supresión de las instituciones que desde épocas seculares estorbaban el desenvolvimiento regular de la vida y someten al obrero a una férula denigrante y esclavista. En nuestro apoyo concurre el enorme crimen de la guerra recientemente fenecida, que ha demostrado a los pueblos la naturaleza de los móviles que generaron tan monstruosa calamidad.

Detrás de los mentidos intereses de la patria,—que en puridad de verdad sólo consisten en la bolsa de un reducido núcleo de foragidos encumbrados en la dirección del gobierno,—la clase obrera descubrió que se ocultaba una vulgar disputa comercial entre dos grupos rurales que aspiraban a la hegemonía universal y al establecimiento de un vasto imperio capitalista unificado por intereses afines.

Para la burguesía ya no era posible pro-

longar un conflicto que mantenía un estado permanente de competencia industrial ruinosa, que al fin concluiría con la desaparición de uno de los contendientes o en su aplastamiento por la fuerza, si acaso los medios ordinarios de que los capitalistas se valen para desalojarse de los mercados, no bastaran para consuniar dicho propósito.

Es, precisamente, lo que aconteció en 1914, en que el mundo entero pudo comprobar que la existencia del régimen actual es un perpetuo engendro de luchas armadas, una amenaza constante que pende como una espada sobre la cabeza de los productores, por cuanto que ellos constituyen las únicas víctimas propiciatorias a todo atentado, mientras sigan resignándose a soportar las consecuencias de un sistema económico que vulnera derechos inalienables e impone al mismo tiempo una servidumbre vergonzosa.

Pero finalmente los espesos velos de la ignorancia se disipan poco a poco, y ya el engaño y la farsa van siendo conocidos por las masas laboriosas, que ahora vuelven la espalda a sus antiguos amos, porque han llegado a formarse un concepto exacto de lo que deben ser la rebeldía consciente y la protesta airada traducida en hecho práctico. Son ellas las manifestaciones del espíritu que están socavando los cimientos del edificio social, con una eficacia que determinará a la postre su completo desmoronamiento, aún cuando la burguesía, comprendiendo la gravedad del peligro, se ingenie en arbitrar toda suerte de recursos para conjurar la catástrofe que ve venírsele encima.

Esta es la consecuencia más importante que ha dejado la guerra, cuyo estallido ha contribuído a acelerar el curso de la historia, promoviendo de paso una verdadera revolución en la moral de los hombres y el afianzamiento consiguiente de las doctrinas que proclaman la desaparición de las clases sociales y la igualdad económica para todos los seres dotados de razón.

II

La enormidad del crimen perpetrado por el capitalismo y las diversas actitudes registradas en el campo obrero.

Sabíamos que la técnica militar y el perfeccionamiento de los instrumentos de muerte, habían alcanzado un grado de progreso sorprendente, pero nunca imaginábamos que en la guerra revelarían un poder tan terriblemente destructor y satánico.

El militarismo ha venido aprovechando para sus fines bárbaros, las conquistas de la mecánica, la química y las ciencias en general, aumentando considerablemente los recur-

sos de ataque y de defensa en la guerra, tanto que preveíamos lo cruel y horroroso que resultaría un conflicto armado entre los pueblos, en el caso de estallar.

La salvaje carnicería que hemos visto desarrollarse ante nuestros ojos atónitos, vino a corroborar en un todo la presunción que teníamos, y a evidenciar a la par, una vez más, el papel odioso y criminal que representa la institución militar en la vida social.

La masacre consumada no tiene parangón en la historia y supera en mucho los cálculos suministrados por los gobiernos en pérdidas de vidas. Se ha luchado en forma feroz, usando los peores procedimientos y con olvido absoluto de toda consideración humanitaria. Los hombres se han atacado como bestias salvajes, lo mismo que si se consideraran enemigos de verdad, obedeciendo ciegameente las órdenes de los jefes y fieles a una disciplina de hierro que rebaja la personalidad hasta los extremos más inconcebibles. Se hizo prescindencia de los más caros sentimientos que alberga en su conciencia toda criatura humana, se abandonaron los ideales generosos que iluminan los espíritus excelsos, y así fué como los gobiernos quedaron dueños de la situación e impusieron sus caprichos sin encontrar oposición alguna. Los grupos libertarios, en esa emergencia, no dieron señales de vida y nadie osó elevar la voz para protestar contra el crimen que se iba a cometer. Si algún gesto aislado se pudo comprobar, rápidamente se reprimió para impedir que el ejemplo trascendiera y originara un movimiento colectivo de solidaridad.

Los factores de la tragedia, en tanto invocaban en su favor una serie de argumentos efectistas y principios nobles que jamás sintieron, logrando así arrastrar fácilmente a las masas a la pelea fraticida que ya se iniciaba en las fronteras. Se habló de libertad, de justas reparaciones, de la civilización en peligro y de otras no menos valiosas cosas, para inducir a la obediencia al pueblo y tener con ello un pretexto de justificación de la agresión al vecino.

Todo el mundo se prestó al engaño, excepto muy pocos individuos, que supieron sobreponerse al momento de embriaguez patriótica y conservaron inalterable la serenidad de ánimo y la fuerza de voluntad que es preciso poseer para mantenerse siempre extraño al ambiente deletéreo en que nos toca vivir.

Es doloroso tener que hacer constar la claudicación de ideales que los núcleos revolucionarios hicieron al producirse la conflagración europea. Los trabajadores organizados aceptaron sin chistar el horrendo sacrificio que les imponía el capitalismo y acudieron presurosos al llamado a las armas en defen-

sa de intereses mezquinos y de las prerrogativas que usurpa un puñado de aventureros constituidos en gobierno de los pueblos. En ningún país se dió el caso de que se resistiera la movilización decretada, para malograr, la cual habría bastado el levantamiento colectivo de los obreros. Esta negativa a secundar los siniestros planes de la burguesía, se hubiese concretado entonces en un paro general del proletariado, que equivalía a dejar a los inspiradores del drama privados de los medios de acción que hacen posible el desenlace sangriento de una guerra. Las circunstancias aconsejaban este temperamento heroico, propuesto, por lo demás, en muchos congresos internacionales celebrados

por las organizaciones obreras y por los partidos socialistas de los países más progresistas de Europa. Era llegado el instante de arrojar la revolución a los pies de los ejércitos en marcha, como decía con elocuencia un notable tribuno del pueblo en una reunión donde la clase obrera se hallaba representada por los más conspicuos apóstoles de la revolución social.

Los hechos, en cambio, dieron el más categórico mentís a las teorías preconizadas, demostrando que aún no habíase logrado el grado de conciencia universal que ingenuamente se admitía como existente ya para el éxito de un movimiento de esta naturaleza. Sólo ante el fracaso se tuvo que reconocer que la propaganda revolucionaria exigía una rectificación de fondo, para hacerla más eficaz y poder así cosechar los frutos que es dable esperar de ella. Por eso ahora se procede de manera muy distinta y no se cae en los errores de antaño, que no eran otros que el suponer que la burguesía se dejaría expropiar desde los parlamentos, y que, una vez derrotada, se sometería dócilmente a la nueva situación surgida de los acontecimientos. El ejemplo de Rusia es sumamente ilustrativo a este respecto, tanto que ahora se admite como forzoso, para asegurar el triunfo de la revolución, el establecimiento de una dictadura que contenga la reacción de los enemigos del pueblo.

III

Nuestro mundo imaginario y el realismo de las cosas.—Metafísicos y positivistas

Nadie niega ya que vivimos un momento extraordinario en realidad muchas aspiraciones que hasta ayer fueron consideradas utopías irrealizables.

Tenemos la suerte de asistir como actores y espectadores a la vez, a este soberbio espectáculo que ofrece el mundo en la hora presente.

El globo terráqueo se conmueve de un polo a otro, a impulsos de una acción tumultuosa, en la que participa todo el género humano, y cuyo próximo fin traerá el imperio de un estado de cosas que hará la felicidad de los seres que trabajan y sienten infinito amor por la justicia.

Ya hemos atravesado una etapa de las más difíciles y de las más crueles también.

La guerra, con su enorme cortejo de males, ha sido sin duda la prueba más dolorosa entre todas las que aún nos quedan que soportar.

El pavoroso tributo de vidas que las absurdas relaciones sociales han engendrado para beneficio del capitalismo, ya no volverá a repetirse, probablemente, porque los pueblos han aprendido a conocer su destino y saben, por ende, discernir sobre lo que más les conviene.

Extinguido el eco de los cañones, comienza ahora la obra práctica de los forjadores de un nuevo sistema de convivencia humana, apresurando con el ejemplo la hora suprema en que tendrán plena satisfacción las reivindicaciones de los productores. Recién, puede afirmarse, se inicia el verdadero proceso revolucionario que apurará la descomposición del régimen burgués contemporáneo, cuya existencia es un anacronismo frente a los progresos de la civilización.

Sin embargo, conviene no perder la visión real de las cosas, mirando al mundo en sus aspectos positivos y no dejándose impresionar demasiado por los pequeños éxitos parciales que la clase obrera va sumando a sus conquistas.

La revolución es un hecho probable que no puede estar supeditado a las decisiones de una minoría rebelde y atrevida, sino que su materialización depende de una cantidad de factores concomitantes, principalmente de la extensión y profundidad que hayan podido alcanzar las ideas libertarias, a lo que debe unirse un agudo malestar económico que contribuya a exaltar los sentimientos de odio que las clases menesterosas profesan a sus explotadores.

Crear que la audacia de un ínfimo grupo de sujetos dotados de excelente predisposición para el sacrificio, es causa capaz de determinar un movimiento subversivo con perspectivas de triunfo, es creer un absurdo y colocarse en un terreno de suposiciones falsas, en el que han caído, no obstante, muchos idealistas ilusos que viven soñando y con el prejuicio arraigado de que la revolución se hará de acuerdo con ciertos cánones establecidos y ajustándose a principios herméticos formulados hace algunas décadas.

En tiempos en que no se sospechaba siquiera el tremendo colapso que le ha tocado en suerte al capitalismo, era explicable la

presencia en el campo obrero de ciertos románticos con veleidades revolucionarias, sa-
 turados de lirismo puro y para quienes la
 emancipación de los trabajadores constituye
 un problema esencialmente teórico, por cuanto
 que hacen radicar el éxito de la empresa
 en las aptitudes y la mentalidad libertaria
 que suponen en la masa, **prescindiendo en**
 absoluto de las circunstancias materiales y
 otros factores que necesariamente deben co-
 operar al resultado apetecido. Pero actual-
 mente, con la lección de hechos que estamos
 recibiendo, no es posible seguir sosteniendo
 un criterio tan opuesto a la realidad de los
 acontecimientos, si no queremos vernos jus-
 tamente motejados de fantasistas y elemen-
 tos de inercia en la vorágine depuradora que
 nos envuelve.

Sin embargo, esta clase de energúmenos,—
 que lo son por ignorancia o sectarismo,—exis-
 ten todavía, y observan una conducta muy
 discutible en la lucha que se sostiene.

En el concepto de aquellos que secundan
 con sus actos el movimiento reivindicatorio
 iniciado por el pueblo ruso, la propaganda
 que desarrolla esta gente afecta indirecta-
 mente los intereses vitales del proletariado,
 que se hallan en juego en la presente con-
 tingencia revolucionaria. Y es que la pré-
 dica que se les conoce se singulariza por su
 falta de sentido, aparte de que es de un
 notorio anacronismo, siendo lo más risible
 que pretenden fundarla sobre premisas que
 dicen ser doctrinarias, pero que, por el con-
 trario, todo hombre de progreso que tenga
 conciencia de la hora que vivimos, rechaza
 acécidamente.

Tengamos, empero, la sinceridad de con-
 fesar que la clase obrera tiene mucho que
 agradecer a estos eternos visionarios, porque
 en la época en que aún las luchas sociales
 se inspiraban en objetivos sencillos de rea-
 lización inmediata, ellos desempeñaban un
 papel importante, impidiendo que las victo-
 rias obreras se cristalizaran en los pequeños
 triunfos obtenidos. Venían a ser los propul-
 sores y guías del movimiento revolucionario,
 los paladines que bregaban con denuedo por
 la aplicación de medidas extremas como efi-
 caz recurso de expropiación efectiva. Pero
 no eran los únicos.

También estaban por este procedimiento
 los anarquistas sin ínfulas de apóstoles tran-
 scendentales, más enamorados del hecho prác-
 tico antes que de las fórmulas vagas de los
 teóricos del ideal.

Esta apreciable fuerza combativa se ha
 sumado en su mayor parte a las filas de los
 que quieren la revolución social por encima
 de todo embanderamiento ideológico exclusi-
 vista, punto a los que aspiran a la concen-
 tración en un sólo haz de todos los grupos

revolucionarios partidarios de la acción di-
 recta.

Planteada la lucha en estas condiciones,
 queda siempre una minoría de disconformes,
 que se coloca voluntariamente en una posi-
 ción de estúpida intransigencia, que tiende a
 beneficiar a nuestro enemigo común. Son
 ellos los metafísicos puros, los siempre ne-
 gativos en medio de esta inmensa renova-
 ción de valores, los que viven engreídos en
 quimeras que chocan contra una corriente de
 franco positivismo, llamada a modificar sub-
 stancialmente la textura de la sociedad hu-
 mana.

IV

La unidad de las clases burguesas y la in-
 coherencia de las fuerzas proletarias

Al producirse la abdicación del zar Nico-
 lás II y la ascensión al poder de los libera-
 les encabezados por Kerensky, las clases obre-
 ras de Moseovia comenzaron a agitarse tra-
 tando de sacar partido de la situación caó-
 tica porque atravesaba el país. La derrota
 militar, por una parte, y la crisis del capi-
 talismo, por la otra, ofrecían al proletariado
 campo propicio para sus experimentos.

Ante tamaña amenaza, la burguesía inter-
 nacional afánase en tomar toda clase de me-
 didas encaminadas a conjurar el posible con-
 tagio subversivo que se extendería más tar-
 de a los países occidentales.

En efecto, al poco tiempo estalla una nue-
 va revolución en Rusia, pero esta vez con
 caracteres más definidos y con un programa
 cuyo cumplimiento equivalía a poner en
 práctica el comunismo. El movimiento triun-
 fa, felizmente, y como resultado de este he-
 cho queda abolida la propiedad privada y
 los privilegios de las clases ricas al anular
 para colocar a todos los seres en igualdad de
 condiciones.

Era natural que una transformación social
 tan profunda y verdadera suscitara la alarma
 en los países de régimen capitalista, te-
 merosos sus dirigentes de correr la misma
 suerte y ver extinguirse para siempre su in-
 fame reinado de explotación y tiranía opro-
 biosa.

Para prepararse contra la marea roja, las
 clases burguesas, obrando de consuno y por
 principio de conservación, en seguida lleva-
 ron a efecto lo que ha dado en llamarse el
 "frente único", dejando de lado toda di-
 ferencia aparente o real, en lo relativo a la
 interpretación de los problemas morales o
 religiosos, y que antes era causa de divi-
 sión. El interés común consistía en mantener
 incommovibles las bases sobre las que repo-
 sa el actual sistema de producción y de

cambio, origen de la desigualdad económica imperante. Para conseguirlo se imponía la unidad de acción entre las clases detentadoras, la coordinación de todas las fuerzas reaccionarias ante el peligro en ciernes. Ello se ha logrado sin esfuerzo, en forma que prueba la perfecta inteligencia que existe en el mundo de los hombres que viven a expensas del trabajo ajeno, en lo que concierne al modo de garantizar el usufructo de una prerrogativa que los exime de ganarse el pan con sus propias manos.

Veamos, en cambio, lo que ocurre en el campo proletario.

Operada la revolución social en Rusia, entendemos que lo que correspondía, — para afianzar su triunfo y ponerla a cubierto de la agresión del capitalismo,—era la inmediata unificación de la clase obrera de todo el mundo. Se imponía el abandono de los pre-conceptos que dividen al proletariado en grupos calificados, aunque inspirados en iguales anhelos de emancipación y justicia. Desgraciadamente, la ignorancia, los dogmas cerrados y el sectarismo, representan en las luchas contra el capital, los obstáculos que principalmente malogran las buenas iniciativas y dan al traste con todos los movimientos de finalidad ampliamente libertaria. Será fatal el hecho, pero es el caso que a esta causa se debe que la burguesía continúe perpetuándose como clase dirigente y dueña del patrimonio social.

Si sabemos donde está nuestro punto débil, la parte vulnerable que favorece al enemigo, no acertamos a comprender por qué no desechan de una vez por todas los puntos de vista encontrados que respecto a la organización de la sociedad futura tienen los trabajadores.

Prescindir transitoriamente de las ideologías, por una conveniencia de proyecciones trascendentales, es dar muestras de elevada cordura y probar que se posee una noción exacta de las responsabilidades que se contraen en este instante de completa renovación. Pero nada de esto se ve, a pesar de que se desea. La explicación es sencilla, si se tiene en cuenta que falta todavía mucho espíritu de sacrificio en las muchedumbres, y una más clara comprensión de los intereses que se debaten en esta lucha que parece ser decisiva y concluyente.

Nadie pone el ideal que alimenta como verdadero y factible, en cuanto tiende a mejorar o cambiar radicalmente el destino de la criatura humana, ya por amor propio o por un imperfecto estudio de las cosas. Siempre se exige al compañero con el que se discrepa, la transacción en su perjuicio o la aceptación de conceptos con los que se está en pugna. Y como los individuos se encuentran en idéntico caso, de ahí la imposibilidad de

lograr el acuerdo acariciado, aunque los fines que se persiguen sean comunes y más o menos semejantes los procedimientos para alcanzarlos. Estamos, pues, en una especie de círculo vicioso, en algo que se parece a un laberinto sin salida.

¿Cómo obtener, entonces, la cohesión armónica de las fuerzas proletarias?

La pregunta es difícil de contestar, porque en una empresa de tal magnitud los pronósticos fracasan generalmente.

Opinamos que los pactos solidarios entre las fracciones obreras partidarias de la revolución, son de considerable ventaja, sobre todo en los cargos en que se requiere la acción uniforme de los gremios organizados para reivindicar o imponer un principio.

Pero acontece que no tarda mucho sin que las ideas particulares de los elementos coaligados salgan a la superficie, para estallar en una polémica que deshace la "entente". Se vuelve así al punto donde nos encontrábamos anteriormente. Esto es justamente lo que hasta ahora se ha visto reproducirse en todas partes.

Ante demostraciones tan elocuentes no se sabe que pensar y por lógica se cae en el pesimismo. Resta por ver si en lo sucesivo continuará predominando el criterio actual, que es antifusionista por excelencia, contra la opinión en contrario de muchos militantes, fundándose sus sostenedores en que la amalgama que se proyecta redundará en desmedro de la táctica extrema que exigen las circunstancias.

El problema, a nuestro juicio, se dilucidaría satisfactoriamente con la absorción de los moderados por el grupo francamente subversivo e intransigente. Es, por otra parte, el fenómeno que se opera ya en distintos países.

V

La influencia positiva de las tendencias extremas y el fracaso del colaboracionismo de clase.

A medida que avanza el período de decadencia en que ha entrado el capitalismo, más claramente se palpa la sana influencia que ejercen en los acontecimientos, las tendencias extremas del proletariado.

El repudio por los métodos de colaboración con la burguesía, es cada vez más efectivo. El número de trabajadores que aún los siguen, propiciando, disminuye día a día en forma francamente visible. Con todo, todavía el extremismo no ha conseguido presidir la marcha del movimiento obrero, debido a que sus adeptos continúan en minoría y, además, porque los escollos con que tropiezan

exigen un esfuerzo muy grande. Empero, estamos seguros que no tardarán en vencerlos y que sabrán imponerse finalmente, lo que significará entonces el triunfo de los supremos ideales que sirven de norte a la clase trabajadora.

Después de la guerra, era de imaginar que los países derrotados serían los que contarían con mayor ambiente, para una revolución de carácter popular. Sin embargo, las premisas han fallado y véase ahora con gran estupor que es precisamente en ellos donde menos desarrollado se halla el espíritu rebelde en su población obrera, no obstante vivirse allí en condiciones excesivamente precarias en todo sentido, y bajo el rigor de una execrable dictadura burguesa.

Alemania es, a este respecto, el país que ofrece al mundo el espectáculo de un gobierno socialista que aherroja con saña crueles voluntades que más pueden afectar los cimientos del régimen capitalista. Hasta el presente, todo conato de revuelta fué aplastado sin piedad por orden de aquellos que desde el llano abogaban en favor de los postulados obreros.

La parte más avanzada del proletariado alemán constituye, a nuestro modo de ver, una fuerza demasiado débil en relación con la similar de otros países, y su actividad combativa no guarda paralelo con la que desarrollan en ellos esos mismos núcleos de tendencias avanzadas y propósitos afines. Italia, por ejemplo,—cuyo papel como país beligerante ha reportado beneficios palpables a su respectiva burguesía nacional,—está revelando que en su seno existe un fermento de disolución que obra activamente contra el poder de los actuales privilegiados.

En otros países, la situación, en cambio, se presenta confusa y contradictoria; pero es evidente que el descontento popular crece en todas partes y que los gobiernos tienen que ejercer terribles represiones para contener los ímpetus de las masas y salir airosos de las delicadas situaciones que tienen que afrontar.

La amenaza roja contra el Estado es más inminente allí donde los obreros han dejado de lado los paliativos y reformas aconsejadas por los traidores socialistas, adoptando, por el contrario, procedimientos contundentes y de resultado eficaz en su aplicación. Observamos que paulatinamente se va extendiendo la idea de la expropiación lisa y llana, con todas las violencias que le son inherentes. Triunfa así gradualmente la táctica sana y bien inspirada, sin que pueda contrarrestarla la política artera e hipócrita que efectúan los eternos Judas que medran en las filas del proletariado.

Con excepción de los países escandinavos, en cuyo gobierno participan los elementos so-

cialistas de la fracción moderada, no se registra en ningún otro país europeo el caso de que se propicie todavía el colaboracionismo de clase y cuenta, además, con las figuras capaces de aceptar un compromiso de esta índole.

Antes de la guerra, y durante ella, se produjeron muchos vergonzosos contubernios entre titulados representantes de los obreros y los miembros que integran los gobiernos de usurpación. La amalgama era entonces posible porque la enorme legión de los menesterosos aún no se habían percatado de la monstruosa burla que se les hacía y confiaban de buena fe en los oficios de sus falsos delegados. Descubierta la comedia, las cosas toman otra trayectoria, encaminándose hacia los nuevos horizontes que va conquistando el pueblo ruso en su trágica odisea por la libertad.

VI

La dictadura obrera. — La inconsecuencia de sus opositores y los argumentos con que la combaten.

La verdad de mayor peso descubierta en el transcurso de este período de revolución universal, es sin duda, la que se refiere a la dictadura del proletariado.

Alrededor de este punto giran todas las discusiones, siendo cada vez mayor el número de los que se inclinan por su adopción como medio circunstancial mientras la reacción no haya sido vencida completamente.

Sus opositores, que los hay, por el contrario, no dejan de combatirla y mantienen la creencia errónea de que ella significa un peligro para el verdadero bienestar que se procura con la derrota de la burguesía.

El peligro consistiría en que los caudillos del movimiento revolucionario triunfante, al erigirse en custodios responsables y visibles de las conquistas realizadas, pasen a convertirse a su vez en tiranos del pueblo, prolongando de ese modo un absolutismo ignominioso que es necesaria extirpar para siempre.

El argumento,—para cualquiera que esté dotado de sensatez y no se deje impresionar por el pueril sentimentalismo de quienes acasan una completa ignorancia de las leyes más elementales de la biología,—tiene que resultar infantil y ridículo.

Los pueblos viven el régimen que ellos mismos se dan, y no permitirán, al emanciparse, el entronizamiento de nuevas castas dirigentes.

Desde luego que la revolución no tendrá el mismo desarrollo y orientación en todas partes, y se gestará de acuerdo con la mentalidad de los que se pongan a su frente. Es de desear, sin embargo, que el proceso

reconstructivo que le siga haga innecesario el ejercicio de toda medida de fuerza y evite inútiles derramamientos de sangre. Pero los intereses que van a afectarse son de tal naturaleza, que forzosamente determinarán la resistencia enconada de sus detentadores, que, aún después de vencidos, no se resignarán a soportar la nueva situación creada, que implica la supresión del parasitismo y la obligación de ser provechoso a la sociedad mediante la ejecución de un trabajo útil y productivo.

La dictadura obrera, o sea el afianzamiento sistemático de la revolución, no sería indispensable si todos los individuos poseyeran un nivel de cultura suficiente para apreciar los beneficios que entraña para la sociedad, el establecimiento de un régimen económico que asegure el pan para todos y el bienestar mensurable a que aspira legítimamente el ser humano. Estamos muy lejos de haber llegado a este progreso, y por eso se imponen los procedimientos de contracción, a los efectos de adaptar a los burgueses refractarios y ahogar así en su propia fuente las mezquinas pasiones de los elementos que pretenden vivir a costa de los productores y colocados en una situación de refinado sibaritismo.

Pese a estas razones que se fundan en la más rigurosa lógica, los antidictadores insisten en su propaganda y permanecen al margen de los hechos revolucionarios, pues que no se les puede considerar elementos eficientes en la gesta actual, en virtud de que la intervención que toman es más bien para morigerar o neutralizar los entusiasmos de los descontentos, antes que para estimularlos a la acción, ya que a no otro resultado,—según nuestro modo de ver,—conduca la prädica a que se consagran.

Sutilicemos aún más el comentario que nos sugieren estos hechos, y llegaremos a la ingrata conclusión de que estos inmaculados puritanos de la libertad, con sus actitudes contradictorias están haciendo un daño terrible a la revolución, más por la desorientación que siembran que por la influencia efectiva que ejercen sus argumentos.

Por nuestra parte, conocemos muchos sujetos dedicados a esta labor, cuya conducta personal en nada se distingue de la que se observa en el común de los mortales. Su moral es la del vulgo, porque sus actos privados tienen mucho de censurable y por contraste se inspiran en un autoritarismo mal disimulado que es producto de la egolátría necia que padecen. Su modalidad, sus costumbres, todos los elementos que concurren a formar el carácter y la personalidad, se identifican con los vicios que encontramos en la masa ignara que tratamos de educar para hacerla servir a los fines de la civiliza-

EL ORDEN...



Esto es orden... ¿Qué más quieren los trabajadores?... La A. N. del T., la L. P. A., todas las instituciones del orden..., lo entienden así.

ción y el progreso. Son los arquetipos de la contradicción.

En el hogar se conducen table, volcando su mal humor contra los seres queridos, haciendo escuela de odio y de mal ejemplo de lo que por consecuencia con las ideas generosas que se profesan debiera ser un templo de amor y de emulaciones dignificantes. Ellos concentran toda la autoridad como cabeza principal en la familia, reducen a la más deprimente sumisión a la esposa, lo que no impide que hablen y escriban extensamente en pro de los grandes ideales de regeneración y de bondad que agitan las almas nobles.

Toda la historia es una acumulación de episodios sucesivos que demuestran que las conquistas del progreso se han impuesto acogotando a los retardatarios por los medios más enérgicos y también más repudiables, pero necesarios al fin. A ellos hay que echar mano, ineludiblemente, para triunfar contra las rémoras que en todos los tiempos tratan empeñosamente de conservar lo viejo y apollado. Es el caso de ahora, que se puede considerar un conflicto entre dos fuerzas antagónicas que se disputan el dominio de la vida económica y social de los pueblos.

En la batalla entablada vencerá lógicamente el contendiente más apto, el que tenga de su parte más suma de verdad, más realidad de justicia, más elementos de perfección para esta humanidad en evolución constante.

La clase obrera es la que mejor colocada se halla en este sentido, la clase social que tiene a su favor mayores perspectivas de éxito, debido a que se organiza y se arma para superar al enemigo y aplastarlo sin nin-

guna clase de reparos, en cuanto sea posible hacerlo.

La dictadura roja es el vehículo más seguro para lograr los objetivos del proletariado.

do, y por ello están los trabajadores inteligentes que se han formado conciencia del minuto trascendental que estamos viviendo.

Luis María López.

LOS PRINCIPIOS EN LUCHA: MARXISMO, BOLSHEVIKISMO Y ANARQUISMO

El 20 de julio de 1870 Carlos Marx escribía a Federico Engels: "Francia debe ser golpeada rudamente, pues si Prusia consigue salir victoriosa el poder estatal llegará a estar más centralizado y lo mismo ocurrirá con todo el movimiento obrero de Alemania. La potencia alemana trasladará el centro del movimiento obrero europeo de Francia a Alemania. Sólo es necesario comparar el movimiento en estos dos países, desde 1866 a nuestros días, para convencerse de la superioridad de la clase obrera alemana sobre la francesa, tanto en la teoría como en la organización y su potencia mayor en los acontecimientos internacionales significa un triunfo para nuestra doctrina sobre la de Proudhon...."

Marx tenía razón: el triunfo de Alemania sobre Francia significó una nueva ruta en la historia del movimiento obrero europeo.

Socialismo libertario

y socialismo autoritario

El socialismo revolucionario y liberal de los países latinos fué hecho a un lado, dejando el campo a las teorías estatales y antilibertarias del marxismo. La evolución de aquel socialismo vivificante y creador se vió turbada por el nuevo dogmatismo férreo que pretendía poseer un pleno conocimiento de la realidad social, cuando era apenas un conjunto de fraseologías teológicas y de sofismas fatalistas, y resultó ser luego el sepulcro de todo verdadero pensamiento socialista.

Con las ideas, cambiaron también los métodos de lucha del movimiento socialista. En vez de los grupos revolucionarios para la propaganda y para la organización de las luchas económicas, en los cuales los internacionalistas habían visto la semilla de la sociedad futura y los órganos aptos para la socialización de los medios de producción e intercambio, comenzó entonces la era de los partidos socialistas y de la representación parlamentaria del proletariado. Poco a poco

llevaba a los obreros a la conquista de la tierra y de las fábricas, poniendo en su lugar la nueva disciplina de partido que consideraba la conquista del poder político como su más supremo ideal.

Miguel Bakunin, el gran contrincante de Marx, observó con clarividencia el cambio de la situación y con el corazón amargado predijo que, con el triunfo de Alemania y la caída de la comuna de París, comenzaba un nuevo capítulo en la historia de Europa. Físicamente agotado y mirando de frente a la muerte, escribió, el 11 de noviembre de 1874, estas importantes palabras a Ogaref: "El bismarkismo — que viene a ser militarismo, régimen policiaco y monopolio financiero fusionados en un sistema que se titula el nuevo estado — está triunfando en todas partes. Pero quizás dentro de diez o quince años la inestable evolución de la especie humana alumbrará nuevamente los senderos del triunfo". Bakunin se equivocó en esa ocasión, no calculando que habría de pasar medio siglo hasta que, en medio de una terrible catástrofe mundial, fuera derrotado el bismarkismo.

La bancarrota del Socialismo marxista

y el advenimiento de los bolshevikis

Así como el triunfo de Alemania en 1871 y la caída de la Comuna de París fueron los signos de la desaparición de la vieja Internacional, así la gran guerra de 1914 es el punto de arranque de la bancarrota del socialismo político.

Y aquí ocurre un extraño suceso que resulta a veces verdaderamente grotesco y que sólo encuentra su explicación en la falta de todo conocimiento sobre la historia del viejo movimiento socialista. Bolshevikis, independientes, comunistas, etc., no dejan de acusar a los herederos de la vieja Social-democracia de una vergonzosa claudicación de los principios del marxismo. Los acusan de haber ahogado el movimiento socialista en el panta-

terpretado mal la actitud de Marx y Engels sobre el Estado, etc., etc.

El director espiritual de los bolsheviks, Nicolás Lenin, ha tratado de **fundamentar** esa acusación sobre bases sólidas en su conocido libro "El Estado y la Revolución", que es reputado por sus discípulos **como la verdadera y pura interpretación del marxismo**. Por medio de una colección de citas perfectamente arregladas **pretende demostrar Lenin que "los fundadores del socialismo científico"** fueron siempre enemigos declarados de la democracia y del pantano parlamentario y que todas sus aspiraciones iban encaminadas a la desaparición del Estado.

No hay que olvidar que Lenin hizo recién este descubrimiento cuando su partido, contra todas las esperanzas, se vió en minoría después de las elecciones para la Asamblea Constituyente. Hasta entonces los bolsheviks habían participado a la par de los demás partidos en las elecciones y se cuidaban de no ponerse en conflicto con los principios de la democracia. En las últimas elecciones para la Asamblea Constituyente tomaron parte con un programa grandioso, esperando obtener una mayoría imponente. Pero al ver que, a pesar de todo, quedaban en minoría declararon la guerra a la democracia y disolvieron la Asamblea Constituyente, publicando entonces Lenin su obra "El Estado y la Revolución" como un justificativo personal.

Lenin colocado entre los marxistas y los anarquistas

La tarea de Lenin no era sencilla por cierto: de un lado se veía obligado a hacer concesiones avanzadas a las tendencias antiestatales de los anarquistas y del otro a demostrar que su actitud no era en modo alguno anarquista, sino marxista únicamente. Como inevitable consecuencia de todo esto su obra está llena de errores contra toda la lógica del sano pensamiento en el hombre. Un ejemplo probará esta afirmación: queriendo Lenin acentuar lo más posible una supuesta tendencia antiestatal de Marx cita el conocido párrafo de "Guerra civil en Francia", donde Marx da su aprobación a la Comuna por haber comenzado desterrando el Estado parasitario. Pero Lenin no se toma el trabajo de recordar que Marx se veía obligado con estas palabras — que están en abierta contradicción con toda su actitud anterior — a hacer una **concesión a los partidarios de Bakunin**, con las cuales mantenía por aquel entonces una lucha muy enconada.

Hasta el mismo Franz Mehring — a quien no se le puede sospechar de simpatía hacia los socialistas mayoritarios — ha debido reconocer esa contradicción en su último libro "Karl Marx", donde dice: "No obstante todo lo verídico que sean los detalles de esa obra, está fuera de duda que el pensamiento allí expresado contradice todas las opiniones que Marx y Engels habían venido proclamando desde el "Manifiesto Comunista" un cuarto de siglo antes."

Bakunin estaba en lo cierto al decir por aquel entonces: "La impresión de la Comuna levantada en armas fué tan imponente que hasta los mismos marxistas, cuyas ideas habían sido completamente desalojadas por la revolución de París, tuvieron que doblar la cabeza ante los hechos de la Comuna. Hicieron más aún: en contradicción con toda lógica y con sus convicciones conocidas tuvieron que relacionarse con la Comuna e identificarse con sus principios y aspiraciones. Fué un carnavalesco juego cómico... pero necesario. Pues el entusiasmo provocado por la Revolución era tan grande que habrían sido rechazados y arrojados de todas partes si hubieran intentado encastillarse en sus dogmatismos."

Marx es el culpable del parlamentarismo y del divisionismo proletario

Algo más aún olvida Lenin y algo es, por cierto, de capital importancia en esta cuestión. Es lo siguiente: que fueron precisamente Marx y Engels quienes trataron de obligar a las organizaciones de la vieja Internacional a desarrollar una acción parlamentaria, haciéndose de este modo responsables directos del empantanamiento colectivo del movimiento obrero socialista en el parlamentarismo burgués. La Internacional fué la primera tentativa para unir a los trabajadores organizados de todos los países en una gran **unión**, cuya aspiración final sería la liberación económica de los trabajadores. Diferenciándose entre sí las ideas y los métodos de las diferentes secciones, era de capital importancia establecer los puntos de contacto para la obra común y reconocer la amplia autonomía y la autoridad independiente de las diversas secciones. Mientras esto se hizo la Internacional creció poderosamente y floreció en todos los países. Pero todo cambió por completo desde el momento en que Marx y Engels se empeñaron en empujar a las diferentes federaciones nacionales hacia la **acción parlamentaria**. Esto ocurrió por vez primera en la desgraciada conferencia de Londres de 1871, donde lograron hacer aprobar

una resolución que terminaba con las siguientes palabras:

“Considerando: que el proletariado sólo puede permanecer como clase constituyéndose en partido político aparte, en oposición a todos los viejos partidos de las clases dominantes; que esta constitución del proletariado en partido político es necesaria para llegar al triunfo de la Revolución Social y a su finalidad — la desaparición de las clases —; que la unión de las fuerzas proletarias que se viene consiguiendo por las luchas económicas es también un medio de que se valen las masas en la acción contra las fuerzas políticas del Capitalismo; la Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional la necesidad de mantener en las luchas obreras indisolublemente unidas sus actividades económicas y políticas”.

Que una sola sección o federación de la Internacional adoptara tal resolución era cosa bien posible, pues sólo a sus componentes envolvería el cumplimiento de ella; pero que el Consejo Ejecutivo la impusiera a todos los componentes de la Internacional, y máxime tratándose de un asunto que no fué presentado al Congreso General, constituía un proceder arbitrario, en abierta contradicción con el espíritu de la Internacional y que tenía necesariamente que levantar la protesta enérgica de todos los elementos individualistas y revolucionarios.

El Congreso vergonzoso de La Haya, en 1872, concluyó la obra emprendida por Marx y Engels los culpables del divisionismo de la en una maquinaria de elecciones, incluyendo a este efecto una cláusula que obligaba a las diferentes secciones a luchar por la conquista del poder político. Fueron, pues, Marx y Engels los culpables del divisionismo de la Internacional, con todas sus consecuencias funestas para el movimiento obrero, y los que por la acción política trajeron el empanamiento y la degeneración del Socialismo.

El anarquismo y las fracciones marxistas

Cuando estalló la revolución en España en 1873 los miembros de la Internacional — casi todos anarquistas — desconocieron las peticiones de los partidos burgueses y siguieron su propio camino hacia la expropiación de la tierra y de los medios de producción con un espíritu socialmente revolucionario. Estallaron huelgas generales y revueltas en Alcoy, San Lucar de Barrameda, Sevilla, Cartagena y otros lugares, que tuvieron que ser sofocadas en sangre. Más tiempo resistió la ciudad portuaria de Cartagena, la cual se man-

tuvo en manos de los revolucionarios por espacio de varios meses hasta que finalmente cayó debido al fuego de los buques de guerra prusianos e ingleses. En aquel entonces Engels atacó duramente en el “Folk-Stat” a los bakuninianos españoles y los apostrofó por no querer adherirse a los ciudadanos republicanos. ¿Cómo hubiera el mismo Engels, si viviera aún, criticado a sus discípulos bolshhevikis y comunistas de Rusia y Alemania?

Después del célebre Congreso de 1891, cuando los dirigentes de los llamados “Jóvenes” fueron expulsados del partido Social-demócrata, por levantar la misma acusación que Lenin dirige hoy a los “oportunistas” y “kautzkianos”, fundaron éstos un partido aparte con un órgano propio: “Der Socialist” en Berlín. Al principio este movimiento fué extremadamente dogmático y representó ideas casi idénticas a las del actual Partido Comunista. Si se lee por ejemplo el libro de Teistler “El Parlamentarismo y la clase obrera”, se encontrarán idénticos conceptos que en el “Estado y la Revolución” de Lenin. Al igual de los actuales bolshhevikis rusos y de los miembros del Partido comunista alemán, los socialistas independientes de aquel entonces reenzababan los principios de la Democracia y se negaban a participar en parlamentos burgueses sobre la base de los principios reformistas del marxismo.

Y ¿cómo hablaba Engels de esos “Jóvenes” que se complacían, al igual de los comunistas de hoy en día, en acusar a los dirigentes del Partido Social-Demócrata de traición al marxismo? En una carta a Sorge, en octubre de 1891, hace el viejo Engels los siguientes amables comentarios: “Los asquerosos herfineses se han convertido en acusados en vez de seguir siendo acusadores y habiendo obrado como cobardes infelices han sido obligados a trabajar fuera del Partido, si es que desean hacer algo. Sin duda hay entre ellos espías policiales y anarquistas disfrazados que desean trabajar secretamente entre nuestra gente. Junto a ellos hay una cantidad de asnos, de estudiantes ilusos y de payasos insolentes de todo surtido. En total son unas doscientas personas”. Sería verdaderamente curioso saber con qué adjetivos simpáticos hubiera hoy honrado Engels a nuestros “comunistas”, que se dicen ser “los guardadores de los principios marxistas”.

La verdadera ruta de liberación social

No es posible caracterizar los métodos de la vieja Social-democracia. Respecto a tal punto, Lenin no dice ni una sola palabra y

menos aún sus amigos alemanes. Nuestros socialistas mayoritarios deben recordar este detalle sugerente para demostrar que son ellos los verdaderos representantes del marxismo; cualquiera que conoce algo de historia debe darles la razón. El marxismo fué quien impulsó la acción parlamentaria a la clase obrera y marcó la ruta de la evolución operada en

el Partido Social-Demócrata alemán. Sólo cuando nuestros amigos comunistas de hoy lo comprendan, se convencerán de que la ruta de la liberación social sólo nos lleva a la tierra feliz del Socialismo pasando por encima del marxismo.

Rodolfo Rocker.

VISION DANTESCA



EL INFIERNO MODERNO, por Polignoto

El dinamismo de la revolución

La filosofía burguesa que atribuye al hombre un poder desproporcionado con el poder de la sociedad, está sufriendo enormemente por la rudeza de los golpes revolucionarios.

La revolución de Europa no es una revolución de figuras, pestada por figuras y por éstas conducida caprichosamente. Es una revolución nacida de un hecho común a una clase condicionada por una característica fundamental: el régimen del salario. Campesino u obrero, desposeído y asalariado a la vez, y en general, cada uno de aquellos que según el decir de Marx no tiene que perder con el régimen capitalista nada que no sean las cadenas de su esclavitud, es un soldado de la revolución, un propulsor de la misma, y

a ella es arrastrado muchas veces por su condición económica antes que por su voluntad e idealismo.

Los grandes movimientos esconden sus raíces en el seno de las multitudes. En el oscuro tugurio, en la rentina del buque, dentro del grande establecimiento manufacturero como en las campiñas abiertas al aire y la luz, en todo lugar donde el dolor de la explotación hace su nido, el alma de la revolución se mantiene vigorosa. El poeta que la canta no es su propulsor, el escritor de galano estilo lo mismo que el teórico empeñado en sistematizar sus resultados futuristas, no pasan de ser accesorios de un dinamismo al cual van completamente ajenos.

Hecho que nace de una condición tangible, la revolución es la obra y el resultado de una acción emprendida por todos aquellos que en su carne y

en su espíritu sienten la necesidad de despojarse de las cadenas que los mantiene en la esclavitud económica. Así la revolución no es obra de jefes ni de directores espirituales, y si de multitudes anónimas compuestas de hombres de trabajo, de seres sujetos a la deprimente condición de asalariados.

El éxito de la figura revolucionaria que se dirige al asalto seguida de la muchedumbre insurgente, tiene más de apariencia que de realidad. Su puesto de vanguardia no indica precisamente en él al hombre que en sí resume todo el poder y anhelo de las masas, sino más bien el instrumento que las masas utilizan para personificar un objetivo. Es de hecho un sujeto subordinado a los deseos de la masa revolucionaria, presta a decapitarlo cuando su acción personal no refleja fielmente los propósitos colectivos. La masa es quien obra, la masa es la que inspira, sólo la masa conduce en su propia potencia la fuerza revolucionaria y el esquema del sistema social a surgir sobre las ruinas de lo destruido.

El papel de los hombres, de las figuras en la revolución, es común a los partidos que, en definitiva, son una reunión permanente y sistematizada de directores. Los partidos no hacen la revolución; sólo le prestan grandes servicios. Pero cuando los partidos dejan de ser serviciales, su destino es la guillotina. Los "girondinos", cantando la marselesa camino del cadalso, son un símbolo; Marat, representación de los "montañeses", conducido en los hombros de la furiosa muchedumbre de las picas, es otro símbolo.

Ese error de concepto llevó a la burguesía europea a la realización de he-

chos que para los fines de contención nada significan. Con el asesinato de Liebknecht y Rosa Luxemburgo, la burguesía alemana no dió muerte a la revolución. Ella se anuncia de vez en cuando con el repiqueteo de las ametralladoras. La guerra civil en Italia siguió más intensa a la prisión de Malatesta. Las detonaciones de las pistolas automáticas en España, recrudescieron en cuanto Seguí fué alejado del campo de acción y Pestaña encerrado en un castillo. Es que la revolución no reside en la voluntad de un hombre ni en la de un partido, sino en la naturaleza de las cosas, y para la supresión de la cual la burguesía está tan incapacitada como el loco que pretendiere detener la vertiginosa marcha de la tierra alrededor del sol.

No se desilusionen los de este lado de la barricada que juzgan el móvil de los hechos a través de la mezquina concreción que de ellos hace un poeta, quien, generalmente se supone, acompañado del filósofo, un factótum de esos hechos. Estas dos figuras no pasan de malos remedadores de la inmensa poesía que surge de la revolución como de los materiales que a la filosofía ella ofrece. Son malos reflejos de ese hecho, pero de ningún modo las causas que lo determinan. Sus pobres ideas son apenas un detalle, pésimamente alambicado, tomado de un conjunto de hechos, cuya grandeza y alta significación sólo comprenden íntimamente esos esforzados artifices de mundos, conocidos por modestos trabajadores.

Alejandro Alba.

LA EPOCA DE LAS RENOVACIONES

*Si el proletariado argentino sigue el curso de las mismas
:: será ejemplo ante el mundo del trabajo ::*

EL DEBER DE LOS MILITANTES REVOLUCIONARIOS

Indiscutiblemente hemos entrado en una época renovadora. Los militantes Comunistas Anárquicos y Sindicalistas convergen sin violencias de concepto hacia un punto que llamaremos luminoso. Al contrario de lo que pasa en las fracciones o partidos políticos, los inteligentes hombres del anarquismo militante y de la gran revolución que se avecina, no sufren la desesperación

justificada del caos. Ellos tienen por herencia de actuación una visión clara de las ideas y del momento trascendental para los pueblos y único para la historia.

Ayer, cuando la obra — ajustada a una inflexible psicología de momento — era meramente teórica, sugestiva y destruetible casi, nuestros militantes supieron darle los más aquilatados e

insuperables valores. Hoy, ajustándose siempre a ese determinismo que hemos llamado psicología del momento y que Hamón llamaría historia, saben ser realistas, preclaros, altamente videntes; obrando siempre con una total posesión de serenidad y cálculo que cuaja en la más elevada de las virtudes: la de no fracasar nunca, por lo menos, moralmente. Manejan fácil y hábilmente todo el alcance filosófico de las frases lapidarias del gran anarquista y revolucionario ruso, Miguel Bakounine: “¡Destruir para crear!”. El ayer fué destructivo. El presente es más constructivo que destructivo. El mañana será solamente constructor. Aquí, se torna indispensable ser comprensivo, penetrante. El ayer fué destructivo frente a miles de prejuicios prendidos a los cerebros y corazones proletarios como moluscos en las rocas. El presente que ya no tiene tantos prejuicios que destruir, como el patriotismo, la religión, la política y otros, es más constructivo. Construyen la revolución proletaria que es, finalmente, la revolución social. Se construye eficazmente lo que puede darle cuerpo y vida segura a la revolución. Esto se hace en el campo sindical pero siempre por los mismos militantes. Mutuamente hay felicitaciones porque se supo comprender exigencias del siglo arrojando al canasto las prácticas y concepciones anticuadas, totalmente inservibles para la gran batalla del proletariado. Si esto no es regla, la excepción no es merecedora del comentario. Unos operan sobre arenas y los otros, dignos hijos del Progreso, sobre tierra dura firme.

Estamos en vísperas de la gran tragedia. Los actores de la misma se conocen perfectamente. Han agotados todos los recursos diplomáticos. Los parlamentos del primer y segundo acto han fenecido.

Llegamos al tercero, el trágico desenlace. El más fuerte, el más hábil, el más unido, el que mejor pelee, vencerá. Y con la apoteosis de la gran revolución, el telón bajará volviendo a subir para dejar ver los comienzos de la sociedad Comunista.

Colocados en este terreno de realidades y ventajas, es indispensable saber mantenerse. Avanzar cautelosa y seguramente. Los ojos deben ser desterrados de nuestro campo. Nos debemos a la

renovación. Que la renovación sea. Al mantenerla y propulsarla, seamos conscientes de ella. Si la experiencia, madre legítima de la ciencia, nos vá a servir para señalar errores y por lo mismo corregirlos y evitar caer con ellos, como fundamento de lógica, como desarrollo ético de nuestra obra, procedamos consecuentemente con los fundamentos de la labor que nos hemos dispuesto realizar. Por lo que, no hay que confundir — se ha hecho lastimosamente — la rebeldía más o menos violenta, con el revolucionarismo consciente, fruto de una evolución operada en el individuo o en la colectividad. Pues la rebeldía no es más que la falta contumaz de la obediencia y el revolucionarismo vá más allá, es: aquello que tiende a la transformación de un régimen, a la destrucción de un Estado, a la bifurcación de la sociedad hacia un nuevo orden de cosas. Y la revolución necesita hombres inteligentes, tácticos, capaces, para envolver al enemigo unas veces, y otras, para captarse las simpatías del mismo. El revolucionario debe tener una noción exacta del ideal que persigue, una clarividencia a toda prueba y una sensatez y serenidad poco comunes. El revolucionario diletante, el revolucionario “pour la galerie”, no es más que un comerciante de la revolución o un pescador de la popularidad. Debe ser o no ser. El revolucionario no hace derroche de palabras patéticas o catastróficas, porque debe saber que antes de la revolución, la tribuna donde elocua discursos o el periódico donde escribe, debe ser una escuela demagógica y no un taller de pirotecnia. Por esto, por haberse hecho de la tribuna y del periódico un laboratorio químico de muy dudosa sabiduría y de menos seriedad, es que, la mayoría de sus cultivadores, llevan y llevarán por mucho tiempo, el epíteto de obcecados, la expresión de lo ridículo. Otros, — y los mismos que buscan popularidad — quieren sentar plaza de revolucionarios con continuas e inoportunas elucubraciones literarias, degenerando en consecuencia la causa que motivó las elucubraciones de marras. Haciéndolo así, el proletariado se acostumbra a las frases y no se capacita para la revolución. Y no es que yo quiera parodiar o repetir lo de Hamlet, sino que, es menester convencer, enseñar, cultivar la mentalidad del proleta-

riado, porque este, sugestionado por el pirotecnicismo de la oratoria catastrófica, se encuentra desorientado, incapacitado para obrar y opta por seguir al primer pontífice que se presente. Por lo mismo, toda la prédica debe estar animada o saturada por un ideal. Y más que nada, el revolucionario debe demostrar que no es un vulgar destructor, sino que, presenta formas prácticas y sencillas para reconstruir la sociedad.

No puede el revolucionario sensato organizar revoluciones a plazo fijo, porque la revolución, como todas las grandes convulsiones populares, es hija de las circunstancias y son éstas las que llevan a obrar al revolucionario distinta y variadamente. Para ser revolucionario, se necesita cierta ilustración, pues se dá el caso — triste por cierto — de que en nombre de la revolución y del ideal que persigue la misma, se cometen hechos lamentables, que ridiculizan aquello que es una enseñanza de la ciencia y un imperativo de la historia.

¿Qué beneficios positivos ha reportado todo aquello que se apartó de la rea-

lidad, que no estaba revestido de lógica y sobre todo de sentido común, aún que digan que es el peor de los sentidos?

Se ha cultivado en demasía el simplismo y esto es antítesis de revolucionarismo. No se ha trabajado la revolución. Se ha jugado a la revolución. ¿Como si ella fuera una serenata matizada con fuegos de bengala! Y estamos en la antesala de la revolución, estamos frente a un nuevo mundo, miramos cara a cara la liberación humana.

¿Os parece esto poco? ¿No lo consideráis lo suficiente grandioso y elocuente como para hacernos meditar y aprender? En honor a ello, deben los revolucionarios ser sensatos, saber distinguir la rebeldía de la revolución, y, haciendo obra de verdadera profilaxis revolucionaria, entrar en el período del buen sentido. A gritos nos lo piden los proletarios del mundo y la época de renovación que ya ha empezado. Mientras tanto, converjamos todos hacia ese punto luminoso: **la Revolución.**

Antonio Abilio Goncalves

EL COMUNISMO ÁCRATA

El más justo homenaje que podamos nosotros rendir al ilustre maestro recientemente desaparecido, consiste en divulgar sus grandiosas ideas y proseguir con fe en la propaganda de su evangelio de redención. Por eso publicamos este artículo, breve compendio del comunista ácrata, síntesis de la filosofía que tan bien supo definir la preclara mentalidad de Pedro Kropotkine. Creemos que esto vale más que cualquier nota biográfica o ditirámica elegía ante la tumba del que fué nuestro hermano y nuestro maestro.

I

Al romper con la propiedad privada, toda sociedad se hallará obligada a constituirse en comunismo ácrata.

En épocas pretéritas una familia de labriegos podía creer que el trigo que sembraba y los vestidos de lana tejidos en la choza eran simples productos de su trabajo. Esta creencia no era, sin embargo, enteramente

justa. Existían caminos y puentes contruidos en común, pantanos desecados por un trabajo colectivo y prados comunales cercados por setos que todos costeaban. Un progreso en las artes de tejer o en el modo de colocar los tejidos beneficiaba a todos; en tales tiempos, una familia campesina vivía mediante el apoyo de la ciudad, del concejo.

En el estado actual de la industria, cuando todo se entrelaza y se sostiene, cuando cada rama de la producción utiliza todas las demás, la pretensión de dar un origen individualista a los productos es completamente insostenible. Si ciertas industrias han llegado a una maravillosa perfección en los países civilizados, débese al simultáneo desenvolvimiento de otras mil industrias; lo deben a la extensión de la red ferroviaria, a la navegación transatlántica, a la habilidad de millones de obreros, a cierto grado de mesura general de toda la clase proletaria; en fin, a trabajos ejecutados de un extremo a otro de la tierra.

Tanto los italianos que sucumbían del cólera cavando el canal de Suez, o de anemia en el túnel de San Gotardo, como los americanos que perecieron en la guerra aboli-

cionista de la esclavitud, han contribuido al auge y desenvolvimiento de la industria algodonnera en Francia y en Inglaterra, no menos que las jóvenes sacrificadas en las manufacturas de Manchester o de Ruán o el inventor de cualquier mejora en las máquinas de tejer.

Desde este punto de vista general y sintético de la producción, no estamos conformes con los colectivistas en que una remuneración proporcional a las horas de trabajo invertidas por cada uno en la producción de las riquezas sea un ideal, ni un avance siquiera hacia ese ideal. Sin discutir aquí si el verdadero valor de cambio de las merea-

trabajo. Toda nueva forma de posesión pide nueva forma de retribución. Una forma nueva de producción no podría sostener la antigua forma de consumo, como no podría desarrollarse en las formas viejas de organización política.

De la apropiación personal del suelo y de los instrumentos para la producción por alguno, nació el salario.

Era la condición imprescindible para el desarrollo de la producción capitalista; perecerá con ella, aunque se quiere disfrazar bajo la forma de "bonos de trabajo". La posesión común de los instrumentos de traba-

PEDRO KROPOTKINE



El más eminente de los filósofos del anarquismo, hombre a la vez de pensamiento y acción. En su inmensa obra filosófica y científica está contenido todo el dolor de ese pueblo atormentado que hoy realiza la sobrehumana gesta y la angustia infinita de la humanidad toda, por la que tanto sufrió y luchó.

A los 64 años de edad murió en Moscú en febrero del corriente año, sin que lograra, en la tremenda convulsión que extremece a Rusia, vislumbrar la aurora del nuevo día. Muere posiblemente con la incertidumbre de que la revolución actual, como la francesa, sea tan sólo una etapa más en el calvario doloroso de la humanidad irredimida...



derías se calcula en la sociedad actual por la cantidad de trabajo preciso para producirlas (según han dicho Smith y Ricardo, cuya huella ha seguido Marx), hemos de decir que no hallaríamos factible el ideal colectivista en una sociedad que considerase como patrimonio común los instrumentos de producción. Acatando este principio, habría de abandonar en seguida cualquier forma de salario.

Creemos que el individualismo mitigado del sistema colectivista no podría existir a la vez que el comunismo parcial de la posesión por todos del suelo y de los instrumentos de

trabajo, llevará consigo forzosamente el goce en común de los frutos de la labor de todos.

Estamos convencidos de que no sólo es deseable el comunismo, sino que hasta las sociedades de ahora fundadas en el individualismo, "se ven constreñidas de continuo a caminar hacia el comunismo".

El desenvolvimiento del individualismo durante los tres últimos siglos, se debe, sobre todo, a los esfuerzos del hombre, para defenderse de los poderes del capital y del estado. Creyó por un momento—y así lo han predicado los que formulaban su pensamiento por él—que podía libertarse por completo del es-

tado y de la sociedad. "Mediante el dinero—afirmaba—puedo conseguir todo lo que necesite". Pero el individuo ha seguido mal camino, y la Historia moderna le demuestra que, aun teniendo tesoros en sus arcas, nada puede sin el concurso de todos.

Paralela a esa corriente individualista, destácase en la Historia moderna, de una parte, la tendencia a conservar los restos del comunismo parcial de la antigüedad y de otra a restablecer el principio comunista en los diferentes órdenes de la vida.

Tan pronto como los Municipios de los siglos X, XI y XII lograron emanciparse del señor laico o religioso, fomentaron en seguida el trabajo en común, el consumo en común.

Era la ciudad la que fletaba buques y enviaba caravanas para el comercio en lejanas tierras, cuyos beneficios no eran para los individuos, sino para el conjunto de éstos; también compraba las provisiones para sus habitantes. Los recuerdos de esas instituciones se han conservado hasta el siglo XIX, y los pueblos los mencionan religiosamente en sus leyendas.

Desapareció ya todo eso; pero el Municipio rural, se empeña en guardar los últimos vestigios de ese comunismo, y lo logra mientras no eche el Estado su abrumadora espada en la balanza.

Asimismo surgen, en mil diversas formas, nuevas organizaciones fundadas en el mismo principio de "a cada uno según sus necesidades", porque sin cierta dosis de comunismo no podrían existir las sociedades presentes.

El puente por el que en otro tiempo los transeuntes pagaban derechos de peaje se ha hecho de uso común. El camino que antes se pagaba a tanto la legua, sólo en Oriente existe. Los museos, las bibliotecas libres, las escuelas gratuitas, las comidas comunes, para los niños, los parques y los jardines libres, y las calles libres para todo el mundo; el agua conducida a domicilio y tendiéndose a no contar la cantidad consumida; he ahí otras tantas instituciones basadas en el principio de "Tomad lo que necesitéis".

Se ha introducido ya en los tranvías y ferrocarriles el billete de abono mensual o anual, prescindiendo del número de viajes, y toda una nación, Hungría, ha introducido en su red de ferrocarriles, el billete por zonas, que permite recorrer quinientos o mil kilómetros por el mismo precio. No falta, pues, mucho para llegar al precio uniforme, como sucede en el servicio postal. En todas estas y otras innovaciones, se tiende a no medir el consumo. Hay quien quiere recorrer mil leguas, y otro sólo quinientas. Esas son necesidades personales, y no hay razón alguna para hacer pagar a uno doble que a otro, sólo

lo porque su necesidad sea dos veces mayor.

También se va procurando poner las necesidades del individuo por encima de la valuación de los servicios que haya llenado o que llene en la sociedad. Se empieza a considerar la sociedad como un todo, cuyas partes están tan íntimamente ligadas entre sí, que el servicio prestado a tal o cual individuo es un servicio prestado a la generalidad.

Si vais a una biblioteca pública. -- por ejemplo las de Londres o Berlín,—el bibliotecario no os pregunta qué servicio habéis prestado a la sociedad para dejaros el libro o los cincuenta libros que solicitéis, y si es preciso os ayuda a buscarlos en el catálogo. Pagando un derecho de entrada uniforme, la sociedad científica abre sus museos, jardines, bibliotecas, laboratorios, y da fiestas anuales en honor de cada uno de sus miembros, fuera de la categoría que fueran.

Si tratase de dar vida a un invento, y vais a un taller especial de San Petersburgo, os darán sitio, todas las herramientas necesarias, todos los instrumentos de precisión—si sabéis manejarlos—y se os dejará trabajar cuanto queráis. Ahí están las herramientas. Convened a amigos de vuestra idea; asociáos a otros amigos de diversos oficios si no preferís trabajar solos; inventad la máquina o no inventéis nada, eso es cosa vuestra. Una idea os conduce, y ello es suficiente.

Los tripulantes de una falúa de salvamento no exigen sus credenciales a los marineros de un buque naufrago: salen en su embarcación, ariesgan su vida entre las olas furibundas y, a veces, mueren por salvar la de otros hombres a quienes ni siquiera conocen. ¿Y necesitan conocerlos acaso? "Necesitan nuestros servicios, son seres humanos; eso basta. ¡Su derecho queda demostrado! ¡Salvémoslos!" Si mañana una de nuestras ciudades, tan egoístas al presente, es víctima de una necesidad cualquiera, esa misma ciudad procurará que las primeras necesidades que se satisfagan sean las de los niños y los viejos, sin averiguar los servicios que hayan prestado o presten a la sociedad; ante todo hay que mantenerlos.

En cuanto se han llenado las más importantes necesidades de cada uno, y a medida que aumenta la fuerza productora de la Humanidad, se acentúa más cada vez que una gran idea ocupa el puesto de las mezquinas preocupaciones de nuestra vida ordinaria.

Llega el momento en que se devolviesen a todos los instrumentos de producción, en que la labor fuese común y el trabajo—ocupando el sitio de honor en la sociedad—produjese mucho más de lo preciso para todos, ¿puede dudarse de que esta tendencia ampliaría su esfera de acción hasta ser el principio mismo de la vida social futura?

Por estas razones entendemos que, al quebrantar la revolución la fuerza en que se apoya el sistema actual, nuestra primera obligación será llevar el comunismo a la práctica.

Mas este comunismo nuestro no es el de los falansterianos ni el de los autoritarios teóricos alemanes; es el comunismo anarquista, el comunismo sin Gobierno, el de los hombres libres. Tal es la síntesis de los dos fines que busca la Humanidad a través de las edades: la libertad política y la libertad económica.

II

Al considerar la "anarquía" como ideal de la organización política, sólo formulamos otra pronunciada tendencia de la Humanidad. Conforme lo permitía el curso del desenvolvimiento de las sociedades europeas, sacudían éstas el yugo de la autoridad e iniciaban un sistema basado en los principios de la libertad individual. La Historia nos enseña que los períodos durante los cuales fueron abatidos los Gobiernos por efecto de rebeliones totales o parciales, han sido épocas que en el terreno económico e intelectual significaron un gran adelanto.

Otra es la independencia de los Municipios, cuyas grandes obras—fruto del trabajo libre de asociaciones libres—no han sido superadas; ora es el levantamiento de los campesinos, que hizo la Reforma y puso en peligro al Papado; ora la sociedad—libre en su principio—fundada al otro lado del Atlántico por los descontentos que huyeron del viejo continente.

Si nos fijamos en el desarrollo actual de las naciones civilizadas anotaremos un movimiento cada vez más perceptible en pro de reducir la esfera de acción del gobierno y de aumentar la libertad individual. Esta es la evolución presente, aunque retardada por el fárrago de instituciones y preocupaciones heredadas de lo pretérito. Igual que todas las evoluciones, aguarda la revolución para aventar las vetustas ruinas que se oponen al libre vuelo en la sociedad regenerada y remozada.

Tras haber empleado un largo tiempo en el insoluble problema de inventar un Gobierno que "obligue al individuo a la obediencia, sin dejar de obedecer aquél también a la sociedad", la Humanidad pretende libertarse de toda especie de Gobierno y llenar sus necesidades de organización por el libre acuerdo entre individuos y grupos que aspiren a iguales objetivos. La independencia de cada mínima unidad territorial es ya una necesidad apremiante; el común acuerdo sustituye a la ley, salva las fronteras, y,

con la mira puesta en un fin general, regula los intereses particulares.

Cuanto se creyó en otra época función propia del Gobierno se le niega hoy, llegándose mejor y más fácilmente al acuerdo sin su intervención. Analizando los progresos conseguidos en este aspecto hemos de afirmar que la Humanidad aspira a anular completamente la acción de los Gobiernos, esto es, a abolir el Estado, que es la personificación de la opresión, del monopolio y de la injusticia.

Realmente, la idea de una sociedad sin Estado acarreará por lo menos tantas objeciones como la economía política de una Sociedad sin capital privado. A todos nos han nutrido los arraigados prejuicios sobre las funciones providenciales del Estado. Desde la enseñanza de las tradiciones romanas hasta el Código de Bizancio, o de Derecho romano, y las diversas ciencias inculcadas en las Universidades, todo nos ha habituado a ver una Providencia en el Gobierno y en las virtudes del Estado.

Para infundir y sostener este prejuicio, se han inventado y propalado sistemas filosóficos y se han dictado leyes. Toda la política se basa en ese principio, y cada político, de cualquier orden y color que fuese, dice siempre al pueblo: "¡Dame el poder: quiero y puedo librarte de las miserias que te abruman!"

Ojead un libro cualquiera de sociología o de jurisprudencia y hallaréis en él siempre al Gobierno, con su organización y sus hechos, en tan gran lugar que acabamos por creer que fuera del Gobierno y de los hombres de Estado ya nada existe.

Los periódicos repiten en todos los tonos la misma cantinela: columnas enteras se dedican a las discusiones parlamentarias, a las intrigas de los políticos; apenas si se advierte, en cambio, la intensa vida diaria de una nación en breves líneas que estudian un asunto económico, a propósito de una ley, o en la sección de noticias o de sucesos del día. Los que menos pensáis al leer esos periódicos es en el infinito número de seres humanos que nacen y mueren, trabajan y consumen, sufren los dolores, piensan y creen, más allá de esos personajes de similar, a quienes se glorifica, hasta el punto de que sus sombras cubran y oculten la Humanidad por la grandeza que les da nuestra ignorancia.

Y no obstante, tan pronto como se pasa del papel impreso a la vida misma, en cuanto se mira a la sociedad, salta a la vista la parte infinitesimal que el Gobierno representa en ella. Balzac había observado ya enantos millones de campesinos viven su vida entera sin saber nada del Estado, excepto los pesados impuestos que ha de pagarle por fuerza. Diariamente se ultiman innumerables

contratos sin que intervenga el Gobierno, y los más grandes de ellos,—los del comercio y la Bolsa—se hacen de tal manera, que ni siquiera se podría invocar al Gobierno si una de las partes contratantes abriga la intención de faltar a sus compromisos. Hablad con quien conozca el comercio y os dirá que los cambios realizados a diario entre comerciantes no se operarían sin la base de la confianza mutua. La costumbre de cumplir su palabra, el deseo de mantener su crédito, sobran para guardar esa honradez comercial. Aquél que sin el menor remordimiento envenena a sus parroquianos con infectas drogas presentadas bajo etiquetas atrayentes considera empeño de honor el cumplir sus compromisos. Ahora bien: si esa moralidad relativa se ha desarrollado hasta en las condiciones actuales, cuando el enriquecimiento es el único móvil y objetivo, ¿no ha de progresar rápidamente, en cuanto ya no sea la base fundamental de la sociedad la apropiación de los frutos de la labor de los otros?

Otro distintivo característico de nuestra generación que viene también en apoyo de nuestras ideas, es el constante aumento del campo de las empresas nacidas de la iniciativa privada y el enorme desarrollo de todo género de agrupaciones libres. Numerosos son estos hechos y tan vulgares ya que forman la esencia de la segunda mitad de este siglo, aun cuando los hombres del socialismo y de la política los ignoran, en su manía de ha-

blarnos siempre de las funciones del gobierno. Las organizaciones, libres y diversas hasta lo infinito, resultan un producto tan natural, prosperan con tanta rapidez y se reúnen con tanta facilidad, son una consecuencia tan necesaria del continuo crecimiento de las necesidades del hombre civilizado y reemplazan con tantas ventajas a la intervención gubernamental, que ha de reconocerse en ellas un factor cada vez más importante en la vida moderna.

Si todavía no abarcan el conjunto de las manifestaciones de la vida, es porque tropiezan con obstáculo insuperables en la miseria del trabajador, en las castas de la sociedad actual, en la apropiación privada del capital colectivo, en el Estado. Suprimidos esos obstáculos, las verá extenderse por el inmenso dominio de la actividad de los hombres civilizados.

Los cincuenta años últimos son viva prueba de la impotencia del Gobierno representativo para ejercer las funciones que se le han encomendado.

El siglo XIX será citado algún día como la fecha del aborto del parlamentarismo.

Es tan evidente para todos esta impotencia del parlamentarismo y los vicios originales del principio representativo son tan palpables, que los pocos pensadores que han hecho su crítica (J. Stuar Mill, Laverdais), se han encontrado hecha la labor con sólo traducir el descontento popular. Es absurdo nombrar algunos hombres y decirles: "Hacednos leyes acerca de todas las manifestaciones de nuestra vida, aunque cada uno de nosotros las ignore". Ya empezamos a percatarnos de que el Gobierno de las mayorías parlamentarias significa el abandono de todos los asuntos del país a los que forman las mayorías en la Cámara y en los comicios, a los que carecen de criterio propio.

La unión postal internacional, las uniones ferroviarias, las sociedades científicas, son patente ejemplo de soluciones debidas al libre acuerdo y no a la ley.

Si grupos diseminados por el mundo, pretendían hoy organizarse para un fin cualquiera no nombran un parlamento internacional de diputados "para todo", y a quienes se les diga: "Votadnos leyes, las acataremos. Si no logran entenderse directamente o por correspondencia envían delegados bien conscientes de la cuestión especial que va a tratarse y les dicen: "Procurad poneros de acuerdo acerca de tal asunto, y volved luego, no con una ley en el bolsillo, sino con una proposición de acuerdo, que aceptaremos o no.

Las grandes compañías industriales, las sociedades científicas, las asociaciones de todo género existentes en Europa y en los Esta-

EL "ORDEN" SOCIAL



Vuelta a la "normalidad"

dos Unidos así proceden. Y así habrá de obrar la sociedad libertada. Para efectuar la expropiación no podrá, en modo alguno, organizarse bajo el principio de la representación parlamentaria. Una sociedad basada en la servidumbre podía aceptar la monarquía absoluta: una sociedad fundada en el salario y en la explotación de las multitudes por los detentadores del capital corresponde

al parlamentarismo. Más una sociedad libre que recobre la posesión de la herencia común, habrá de buscar en el libre agrupamiento y en la libre federación de los grupos una organización nueva en analogía a la nueva fase económica de la historia de su existencia.

P. Kropotkine.

El diluvio pedagógico

BENDITA REVOLUCION ESTUDIANTIL

Ellen Key, la genial sueca autora de esa biblia de la educación libertaria que se titula "El Siglo de los Niños", reclamaba un diluvio pedagógico que no dejara piedra sobre piedra de este infuso sistema educacional que con más o menos barnices de ciencia se ha consolidado en el mundo bajo el monopolio que ejerce el Estado en la instrucción pública. Entre nosotros, por ejemplo, el Estado toma a nuestro hijo desde los seis años de edad ("escuela gratuita y obligatoria") y nos lo devuelve después de seis años de escuela primaria y otros cinco o seis de colegio nacional (suponiendo que él sea uno de los privilegiados que llegan a la Instrucción Superior,) y finalmente después de otros seis de Universidad, nos lo devuelve con un título de doctor, honroso y milagroso, título de suficiencia para todo lo que no sea su profesión, que le permitirá desempeñar, en cambio, en nuestra República agro-pecuaria todos los puestos directivos de la administración nacional, desde jefe de una repartición técnica de la cual nada entiende, por supuesto, hasta diputado o senador, ministro o presidente de la República.

Hemos pasado los argentinos por tres etapas evolutivas de sociabilidad y cultura: primero fuimos gobernados espiritualmente por una oligarquía teocrática (estábamos donde está Colombia actualmente) después por las oligarquías de obscuros caudillos militares (como ocurre en Venezuela, tierra de entronizados coroneles y generales), y ahora estamos viviendo bajo el reinado de los doctores. Hemos progresado; pero no nos queremos quedar bajo la tutela de una nueva casta por grande que sea la sabiduría de los hombres con un título académico.

Aspiramos a abolir un régimen educacional organizado por el privilegio para mantener el privilegio. No nos conformamos con tener pequeñas elites intelectuales (suponiendo que nuestros doctores lo sean), pequeños núcleos luminosos de cultura rodeados de grandes

masas oscuras y compactas sin desbarbarizar. No queremos sistemas de educación que tenga por inconfesada finalidad, dar lustre y poder a una escasa minoría dejando en el limbo de la ignorancia a la inmensa mayoría de la nación, para justificar luego en los hechos el fenómeno político-social que ese sistema ha producido en el país, señalado por Agustín Alvarez, de que siempre "las minorías mandan allí donde las mayorías son imbéciles".

El Estado, órgano de dominación de una clase opresora, no puede convertirse en órgano de liberación de la otra clase oprimida que constituye la inmensa mayoría del pueblo. Luego es natural que la instrucción pública oficializada tenga, aunque de diferente modo, la misma idéntica función del cuartel y la iglesia, la prensa y la tribuna política, esto es, mantener como verdad sagrada e inviolable la inmutabilidad de lo existente. Pero las grandes borrascas que soplan en el mundo desplomando aquí, desquebrajando allá y haciendo bambolear en todas partes el orden burgués, les dice a ellos lo que el Nuevo Evangelio: "polvo eres y en polvo te convertirás".

Aquí entre nosotros la voz del Nuevo Evangelio han sido los estudiantes.

Ellos se han llenado un bolsillo de razones y otro de piedras. Como las primeras no entraron en los oídos de los viejos profesores, rompieron con las segundas los vidrios entelarañados por el moho de la rutina, y abrieron de par en par puertas y ventanas para que entrara en ellas la fecundante aurora revolucionaria del nuevo siglo. Y ya tenemos, en efecto, dentro de la Universidad, que hasta ayer fué escuela de mandarines y de teólogos, el espíritu emancipador de las reivindicaciones humanas.

Es asombroso que en tan pocos años nuestra juventud estudiantil haya dado un salto tan grande en su transformación mental. Sólo hace diez años que los estudiantes (aleccionados por los mismos maestros reacciona-

rios que han sido barridos ahora del aula) asaltaban los locales gremiales y quemaban los diarios obreros, al son del himno nacional.

¿Quién habría podido profetizar, entonces, que serían los estudiantes quienes iniciarían arriba en las esferas oficiales y entre los elementos conservadores de la sociedad argentina, la misma acción revolucionaria que realizan los trabajadores desde abajo contra el capitalismo y el Estado?

En efecto, no será a nuestras grandes lumbreras intelectuales que pusieron su ciencia y su conciencia al servicio de la ortodoxa educación estatal, a quienes premiará la historia por este gran salto que, quieras o no quieras, ha tenido que dar la instrucción secundaria y universitaria en la Argentina. El diluvio pedagógico ansiado por Ellen Key, ha comenzado ya en este país, gracias a los estudiantes. Ya ha sido derribado el más odioso de los dogmas, en el que se basaban todas las "coacciones mentales" ejercidas sin misericordia sobre el alma de la juventud por nuestros pedagogos de alquiler. Me refiero al dogma de obediencia. Los estudiantes han adquirido personería en lo que respecta a su propia cultura. Ejercen control y participación en el régimen interno universitario. Pueden elegir profesores y pueden ser jueces de ellos así como ellos son jueces de sus alumnos.

Pero además de abolido el dogma de obediencia, han realizado otra conquista sin la cual nada significaría la primera: han obligado a sus viejos dómnes a admitir el estudio de los arduos problemas sociales que constituyen el nervio y el corazón de esta grandiosa época en que tenemos la suerte de vivir.

He ahí explicada en dos palabras la razón que tiene la burguesía argentina para chillar por intermedio de su gran prensa contra la "demagogia" y "el anarquismo" que han invadido los más respetables centros de enseñanza. Esto explicará a los que no saben los pormenores del llamado "conflicto" universitario de La Plata, por no llamarlo por su verdadero nombre, "complot" de los trogloditas contra la reforma universitaria, porque se movilizan hoy y se seguirán movilizand mañana todas las fuerzas regresivas del obscurantismo nacional para atacar esta hermosa conquista, de la misma manera y con el mismo éxito con que los contrarrevolucionarios pagados por el oro de los aliados han intentado repetidas veces aplastar la invencible, la triunfante Revolución Rusa.

El Colegio Nacional de La Plata es considerado como el foco principal de la citada reforma debido a la feliz coincidencia de que es donde hay un alumnado más inteligente y valientemente constituido en guar-

dera capacidad intelectual a la par que notable firmeza de espíritu para no entregarse al enemigo el fuerte conquistado.

No tardará este movimiento en extenderse como un torrente incontenible a todas las escuelas y colegios del país, y es deber nuestro no regatearle nuestra colaboración, nuestra ayuda franca, leal, solidaria. De los estudiantes revolucionarios han salido a la publicidad hermosos documentos sociológicos expresando su adhesión no platónica sino efectiva a la causa del proletariado, tal por ejemplo, el precioso manifiesto (causa también del conflicto actual), lanzado por la Federación Universitaria, negando su concurso a proyectado "Congreso Científico Argentino" y muerto antes de nacer por causa de la contestación de los estudiantes, quienes alegaban que siendo aquél un certamen de intelectuales burgueses que prescindían totalmente de concurso intelectual obrero en asuntos de vital interés para ellos, juzgaban, por su parte, que el desprecio inferido a los trabajadores, era ofensa que también se les hacía a quienes como dichos estudiantes han abrazado fervorosamente su causa.

Tengo la seguridad de que el proletariado, consciente de sus deberes, sabrá a su turno demostrar que también para él la causa de los estudiantes libertarios es la causa de los trabajadores que bregan por el mismo ideal.

Mientras tanto, creo que se les brinda a éstos una buena coyuntura para actuar en los asuntos de la educación, siquiera sea en la que afecta directamente a sus hijos.

VUESTROS HIJOS NECESITAN ESCUELAS SIN DOGMAS Y SIN AMOS

Un Consejo Obrero de Educación

Se me ocurre una iniciativa bella y útil en favor de la cultura proletaria, para celebrar dignamente, no sólo con verbalismos oratorios, sino con obras iniciales de construcción revolucionaria, el más grande y hermoso de los acontecimientos obreros que se habrían producido en el país: la próxima unificación del proletariado.

Me anticipo a los hechos, descontando el éxito del Congreso Pro Unificación, por un acto de fe revolucionario en el buen sentido profundamente "realista" de la clase trabajadora, cada día en más sensata y en franca oposición al diletantismo romántico de aquellos revolucionarios "abstractos" que repudian la revolución "concreta", sin caer en la cuenta de que, por ser "fieles" a las fórmulas empíricas de las doctrinas, son traicionados por la causa misma de la Revolución cuando

ha sido ella desencadenada sobre el capitalismo mundial.

Mucho ha crecido la cultura obrera en los últimos cuatro años, y la considero en plena madurez de su juicio en lo que respecta a sus verdaderos intereses de clase para no quedarse rezagada, paralizada en discusiones fútiles como los conejos de la fábula, disputando si son galgos o podencos, mientras los mastines del burgués, en forma de esbirros, cárceles, ligas blancas y feroces atropellos coaligados en una sola fuerza caen en forma de los más afrentosos azotes sobre las espaldas de los trabajadores libertarios.

Tiempo es ya de acabar con los ultrajes y las infames persecuciones de que la gauchocrática burguesía argentina hace víctima a los hombre honrados que emiten libremente su pensamiento.

¿Quién será capaz de sujetar el brazo criminal que nos azota?

Solamente el proletariado unificado en una fuerte e invencible organización sindical roja. Entonces veremos si la actual fanfaronería autocrática del burgués persiste en mantener la ley sin ley del garrote.

Descuento el éxito, repito, del próximo Congreso Unificador y en vez de romperme las manos batiendo palmas para celebrar entusiasmado tan fausto suceso, propongo desde la barra, con tiempo para que se vaya meditando sobre el asunto, que se lleve a cabo por voluntad del Congreso la formación de un Consejo Obrero General de Educación, con asiento en la capital federal, para fundar no menos de 40 o 50 escuelas destinadas a los hijos de los trabajadores, en los lugares y con los estudios más adecuados para tales fines.

He aquí a grandes trazos las razones fundamentales que servirían de base a este proyecto.

II

Actualmente hay en la República Argentina, según cálculos oficiales, alrededor de 8.000 maestros sin ocupación. Sólo en Buenos Aires se calcula que habrá no menos de 3.000 jóvenes de ambos sexos egresados de las escuelas normales que desde hace tres años no consiguen puesto. No hay que esperar que los "doctores en patriotismo" que dejan anualmente unos 800.000 niños sin instrucción (lo que hasta cierto punto es preferible a educarlos en la obediencia, el nacionalismo y el parasitismo) sean capaces de conjurar esta crisis. Al contrario, de año en año crecerá este nuevo proleariado sin ocupación del magisterio. Mientras tanto, los dirigentes de la enseñanza primaria aprietan el torniquete del más estúpido autoeratismo reaccionario en las escuelas públicas. Hoy no hay capilla más sectaria, más inquisitorial de la

conciencia infantil que esa capilla del odio burgués hacia las luces redentoras de esta nueva civilización naciente, que se llama escuela pública del Estado.

A parte de su estupidez sectaria, que no deja de producir un certero envenenamiento moral en el alma de los niños, aún de aquellos que provienen de hogares libertarios, la escuela primaria argentina está fosilizada en moldes arcaicos de donde no pueden obtenerse sino resultados de una absoluta esterilidad social.

¿Qué gran oportunidad nos brindan las circunstancias excepcionales del ambiente para ensayar en el campo educacional el sistema de las instituciones libres del comunismo, nacidas por obra y gracia del inteligente esfuerzo creador de los trabajadores!

Esos maestros, todavía no uncidos al carro de la escuela estatal, no vestidos con la librea burocrática del oficialismo, no domesticados por las disciplinas cuarteleras de las autoridades escolares ni embrutecidos por los años de rutina del ejercicio profesional, son elementos preciosos que nos hacen falta a los cientos de miles de hombres que estamos laborando un nuevo mundo, libando un nuevo panal de luz y de amor para las generaciones que vienen detrás nuestro, quienes encontrarán, gracias a nuestra acción, la futura colmena social libre de zánganos; esos jóvenes maestros, nos hacen falta, repito, para crear con ellos el mayor número posible de escuelas racionalistas que se adopten a los cambios de la vida social moderna, que en vez de ser instrumentos de coacción mental y parasitismo, lo sean de libertad y de trabajo.

Esos jóvenes maestros puestos en contacto con la masa productora, convertidos en servidores directos y libres del pueblo en vez de alquilarse al Estado, ganarán, a su vez, increíblemente en aptitudes docentes y en esclarecimiento mental para ser los agentes conscientes y eficientes de la nueva cultura libertaria que ya empieza a impregnar el ambiente argentino. Yo tengo que declararme, por mi parte, discípulo de las masas obreras donde si algunas veces actué como maestro, muchas más aprendí a interpretar hondamente los problemas humanos y a realizar el más difícil de los oficios: el de ser hombre.

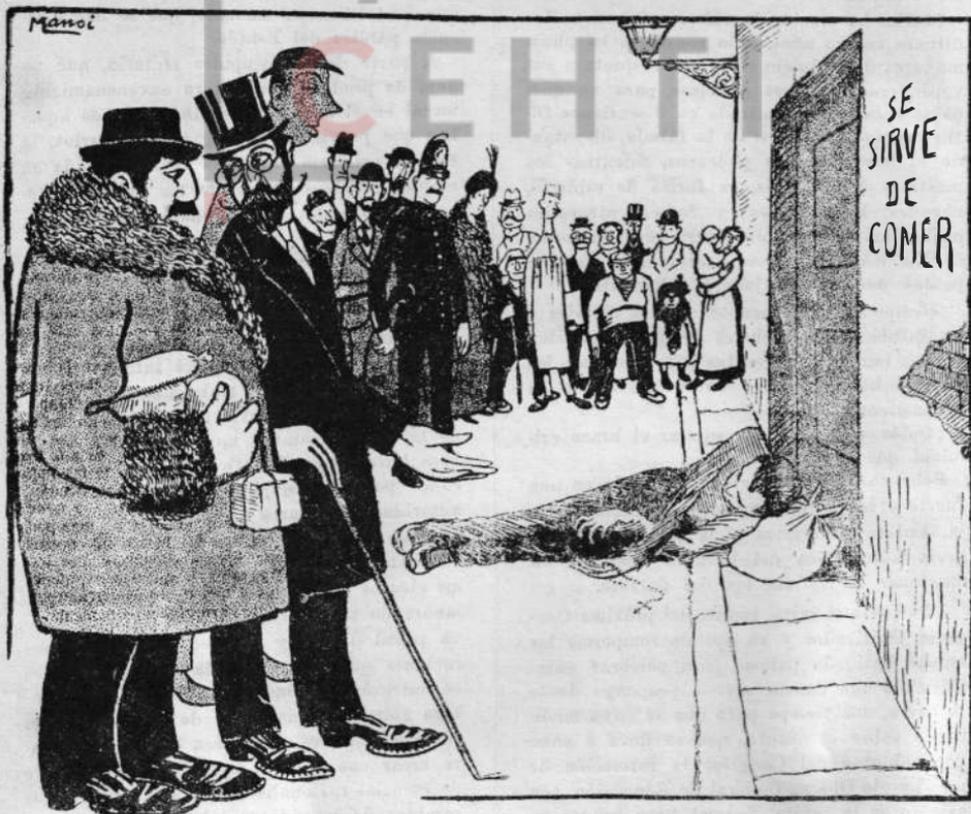
III

¿Cómo llevar a cabo tan bella y saludable empresa?

Ahí van algunas ideas concretas a las que sumariase aquellas otras nacidas de la iniciativa común si el proyecto fuese acogido favorablemente.

Creo que bastaría como capital inicial el

ESCENA CALLEJERA



— Dicen que ha muerto de hambre...
 — ¡De hambre! ¡No tener un pedazo de pan, Dios nos libre!
 — Sólo le hallaron en la mano una estampita del Sagrado Corazón con aquella máxima de Santa Teresa que dice: "Quien a Dios tiene nada le falta; sólo Dios basta".

que se arbitrara de inmediato acordando en el próximo Congreso (por voluntad previa de los gremios) dedicar "medio jornal", como cuota única, por cada obrero confederado, según el censo sindical que resulte una vez hecha la unificación, lo cual sumaría muchos cientos de miles de pesos.

Designar un Consejo Obrero General de Educación integrado con algunos expertos de la enseñanza para que organice, administre y dirija las escuelas a crearse.

Estas escuelas pueden ser elementales o técnico-prácticas, según las necesidades y circunstancias del lugar donde funcionen.

En la Capital podrían fundarse dos grandes escuelas del tipo económico-industrial moderno de las llamadas Escuelas Gary en los Estados Unidos. Se buscarían edificios relativamente adecuados; muy grandes, con capacidad para talleres y aulas, si es posible con un "auditorium" (sala de actos públicos) donde puedan concurrir de 1500 a 2000

niños diariamente en tres turnos diferentes, mañana, tarde y noche.

Se podría establecer los "sábados comunistas" para trabajar desinteresadamente en pro de la misma obra. Los domingos y otros días feriados constituirían el "día social" de los familiares, a fin de crear vínculos efectivos de sociabilidad entre los elementos proletarios. Al mismo tiempo que estos días fueran consagrados a expansiones recreativas como el baile, la música, las representaciones teatrales, el cine, etc., podrán aprovecharse con actos educativos, como lecturas, conferencias y narraciones de efectos culturales. Cada una de estas escuelas, verdaderas casas del pueblo, convertiríase gradualmente en una Universidad Social de los Trabajadores.

Las otras escuelas aunque imbuídas del mismo espíritu serían más pequeñas y con un plan de estudios más elemental.

El ideal sería crear una red de escuelas de esta clase extendida por todo el país para

que sus beneficios alcanzaran a todo el proletariado.

El sostenimiento de las mismas podría arbitrarse con los siguientes recursos: con lo que produzca el trabajo de los alumnos; con la contribución mínima de los padres; con la contribución ocasional de los gremios o particulares y con lo que produzcan los actos públicos organizados para tales fines.

Comprendo que la explicación amplia de este proyecto requeriría el espacio de un panfleto o de una seduda conferencia, pero para la comprensión de las líneas generales y del alcance social que podría tener este primer soviét de la enseñanza en el país, creo que basta por hoy con lo que dejo dicho.

Julio R. Barcos.

¡Forjando un mundo nuevo!

He aquí la aspiración suprema: ¡Forjar un mundo nuevo! En ello estamos empeñados, sí! Nos acompañan todos los espíritus sensibles, todos los hombres justicieros; todos aquellos a quienes el egoísmo no cegó; todos aquellos a quienes el brillo del copel no ha vuelto niopes.

En ello estamos, ¡sí!, forjando un mundo nuevo! Pero en esta gran cruzada que hemos emprendido, bien sabemos que hay alguien que no nos acompaña, que pretende detener nuestra marcha, malograr nuestra obra: quebrarnos la voluntad...

¡Tenemos enemigos! Y estos enemigos, sépalo el mundo, son todos aquellos a quienes el interés personal ha hecho insensibles al clamoreo angustioso de la humanidad sufriendo; todos aquellos a quienes el tintineo del oro, ha vuelto sordos al grito acusador de la justicia; todos aquellos para quienes la única felicidad está en la caja del tesoro, para quienes la destrucción del mundo viejo, equivaldría a la desaparición de los privilegios que usufructúan; y, en fin, todos aquellos a quienes el tanto por ciento mató el corazón y atrofió el cerebro.

Pero a pesar de todo, en ello estamos ¡forjando un mundo nuevo! No

importa que tengamos enemigos; son tan pequeños que no podrán detener nuestro avance. El arma con que cuentan para combatirnos, es la ignorancia de una parte del pueblo, y esta arma, como todo lo que tenga por base la falsedad y el engaño, se va debilitando, vacila, flaquea ya ante el vigoroso ataque de la otra arma, la nuestra.

Y es que nuestra arma es invencible porque no tiene por base la falsedad, como la de nuestros enemigos. Nuestra arma, forjada por todos los parias de la tierra, condensa en sí el sacrificio secular del trabajo para laborar la riqueza de todo un mundo; riqueza de la que habían de apropiarse los que nunca cooperaron para elaborarla. Las realidades de la vida, el dolor de todos los esclavos que entregaron sus energías para labrar el bienestar de los que mandan; el martirio de los que cayeron peleando por la redención de la humanidad, y de los que se sienten morir en las celdas carcelarias, el gemido desgarrador que del suburbio exhalan millares de seres inocentes, he ahí nuestra arma! Todo esto le da la potencia combativa para que ella sea invencible y todo esto también nos da la razón para esgrimirla; todo esto nos revela la pequeña talla moral de nuestros enemigos y todo esto nos hace exclamar con todas las fuerzas de nuestras convicciones: ¡en ello estamos, sí! ¡Forjando un mundo nuevo!

Benassi Aladino

Los hombres

Sí, lo único que puede hacerlos, moldearlos, darles tipo, dignidad, conciencia, son las convicciones, las ideas, el sentimiento y la altura. Y mientras se olvide esto, todo será torpe, todo será ruín, todo será odioso, inconsistente, sin valores, ni efectivos, ni figurados.

La vida es de instintos y de emociones, pero de instintos altos, intuitivos, pero de emociones altas, intensas, de libertad. Y si no se desarrollan las con-

diciones emotivas y los sentimientos de hombría, las emociones y los sentimientos que se sientan vibrar, serán pobres crispaciones de nervios, serán pobres alucinaciones de disipado y de ebrio.

Y la vida seguirá siendo este insulto de hoy, esta falta de gusto, esta falta de alegría y de humanismo; mueca triste, ridícula y soez.

Por eso los hombres, alejada su ansia del derecho, alejado su espíritu de la apreciación de la libertad, cultivan fervorosamente, locamente un "porvenir" infame, un porvenir bajo, una sociedad con jefes, con empleados, con soldados, con números, y también con obreros que la sostengan con su trabajo. Y esa falta de tipo, esa falta de convicciones, es una faceta pobre del espíritu de hoy, es un aspecto del raquitismo de las pasiones del hombre mutilado.

Y porque falta altura en las miras, porque falta elevación en los conceptos, porque falta la apreciación de la libertad, que es la apreciación de la vida, es porque hoy trabajan intensamente en el hombre.

Será la obra efectiva, porque es la consciente. Es risible, es necio imponer. Al hombre no se le impone nada, a lo más, se le inspira, se le sugiere, se le despierta.

Se le despierta el sentimiento humano, el sentimiento de la simpatía y de la justicia, se le crea para que lo sienta y lo viva el valor de la personalidad, y el sentido de la voluntad.

El sentido, la apreciación de la personalidad y de la voluntad, son los valores humanos más altos y reales que puede alcanzar el hombre.

Y olvidar la personalidad, no trabajarla, es negar la hombría, es necedad, miopía, atrofia, ideal de chato, nulidad. Y mutilar la voluntad, no sentirla, no vivirla, es perderse, esclavizarse es no saber nada, no sentir nada, no representar nada.

Pero es crear y cimentar valores definitivos, el tener convicciones, violencia, dignidad. El amo, el jefe, es el insulto más atroz y profanador que se ha echado en la vida. Es asquearlo todo, es despreciarlo todo.

Si los hombres trabajan los conceptos altruistas, los conceptos valóricos de la libertad, la vida no pasará como una cosa sin sustancia, con solo una visión de un porvenir lejano, brumoso, mítológico por delante. La vida se irá sintiendo, gustando.

Y los hombres sabrán qué cosa son, qué valores representan.

Los principios humanos son de capacidad, son de libertad. No es noble ni bello bastardearlo, entregarlo todo a pasiones de desesperados. Hay algo más sublime que la locura del mando, pero no hay nada más grande que el derecho que tiene cada individuo a su propia vida.

Las convicciones, las ideas que forman al individuo tipo, al hombre libre, son la única revolución, la única cimentación de valores. La inteligencia de los obreros para organizar y funcionar el trabajo, es la única sociedad decente y necesaria.

Y la voluntad, el derecho que tienen los hombres a romper todo lo que los trabe, aprisione o incomode, es la única ley humana. Deshacerlo todo, reventarlo todo si se quiere, pero no olvidar nunca el respeto a la vida, el derecho libertario.

Y hoy, y siempre, los seres que perturben la libertad de los otros, aunque sea el padre, serán canallascos, étnicos y perdularios como la sociedad burguesa, esta sociedad que hay que destruir por indecente, por bestial y por torturante.

Flores LIBERTY.



DE SUD A NORTE

PLUTOCRACIA Y GAUCHOCRACIA

En las luchas sociales de este país, que asumen cada vez proporciones mayores, los hechos de Santa Cruz y del Chaco no son episodios aislados, sin orden de continuidad, gestos esporádicos de trabajadores puestos en actividad bajo el acicate de ocultos agitadores o de exóticos idealismos....

Santa Cruz, en la parte Sud de la República, ha iniciado, por así decirlo, la era de las grandes conquistas comerciales, la invasión de los fenicios del



Norte que han hecho de aquel territorio un enorme feudo, sin más ley que la del nuevo señor de horca y cuchillo... Y el Chaco inexplorable, hasta hace poco vírgen de toda civilización... ¿no es acaso propiedad exclusiva de unos cuantos plutócratas extranjeros, que han impuesto al nativo la más denigrante esclavitud?

En los territorios nacionales, tomados en propiedad por unos cuantos rapaces

de la industria, la gauchoeracia rinde vasallaje al señor feudal. Y hay policías privadas que se encargan de cazar a los esclavos que huyen del tormento de los feudos, como sucede en los obrajes del Chaco, en los yerbales de Misiones, en los ingenos azucareros de Tucumán, en los establecimientos ganaderos de Santa Cruz.... ¡Ah, el gobierno, que es civil en los centros urbanos, representa en esas regiones una vulgar parodia: es la gauchoeracia, supeditada al poder del oro extranjero, sierva del capitalismo fenicio, fiel exponente de la incultura aborígen que tanto engullece a los patrioterros de la ciudad!

Los acontecimientos desarrollados en los dominios del trust de la carne y del feudo La Forestal, esas huelgas violentas de Santa Cruz y del Chaco, que fueron algo así como la iniciación del año sindical...., no son un episodio aislado, el gesto esporádico de unos cuantos descontentos. Pese a la opinión de los hombres de "orden", reflejada en la prensa capitalista y patrioterros, los hechos sangrientos del Sud y del Norte constatan el malestar reinante en los cuatro puntos cardinales de la República.

¿Quiénes son responsables de los hechos violentos desarrollados en esas dos grandes huelgas proletarias? ¿Los agitadores de oficio? ¡Ah, ese es el argumento de siempre, la justificación del mal eterno que agobia al mundo del trabajo! Pero la responsabilidad no está en esos hombres que traducen en rotundas palabras o en hechos concretos, el malestar colectivo y las aspiraciones de la ruda gente de trabajo que realizó esas dos gestas heroicas que pusieron en tensión los nervios de la pacífica burguesía. Hay que ir al fondo del problema: hay que buscar la raíz del mal en las entrañas doloridas de nuestro atormentado mundo!

LA CUESTION SOCIAL EN EL CAMPO

LA TIERRA Y LOS PROBLEMAS DE LA AGRICULTURA

En un país esencialmente agrícola como lo es la Argentina, todas las industrias están subordinadas al trabajo de la tierra. Las actividades, fabriles y de la mecánicas, adquieren pleno desarrollo cuando los sembrados prometen una abundante cosecha. De esta manera la agricultura pasa a ser la fuente principal de todo lo existente y se convierte en eje del capitalismo industrial.

A donde no se han descubierto otros recursos naturales que la fecundidad humifera de los terrenos, es en la agricultura, donde radica la felicidad o la desdicha... La pérdida de una cosecha traerá, indefectiblemente, para las clases productoras, la desocupación y el hambre; nunca para los capitalistas, puesto que además de vivir en la ociosidad perpetua, seguirán disfrutando de las riquezas que acumularon.

En la Argentina no hay otros medios de producción fuera de la agricultura. No hay minas en explotación, raíz de la rama metalúrgica que tantos brazos emplea en otros países. No hay cuencas hulleras donde a millares se emplean los hombres.

Una parte de la agricultura es también el cultivo de la caña de azúcar, que se extiende a las provincias de Tucumán, Salta, Catamarca y Jujuy, sobre un área aproximada a un millar de kilómetros cuadrados y donde se invierten las energías de más de 60.000 obreros, en su mayoría aborígenes.

Otra rama de la agricultura, es el cultivo de la viña, o sea la viticultura. Dos provincias: San Juan y Mendoza, ofrecen la fertilidad de sus valles y su clima apacible, a la producción de la uva. El porcentaje de obreros que se emplean en estos trabajos, oscila entre los 40.000 y 50.000, incluyendo vendimiadores, hodgueros, toneeros y conductores.

El donde se emplean en invierno, por millares, los trabajadores que dejaron de ser braceros de cosecha, para empuñar el hacha o la pica, también es una parte de la industria agrícola.

Siguiendo esta huella, llegamos a la conclusión de que la industria agrícola es aquí, en esta región, el vértice hacia donde convergen todas las ramas del árbol donde se elabora la riqueza social de que tanto blasonan los acudalados que forman la burguesía.

Desde que inmensos latifundios del cerazón de la Pampa se transformaron en chu-

cras por la ilimitada voracidad de sus dueños, la producción agrícola adquirió un desarrollo portentoso; pero los únicos que obtuvieron ventajas económicas, fueron los cerealistas, que aprovechan la ignorancia de los inexpertos chacareros para comprar a ocho, a diez y a doce y vender a dieciocho, a veinticuatro y a treinta. Los dueños de la tierra son, a la vez, terratenientes y cerealistas. Ellos despojan al chacarero del producto de su trabajo, valiéndose de mil argucias. Cuando las cosechas no alcanzan para cubrir los gastos que se le han originado al chacarero en la adquisición de implementos agrícolas: — arados, rastras, cortadoras, bolsas, hilo sisal, etc., etc., — se le entrapan las herramientas, se le inhabilita para seguir trabajando de colono, se le embarga todo: animales de labranza, cerdos si les tiene, gallinas, todo... Y se le deja a la intemperie, abandonado con su mujer y sus hijos, en medio del campo.

Al llevarse a cabo esta iniquidad sin nombre, toma participación la ley, representada en un juez que se regodea junto con el terrateniente o el administrador del campo, en el club social del pueblo. Estos salteadores, legalizados por el código de procedimientos, cuentan con la protección del comisario y los milicos, que disponen de armas, concedidas por el Estado, para guardar las espaldas de los sátrapas que, en este siglo, nos traen a la memoria con sus hechos, las tragedias de los vándalos.

Vemos que la modalidad del país es, por excelencia, agrícola, y siendo así, bien merece que dediquemos a la solución del problema de la tierra, una buena parte de nuestros esfuerzos, para evitar, por medio de una organización adecuada, que una minoría de terratenientes (denominados estancieros) siga siendo dueña absoluta de vidas y haciendas.

El descuido por la cuestión social agraria, ha permitido la incubación de un feudalismo, que se ha convertido en despótico y en tiránico en grado sumo, por la apatía y aislamiento de los colonos. Soamente así ha podido caracterizarse una plutocracia (la plutocracia de la tierra), una jerarquía feudataria con todas las anomalías originadas por el régimen de desigualdad tan acariaciado por los capitalistas.

EL COLONO.

Este nómade es el arrendatario de campos,

Pertenece a la categoría de los explotados. Un enjambre de vampiros lo rodea.

El colono es el que alimenta esperanzas en los capitalistas, con su pertinacia para el trabajo. Mientras que los frutos crecen y se sazonan, sobre la pródiga tierra, fecundizada con el sudor de estos proletarios, la burguesía capitalista hace sus cálculos; da rienda suelta al egoísmo en su afán de monopolio; contempla con voluptuosidad los trigales inmensos, incommensurables, que son una maravilla de las tantas que nos ofrece la naturaleza por la acción combinada de sus elementos y por el concurso de la inteligencia y del músculo de estos austeros y silenciosos, que contribuyen a que se realicen estos prodigios.

El colono adquiere la tierra mediante contratos elaborados bajo la influencia de los instintos de rapiña que caracterizan al terrateniente. Estos contratos son establecidos por voluntad exclusiva de los estancieros, que no consultan los intereses de los colonos. Es así, por obra de estos contratos leoninos, que se encuentran, los agricultores de esta región, atados de pies y manos, sin poder moverse, entregados a la voracidad de los estancieros.

El agricultor, con los suyos (mujer e hijos) desbroza el campo, lo ara, lo pulveriza con las rastras, lo siembra... Cuida los sembrados como cuida a su prole.

Los que eligen el oficio de chacarero, saben muy bien que no van a enriquecerse. Lo más echan mano de este recurso, porque están cargados de familia y les es difícil la vida en los pueblos o en las ciudades donde un salario de peón, misérrimo, no le alcanza para cubrir las más apremiantes necesidades de la riestra de hijos que se le ha ido acoplando a su existencia de desheredado.

Como el deshauciado, busca un lenitivo para sus males. Firma el contrato, en el cual figuran una veintena de artículos que autorizan al dueño de la tierra para llevar a cabo toda clase de extorsiones.

Los que aceptan semejante ignominia, deben someterse y esperar una vida llena de sobresaltos. Esto significa que acatan, que se ven obligados a acatar, toda clase de imposiciones y atrocidades.

Durante el año, en las aradas, en las siembras y en las trillas, el colono debe correr con todos los gastos: maquinaria agrícola, piezas de repuesto para las mismas, bolsas, hilo sisal, manutención del peonaje.... Todo esto debe costearlo el chacarero.

La pérdida de una cosecha por efecto de la sequía, de la langosta o del granizo, traerá aparejada la ruina de este agricultor que

se ve asediado de plagas y de acreedores, que le fiaron por veinte lo que a duras penas vale diez.

Llega el momento del desalojo, a causa de la más mínima transgresión al contrato de arrendamiento. Con estos procedimientos, que vienen casi siempre acompañados de embargos de los útiles de labranza, lo desarman al chacarero para continuar trabajando de agricultor. Las herramientas, compradas a precios exorbitantes, van a parar al galpón del terrateniente o al depósito del comerciante, que hace también ingentes negocios con estos hombres bonachones, laboriosos e inteligentes.

La más grande de las injusticias, no estriba en lo descripto solamente, sino que ella dimana de la apropiación de la tierra por unos cuantos rascacueros sin pudor. Figúranos un inútil que vive la vida del parásito, dueño de toda una comarca, propietario del principal medio de producción, que es la tierra; no sabe como se traza un surco o un sembrado; no sabe ni como germina la semilla, ni ha vertido nunca una gota de sudor en el trabajo, y, sin embargo, establece normas sobre la producción; el imbécil, se cree con el derecho de legislar, de reglamentar el trabajo que siempre aborreció y esquivó. Viene la recolección del cereal y, este mostrenco odioso, que pasea sus lastras físicas y morales por los campos, se arrebatada para sí, en concepto de arrendamientos el 30 o 40 por ciento del total de la cosecha. No es esto todo lo peor; este señor, que no precisa deshacerse del producto para subvenir a sus necesidades, hace las veces de acaparador y especula con el valor de los granos, convirtiéndose de esta manera en un usurero de la peor especie. Los dueños de la tierra, son los especuladores en gran escala de la runfla de cerealistas. Comercian a la vez en ramos generales.

Son los que le fijan precio a la cosecha. Frente al colono, son los tiburones que están en acecho.

Esto que exponemos, es un pálido reflejo de lo mucho que se soporta y se padece en el campo, en la chaera, bajo la despiadada explotación de un capitalismo ensoberbecido, el más feroz de todos, el más brutal y criminal: el capitalismo rural: PRINCIPAL ENEMIGO DE LOS PRODUCTORES.

J. Vidal
Mata

RESEÑA INTERNACIONAL

I. La Revolución rusa. Su influencia en otros países. — II. El sindicalismo español. Características diferenciales. — III. Los socialistas italianos. Sovietismo amarillo. — IV. Panorama sangriento. Prolegómenos de la revolución integral.

Para hacer una reseña de lo que en el mundo pasa en este instante de la vida agitada de los pueblos, es necesario tomar como punto de partida a Rusia, con su vasto campo de acción y sus trágicos estremecimientos de

revolución rusa, con la vehemencia de que es capaz un hombre que aspira a libertar al pueblo del infamante yugo capitalista, no significa, en modo alguno, una defensa, "a priori", de un régimen social determinado que pueda afirmarse posteriormente gracias a un proceso de equilibrio y conservatismo propiciado por una determinada fracción. La revolución se defiende como hecho histórico, en su valor destructivo, en lo que representa frente al Estado que cae a su empuje y los privilegios que desaparecen ante las realidades de un nuevo derecho y una nueva jus-

• • HACIA LA LUZ • •



Aguafuente de Fazio Hebecker

oso herido... Por qué es necesario reconocer, aunque más no sea, que a Rusia convergen todas las convulsiones que estremecen al Estado capitalista, y que allí tiene fijada su vista el mundo atónito...

Desde hace tiempo, nuestro mayor empeño consistió en establecer la lógica diferencia que existe entre el hecho revolucionario (históricamente considerado) y la tendencia predominante en la revolución. Defender la

ticia. ¿Discutir lo que será mañana y a las conclusiones a que arribará, bajo el impulso de tal o cual tendencia revolucionaria, mientras el enemigo está en pie y la contrarrevolución constituye una perenne amenaza?

Eso sería como entregarse al enemigo, renunciando a la lucha porque la revolución no es la imagen y semejanza de nuestras particulares opiniones.

Dicho esto a manera de prólogo, comenza-

remos a plantear los temas que figuran en los subtítulos de este artículo.

I. La revolución rusa. — Su influencia en otros países.

El colapso ruso, en plena conflagración económica, produjo un total desequilibrio en la economía burguesa, cambiando la faz de los acontecimientos. Y la guerra, de naciones contra naciones, de predominio comercial y hegemonía política, terminó virtualmente al desertar del frente los soldados rusos para volver sus armas contra los bayonetes del zarismo. La tregua que siguió a la caída del zar, durante el gobierno de la Duma y la dictadura de Kerenski, sirvió para detener al borde del abismo a todo aquello que había de desmoronarse en cuanto el pueblo ruso entrara en acción. El tratado de Brest-Litowsk, considerado como un triunfo de los prusianistas, fué la brecha abierta en la muralla de bayonetes formada por el ejército alemán y el golpe más terrible dado al imperio teutón. El maximalismo, que recobraba cada vez más ímpetu, ganó las fronteras orientales y, atravesando las líneas alemanas en forma de manifestos y folletos, comenzaba su obra de subversión entre los soldados y entre los civiles de los campamentos y de las ciudades. ¿Recordáis los prolegómenos de la revolución alemana; la huida del káiser y de su corte de lacayos; la deserción en masa, en el frente occidental, de miles de soldados alemanes, ya cansados de luchar por una causa que no era del proletariado? La victoria aliada, fué una consecuencia de la revolución alemana, como el fracaso de los prusianistas se debió a la revolución rusa.

La primera consecuencia de la revolución rusa, fué la desmembración del imperio zarista. Las diversas nacionalidades amalgamadas bajo el cetro de Nicolás el Imbecil, recobraron su independencia política, operándose en cada una de ellas un proceso revolucionario distinto, de acuerdo con las tendencias sociales predominantes y la mentalidad media del pueblo. Pero las consecuencias económicas fueron aún mayores. Rusia, dividida en su unidad política, libre del poder central que hacía de ella un gigante maniatado, constituyó el más vasto campo de experimentación comunista. ¿Quién puede negar trascendencia a un hecho de tal magnitud? Millones de esclavos, en un minuto de la vida, se dan cuenta de que las cadenas se han roto en mil pedazos, y, al sentirse libres, obran como perfectos esclavos.... Eso es todo; ahí está el porqué de ese gran cataclismo social que tanto asusta a los privilegiados y tantas

dudas lleva a los que, en su optimismo, creyeron que la revolución rusa habría de tener ese virtualismo que es esencia de alambicados teorismos....

No es el caso discutir, en este período destructivo de la revolución, cuál teoría ha de primar y qué sistema social ha de implantarse. Rusia, rodeada de naciones capitalistas, hostiles a su gobierno soviético, obligada a mantener una lucha interior y exterior contra los defensores de la desplazada burguesía, no puede comenzar la obra de reconstrucción. Los maximalistas, naturalmente, gracias a todas esas circunstancias, tratan de afirmar su estado centralista, y, poco a poco, van quitando el poder a los soviets para concentrarlo en manos de los dirigentes del llamado partido comunista. La dictadura del proletariado, se transformará así en dictadura de un partido, y, la revolución rusa, perderá en espíritu demoleedor todo lo que gane en disciplina, orden y conservatismo. ¿Es esa la ley fatal que preside todas las revoluciones, populares y demoleedoras en su origen, sometidas luego a la disciplina de un partido, que las desvía de su cauce infinito para meterlas en el pantano de un cualquier sistema estatal? No es el caso de discutir esto y perdernos en inútiles conjeturas. La revolución rusa, no es lo que nosotros quisiéramos que fuera sino lo que determinan factores poderosos, ajenos a nuestra propia voluntad.

Desde el punto de vista objetivo, la revolución rusa no podrá conformar a los ideólogos más avanzados. Pero es necesario reconocer que, su influencia, como hecho histórico, como enseñanza de la propia capacidad revolucionaria, fué y es preponderante en el mundo entero. Por reflejo, se han hecho infinidad de tentativas revolucionarias, y, el proletariado mundial, sacudió su marasmo gracias al flujo y reflujo que llevó a sus playas el mar social de la convulsionada Moseovia. El proletariado vive horas de agitación, gracias al entusiasmo, a la fe que despertó en él el triunfo del maximalismo, y, la burguesía, tiembla desahogada a medida la ola revolucionaria avanza anunciando en sus rugidos el derrumbamiento total del Estado capitalista.

Fuera de otro valor positivo, la revolución rusa vale como hecho histórico y por la influencia que ejerce en el espíritu y en la mentalidad de todos los pueblos que sufren la feroz tiranía de la burguesía dominante. Pero es necesario no confundir revolución con maximalismo. La primera, es el hecho histórico, la acción rebelde del pueblo, y, el segundo, la expresión política que pretende cristalizar, de acuerdo con su ideología, todo un

sistema social. Y muy bien se puede defender la primera sin participar de los principios del segundo.

II. El sindicalismo español. — Características diferenciales.

En España, monarquía constitucional, reyecía gobernada por políticos plutócratas y partidos tradicionalistas, el republicanismo ha pasado de moda. Hay política y agrupaciones de hombres que se turnan en el poder, un republicanismo que adula al rey y un socialismo que tiene miedo a la gesta del pueblo. La lucha por el porvenir, por la libertad y por la regeneración de España, no está contenida en el gesto de los tribunos parlamentarios, que combaten en público a la monarquía y en privado a aban al monarca eretino y a la plutocracia que lo sostiene. ¿Qué valor tienen, como fuerza social opositora, esos grupos "republicanos" que se prestan a formar gobiernos monárquicos de coalición para oponerse al avance de la revolución proletaria, la única capaz de salvar a la vieja y caduca España? ¿Qué misión representa el socialismo, en su estéril lucha parlamentaria, si no es capaz de ponerse frente a todos los partidos reaccionarios, alzando en alto el rojo pendón de las reivindicaciones obreras? ¿Para qué sirve ese liberalismo de la fracción monárquica transigente (el liberalismo jesuita de Canalejas y la suave tiranía de Dato), si se torna en odiosa intolerancia, en sádico pretorianismo, cuando de los intereses de los trabajadores se trata?

Hay en España, en este momento histórico, una sola fuerza popular que responde a la orientación renovadora de los grandes idealismos que tienen en convulsión al mundo: el sindicalismo. El proletariado español no cree en la regeneración política. Y ello es lógico. Fracasado el republicanismo como partido de revolución, desnaturalizado el socialismo en sus bases económicas, no queda en la superficie de la politiquería parlamentaria, otra cosa que los restos de híbridos doctrinarios y la postura estudiada de inofensivos demagogos, acostumbrados a mentir y a humillarse.

La crisis de los partidos de orden, en la desolación del escenario político español, produjo la crisis del gobierno. Y ya no fué posible gobernar a un pueblo incrédulo, amargado, indisciplinado, desorbitado... Los partidos monárquicos, los llamados partidos históricos (conservador y liberal) se fraccionaron llevando la denominación de cada caudillo y sosteniendo entre sí un cruenta lucha por la posesión del poder. ¿Y qué diremos del viejo partido republicano, dividido en pequeños

grupos personalistas, sirviendo a una u otra de las fracciones conservadoras, con el solo propósito de conseguir para su "leader" un legión, de los ideales que llevaron a la horea dándose, ante la defensa de comunes privi-ministerio en el gobierno monárquico, olvida a los precursores del republicanismo español?

Correlativo al fenómeno de desintegración de los partidos históricos, frente a los problemas planteados en el campo de la lucha sindical, a la vez que el sindicalismo se libraba de toda influencia política, la burguesía provocaba un extraño fenómeno de reintegración de los disgregados partidos conservadores. Si no en el campo de la política, en la lucha económica el monarquismo y el republicanismo, el conservadorismo y el liberalismo, formaron una coalición reaccionaria para salvar a la burguesía de una posible bancarota. Y hasta el socialismo, en forma indirecta, colaboró con los "partidos de orden" en esa guerra feroz contra el sindicalismo regenerador de la escrofulosa España.

El sindicalismo es, en España, la única fuerza popular que se opone a la inmoralidad del Estado, el único medio de resistencia con que cuenta el proletariado español para librarse de las garras del capitalismo, la única potencia dinámica que pone en acción a millones de brazos productores en la obra gigantesca de pasmar un nuevo mundo...

En un ambiente de hostilidad brutal, el sindicalismo fué creando su misteriosa potencia revolucionaria. Y ahí está, trágico y amenazante, con sus lizas sangrientas, con sus explosiones violentas, en un sordo clamoreo de multitudes indignadas, en el estampido formidable de vengadora bomba... ¿Quiénes fomentaron esa lucha sin tregua ni cuartel, esa lucha de exterminio y de venganza, anónima, destructora? Hoy se lamentan los que hablan de la tiranía sindicalista, mientras claman por las medidas de represión que vuelvan a su nivel a la desorbitada España. Se censura a los gobernantes débiles; los plutócratas catalanes exigen una mano de hierro en el gobierno de Cataluña; Barcelona está permanentemente bajo la tiranía militar. Y, sin embargo, el sindicalismo no muere; por el contrario, a cada medida de fuerza, el espíritu revolucionario renace y la lucha toma mayores proporciones, adquiere contornos más violentos, cobra ímpetus avasalladores. ¿Quiénes fomentan esa violencia? Se ha dicho que el sindicalismo era una cuestión de policía y se le quiso exterminar a fuerza de metralla. El gobierno reaccionario de España recogió los frutos de su política reaccionaria e indolente.

Es necesario conocer a fondo la política española, estar identificado al alma del pueblo español, para apreciar el valor real del sindicalismo, que tiene allí sus características especiales. Los factores determinantes del carácter violento de las luchas sociales en la península ibérica, están contenidos en el espíritu intransigente de la burguesía española y en la ceguera mental de los gobernantes, cultores de la fuerza como único cauterio para combatir lo que ellos llaman enfermedad social.

Es necesario comprender que, si teóricamente el sindicalismo es uno en todas partes, en cada país tiene características propias y se desenvuelve en un plano de acción concorde con sus más peculiares manifestaciones. Y la característica del sindicalismo español, es la resistencia ininterrumpida a todos los órganos del poder, la violencia inorgánica que, si no cuaja en un propósito revolucionario definido, imposibilita el desarrollo absorbente del captansmo y va minando paulatinamente las instituciones seculares del Estado.

III. Los socialistas italianos. — Sovietismo amarillo.

En Italia, el socialismo es algo más que un partido electoral: es una fracción gremialista, preponderante en las cuestiones sociales, que arrebaña miles de trabajadores por intermedio de sus agentes electorales, que son a la vez los personajes destacados en los puestos directivos de los sindicatos. Y lo malo es que, en aquel país, no existe una verdadera fuerza sindical que logre contrabalancear el poder que el socialismo ejerce desde los sindicatos que responden a la Confederación del Trabajo, porque la Unión Sindical Italiana es una fracción demasiado pequeña para tan grande empresa y el anarquismo recién se incorpora a la acción sindicalista, tomando sus partidarios (hasta ha poco anti-organizadores), parte activa en las luchas económicas del capital y el trabajo.

El socialismo italiano, en sus diversos aspectos políticos, con sus jefes parlamentarios, Turati, Serrati y Bombacci, y con sus "leader" gremialista, el ultraconservador D'Aragnona, no representa en Italia un factor de progreso y mucho menos interpreta el anhelo del proletariado consciente. Turati es demasiado conservador, Serrati "concilia" demasiado y Bombacci se somete demasiado a los directores del bolshevikismo ruso. Las diferentes posturas políticas, no significan en modo alguno otros tantos procedimientos revolucionarios en el socialismo italiano, que es

uno en la traición y en la cobardía, que es colaboracionista en sus tres fases y conservador en cada una de ellas. ¿Y qué diremos del "sindicalismo" que se usa en la Confederación del Trabajo, ese sindicalismo inspirado por su jefe máximo, D'Aragnone, y que tan bien le sirvió, en sus propósitos "pacifistas", al primer ministro Giolitti, en su acción tendiente a que los industriales siderúrgicos recobrarán las fábricas que les fueron expropiadas por los obreros?

Teniendo en cuenta la pasada tentativa revolucionaria y a la situación preponderante que había llegado el proletariado italiano bajo la inspiración de Malatesta y otros anarquistas, se puede deducir para qué sirve el socialismo y qué papel representa en las luchas sociales. Los colaboracionistas, desconfiando de la acción del pueblo o temiendo que éste fuera demasiado lejos, pactaron con el gobierno, sacrificando a la revolución y a sus más dignos defensores. Malatesta y sus más decididos colaboradores, fueron detenidos, y, los obreros, libre el campo a la acción de los socialistas, fueron desalojando las fábricas con la promesa de algo que el gobierno no podía cumplir.

Los socialistas italianos, fueron los creadores del "sovietismo amarillo" y a ellos se debe esa invención de consejos técnicos, que suprimen los capataces y directores, para erigir en su lugar a obreros organizados, en provecho exclusivo del patrón, que, además de ahorrarse unos cuantos jornales, obliga al sindicato obrero a que mantenga la disciplina en su taller o en su fábrica. ¿Y qué otra misión pueden representar esas comisiones técnicas en establecimientos industriales de propiedad privada? Los capitalistas, si fueran más inteligentes de lo que son, se darían cuenta de que, por ese medio, llegarán a las comisiones mixtas y al arbitraje, mejorando su situación frente a las continuas paralizaciones producidas por huelgas y a las pérdidas sufridas por boicots y sabotajes. El socialismo, una vez más, ha buscado al capitalismo una tabla de salvación, y, en Italia, la ha encontrado, aun que más no sea por unos cuantos minutos...

IV. Panorama sangriento. — Prolegómenos de la revolución integral.

El mundo sufre un parto prolongado y doloroso. Muchos dicen que la guerra precipitó los acontecimientos, acelerando la gestación de un monstruo que tuvo por cuna las frías estepas de Moscovia, y hay quien asegura que la gestación sigue su curso normal, evolutivo, a pesar de la guerra y del colapso ru-

so. Resultaría así que, para los primeros, la revolución rusa, a más de setemesina, sería menstruosa, fenoménica, y, para los segundos, un mero incidente sin importancia y sin relación con las palpitaciones de eso que se va formando en las misteriosas entrañas de nuestro atormentado mundo.

Si la revolución rusa fuera única y exclusivamente hija de la guerra, queriendo así explicársela como un lamentable caso de desequilibrio, es indudable que no habría podido resistir la presión ejercida por los "gobiernos de orden", y el mismo proletariado, el pueblo ruso todo, por instinto de conservación, habría buscado un punto de apoyo para establecer de nuevo el perdido equilibrio. Pero la revolución rusa, determinada por factores sociales bien conocidos, no tuvo en la guerra otra cosa que el motivo incidental para manifestarse con toda su fuerza y con todo su poder destructivo y creador.

El panorama sangriento que ofrece a nuestros ojos el mundo capitalista, nos dá la medida de su equilibrio y de su orden... Y, la convulsión general de los pueblos, el crispamiento de todos los puños, el clamoreo de millones de bocas: todo ese trájico estremecimiento del andamiaje social, ese rodar de troncos y de regias, cabezas; toda la furia contenida en cada manifestación popular, en cada huelga, en el gesto de los que ajustician a "jueces verdugos"...; la misma violencia de la guerra civil, la alevosía de los que asesinan defendiendo su clase, su casta o sus privilegios; todo eso que, por ley de contraste, forma parte del equilibrio (del actual equilibrio social) no es otra cosa que los prolegómenos de la revolución integral, niveladora de la vida económica de los pueblos.

Rusia es un faro, encavado en el fondo de la oscuridad de este agitado océano social. ¡Argonautas del ideal, a pesar de las tempestades reaccionarias, seguid adelante, siempre adelante!



HACER SENTIR

Guyau tiene un pensamiento claro y verdadero que dice: "no basta hacer pensar, no basta hacer creer, es necesario también hacer sentir"; y agregando: "de que esta última cualidad corresponde al artista".

Es innegable, y a pesar de todas las injusticias y mentiras de que está llena la sociedad, que la vida, sobrepo-

niéndose a todos esos errores, está coronada de valores superiores de verdad y belleza.

La evolución es elemento propio de la vida; y día a día, se nota que la humanidad tiende por medio de esfuerzos y luchas a orientarse, a buscar dentro de la verdad de las leyes naturales, su derrotero, a encontrar el medio en que las actividades y capacidades individuales puedan desarrollarse libre y ampliamente, en beneficio de todos.

Ahora bien; si cada individuo tiene el deber (cosa que en la actual organización social no fácilmente todos pueden cumplir) de cultivar sus facultades sensibles y pensantes para que en lo sucesivo sea un hombre útil y libre, y poder responder a las necesidades materiales y espirituales que la vida, y los sentimientos que la vida despierta en ellos, es al artista más que a nadie, quien corresponde luchar en lo posible para el desarrollo del sentido emocional de la especie.

Hacer sentir; que todos estén preparados para comprender y emocionarse frente a la belleza y la verdad que contienen todas las cosas; que more en cada uno el amor y la bondad, que cada cual sea una fuente emotiva de fuerzas sanas y nobles.

Pero al igual de todos los de ideales mezquinos y sentimientos estrechos, de los que tan solo persiguen el triunfo inmediato y personal perdiéndose tras la conquista de la gloria y la fortuna, no escamitando sacrificar los principios más sagrados en su empeño, amargando, empobreciendo y manteniendo en la miseria e ignorancia a la mayoría, vemos que el artista, el hombre cuya misión es exaltar los verdaderos valores de la vida; el que debe hablarnos de la bondad y de la belleza de la vida; el encargado de hacer sentir el amor y la fe en cosas de valores más positivos, mas superiores y más humanos; vemos que la mayoría de ellos olvidando la misión que les corresponde, siguen la misma ruta, haciendo monopolio, convirtiéndose también en explotadores, siervos del mal gusto de los potentados y explotadores de la ignorancia del pueblo, y por último, haciéndose cómplices de la tiranía y opresión que sufren los verdaderos honrados trabajadores.

En efecto: lancemos una mirada de

observación y veamos la obra que se realiza, en teatro, en literatura, en música, etc., y eso nos bastará para convencernos de la poca honradez y falta de conciencia de los que debían ser los elaboradores de la libertad.

¿Nos obligará esto a creer que esa mayoría que empuña el cetro del arte, son individuos de mentalidad y sentimientos insuficientemente cultivados, o simplemente equivocados?

Tal vez ninguna de las dos cosas; pero sí error de principios, falta de espíritu de sacrificio y honradez. Es más fácil ganar dinero y laureles y el beneplácito de la imbecilidad popular haciendo un tango, un sainete indecente o pintando cuadros con la recta de los que han de pagar.

En realidad, es lamentable ver a los

obreros del arte incapaces del sacrificio o no queriendo hacerlo, someter su sensibilidad a capricho y gusto de una minoría, o bien sometiéndose a los sentimientos empobrecidos, de los que no pudieron aprender más, ennegrecidos por la conquista del peso, olvidados que el arte debe ser emotivo altamente y popularmente instructivo.

Si el arte ha de ser la interpretación de los sentimientos y los pensamientos universales, no olvidemos que para realizar tal obra, por lo único que debemos guiarnos es en un profundo amor hacia las cosas, en la búsqueda de la verdad y de la belleza.

S. Minturn Zerba.

Rosario, Abril de 1921.





GLORIAS MILITARES

El joven teniente Luis Lemos abrió los ojos, bostezó ruidosamente, estiró sus miembros y saltó del catre. Luego, con una toalla mojada, se restregó con energía desde los pies a la cabeza y empezó a vestirse, tarareando un tango.

No se había aun calzado las botas cuando entró el asistente, con el mate y un diario. Era un soldado grueso, de tez cobriza y robustos carrillos.

—Buen día, mi teniente—dijo cuadrándose.

—Son las cuatro y media.

—¿Cómo van esos?

—Parece que bien, mi teniente.

Lemos arrebató nerviosamente el diario y recorrió de prisa toda la sección telegráfica del exterior.

—¡Ay, juna! ¡Si estuviera yo allá!...

Los ejércitos rojos, en Rusia, habían ganado batallas decisivas y perseguían sin descanso a los imperialistas, amenazando destruirlos completamente. La revolución proletaria no sólo había triunfado en Rusia, sino también en Alemania y en Hungría, y amenazaba extenderse por toda Europa.

El teniente Lemos no podía comprender cómo ejércitos aguerridos y bien armados eran batidos por esas bandas de hambrientos, como él llamaba a los rojos. Bajo sus cejas, contraídas en una expresión de enojo y superioridad, chisporroteaban singularmente sus ojos grisáceos, y sobre el labio, atropetado por un instinto de jerarquía, temblaban de cólera sus bigotitos rubios.

—¡Si yo estuviera allá!—exclamaba. Y ya se veía a caballo, al frente de las tropas imperiales, hecho un Napoleón I, imponiendo su voluntad y asegurando el orden en todo el viejo continente alarmado. El joven oficial se conmovía de su fiereza, como aquel español del cuento, que se asustaba de sí mismo al recordar que era español....

Pensaba el teniente que es un deber de todo hombre digno rebelarse contra la esclavitud y la miseria. El pueblo debía ser siempre un mar alborotado; pero para eso estaba el ejército que debía defender a sangre y fuego las instituciones creadas; para eso estaba la brillante oficialidad, que debía morir heroicamente al pie de la bandera, y restablecer el orden y la ley bajo el aplauso de las mis-

mas multitudes.... Sin esto ¿cómo podría la brillante oficialidad dar pruebas de su sabiduría, de su valor y de su amor a la patria?

Y una onda eléctrica recorría todo su cuerpo, cubrió de heicosidad, haciéndole dar fuertes puñetazos sobre la mesa, a medida que leía el diario.

Todos los días el valeroso teniente lamentaba con amargura la sumisión del pueblo argentino. Nada digno había ocurrido, cuando el ejército había sido llamado a la capital para sofocar una huelga o enfriar los entusiasmos obreros del 1.º de Mayo. Apenas veían algunos soldados del ejército, los manifestantes se apaciguaban, se apretujaban, se enroscaban como los gusanos.... ¿Era eso un pueblo?... Mentalmente resucitaba los más sangrientos episodios de la Revolución Francesa, lo único que conocía de historia universal. Reconstruía las revueltas primeras contra los guardias suizos, la toma de la Bastilla, los meses del terror... ¡Qué tiempos! Y el teniente Lemos sentía en el alma no poder transmitir al poverrío de su patria una gota de su sangre guerrera....

De pronto, una calurosa mañana de principios de Enero, recibió orden de marchar a la metrópoli, donde los obreros, solidarizándose con un gremio, amenazaban con una huelga general. Se hicieron precipitadamente los preparativos, y el teniente partió de Campo de Mayo al frente de varias compañías. No había en sí de gozo y de impaciencia. En Buenos Aires la huelga general había tomado un carácter revolucionario. Los ánimos estaban excitadísimo. Se contaban ya por centenares los que habían caído bajo la metralla del ejército.

La ciudad presentaba un aspecto extraño e imponente. Algo terrible, como un cataclismo, parecía cernirse sobre ella. Al atardecer, eran muy contados los que se atrevían a salir de sus casas. Sólo los desheredados brotaban de las inmundas barriadas obreras, y se dirigían, de todos los rincones, como a concentrarse en un punto fijo del centro de la ciudad. Muchas barricadas se levantaban orgullosamente en las calles. Descargas de fusilería y ametralladoras sonaban intermiten-

temente, llenando de pánico la ciudad silenciosa.

Los soldados obraban como en ciudad conquistada. Los que más sufrieron el desenfreno de la soldadesca, después de los extremistas, fueron los judíos. Alguien debía pagar las consecuencias del desorden. ¿Qué mejor, entonces, que elegir la colectividad más man-

pública Argentina... ;Y debía levantarse bien a'to la bandera de la patria!...

El teniente Lemos había salido de Campo de Mayo con un desbordante entusiasmo bélico. Pero, a medida que se aproximaba a Buenos Aires, su entusiasmo iba enfriándose, has-



sa, más inofensiva? Cientos de israelitas fueron vejados, quemados, ultimados a bayonetazos. Muchas jóvenes judías fueron violadas y martirizadas en presencia de sus padres. Los soldados eran ayudados eficazmente en sus hazañas por una buena parte de la juventud estudiosa, a la cual se había hecho creer que Rusia quería apoderarse de la Re-

ta convertirse, cuando llegó, en una extraña angustia. Había perdido la confianza en sí mismo. Se mostraba erguido y hasta desafiante, pero un horrible ca'ofrío de terror le recorría el cuerpo, burlándose de su uniforme y de su flamante espada. Sentíase como afebrado. Temía que lo asesinaran, y en todos los momentos esperaba ver surgir de pronto

al desconocido enemigo. Una sombra imprevista, un ruido inesperado, cualquier nimiedad, lo hacía estremecer de miedo, como si sufriese el delirio de persecuciones. Usaba una coraza bajo su chaqueta y se había despedido para siempre de su novia...

Así pasó los primeros días. Pero apaciguada la revuelta, cuando los obreros empezaron a flaquear y a temer, recobró su sanguinario entusiasmo. Al frente de sus hombres usó locales obreros, centros sociales, diarios extremistas... Previendo que su nombre pasaría a la posteridad, trató de matizar sus hazañas con divertidas anécdotas. Se hizo famosa una de sus gracias, conocida entre la soldadesca por el **ejercicio ruso**. Consistía éste en obligar a los judíos viejos a caminar con una mano y un pie. Cuando ya no podían más y caían al suelo, les preguntaba: "¿Estás cansado?" Y, cuando la víctima respondía afirmativamente, se le obligaba a sentarse sobre una bayoneta.

¿Todo por la bandera de la patria!

* * *

—¡Alto!

—¡Arriba las manos!

El desconocido se detuvo, alzó sus manos, helado de terror. Al menor movimiento, diez fusiles hubieran hecho blanco en su cuerpo. Y quedó así, en medio de la calle, con los ojos espantosamente abiertos, sin poder articular una palabra, haciendo fuerzas para sostenerse en sus tambaleantes piernas. Vestía una o usa azul de mecánico, con grandes remiendos en los codos, pantalón amarilla de brin y alpargatas. Sus mejillas pálidas y hundidas, cubiertas de pronunciadas venillas rojas y violáceas, estaban sureadas por profundas arrugas. No hacía aun cinco minutos que había salido de su casa y buscaba una farmacia, cuando la patrulla le sorprendió, dándole las voces que eran de práctica.

Cuando se detuvo, vió que se destacaba del grupo y avanzaba hacia él un oficial del ejército. Era el teniente Luis Lemos.

—¿Por qué corrías?—gritó éste. Y sin esperar la respuesta del desconocido, le aplicó una bofetada en el rostro. El desconocido

titubeó y estuvo a punto de caer. El teniente lo registró, arrojando al suelo todo lo que encontraba en sus bolsillos.

—¿Por qué corrías?—repitió.

—Corría...

—¿A dónde ibas, ruso desgraciado?

—Iba a la farmacia—tartamudeó el obrero, con acento italiano.—Tengo un hijito muy enfermo, señor....

Su voz dulce, tímida y temblorosa, acabó por exasperar del todo a Lemos, quien desenoa vivamente que el desconocido se rebelase.

—¡Mentís!—gritó.—¡Yo te voy a enseñar! Andá a la farinacia... ¡Que te vayas te digo!

El desconocido, temblando de miedo, dió algunos pasos para marcharse.

—¡Tenga piedad, señor, por mis hijos!—suplicó desgarradoramente, con voz entrecortada, próxima al sollozo.

—¡Andate corriendo!... ¿No oís? ¡Te mando que corrás, ruso atorrante!—gritó Lemos, chirriando los dientes.

El obrero apresuró el paso y echó a correr. No había andado diez metros, cuando el teniente sacó su revólver y le hizo dos disparos. El desconocido detúvose instantáneamente y cayó a tierra, en medio de un charco de sangre. Las dos balas se habían incrustado en su espalda, a la altura de los riñones. Tenía el rostro terriblemente desfigurado por el miedo. Sus cabellos, erizados, semejaban púas; sus ojos, fuera de las órbitas, dos trozos de mármol sucios.

—¡Así se tira!—gritó el sargento, dirigiéndose a los soldados.

* * *

Poco después la patrulla se alejaba por la calle solitaria, la patrulla fiera y arrogante, al mando de joven teniente Lemos, quien sacaba el pecho afuera y se atusaba nerviosamente los bigotitos rubios. Su marcha resonó trágicamente sobre el empedrado. La calle quedó otra vez silenciosa y triste. Allá en el poniente, en un inmenso golfo de sangre luminosa, caía el sol.

Domingo FONTANARROSA.

Las tres rosas blancas

Cuenta una suave leyenda no escrita, que cuando la sangre de aquel hombre extraordinario, a quien llamaron Jesús de Nazareth, fué derramada en la cima del monte Calvario, nacieron, al pie de la cruz, tres rosas blancas, co-

respondiente cada una de ellas a cada rojo vertedero que los clavos fariseos abrieran en sus manos abiertas y en sus pies... Las corolas brillaron con luz maravillosa, como nieve al sol, sobre su fondo rojo, mientras duró el

aliento de aquel que puso su simiente en la tierra, y luego desaparecieron...

El perfume nuevo y desconocido de estas tres llamas claras, se entró por los ojos del recuerdo, hasta más allá del corazón, en todos los que rodeaban, unidos por el mismo dolor, a la mujer del carpintero... Y todos ellos, llevaron a través de su vida esta carga de luz, como un peso incomprensible, semejantes a esas nubes inmensamente luminosas que al dilatarse en el azul del cielo parecen pesar sobre nuestras cabezas. A través de los siglos, los hombres tocados de esa herencia indestructible llevaron en la frente un sello misterioso, que los individualizaba entre todos, y que hacía conjugar sus destinos, más allá del tiempo y del espacio, en una sola dirección magnética, como si siguieran en el aire las huellas de una estrella para los demás invisible e incomprensible.

El perfume de las tres rosas blancas, en alas del viento, del sol y del mar, venía de pasar en ese instante, por intensidad ni su pureza... Y una nueva inquietud, acaso lo único nuevo que ha brillado bajo el sol, agitó los corazones de los hombres...

Una lucecilla, que en lo hondo de su ser, despertaba el perfume misterioso, produjo un desasosiego inefable; empezaron a mirarse ansiosamente los unos a los otros; empezaron a mirar con amor las cosas — el árbol, la piedra, las estrellas; empezaron a mirar y a prestar atención a sus almas, y éstas, despiertas ya para la conciencia, buscaron a sus hermanas por los bosques y las praderas...

Y un día, dado por un grupo de los mejores que creyeron interpretar así el alma de las tres rosas blancas, retumbó desde la montaña al mar, y desde el mar en el corazón de las selvas, una triple voz flamígera que ocupa desde entonces el lugar de dios en el cielo:

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Y aquí se pierde la leyenda de las rosas, y nace la leyenda de las palabras. Pero ya no fué la tragedia infinitamente pequeña, infinitamente grande, del monte Calvario. Ahora cada hogar de los hombres es un trozo de subida, de penosa subida, a un inmenso Calvario Universal... Ciudades enteras vieron sus calles teñidas de rojo, del cálido rojo de sangre... Millares de madres

sostuvieron dolientes, la cabeza inerte de sus hijos amados reclinada sobre su pecho. Y la furia de los hombres, cargó el cielo de relámpagos y tempestades....

De este riego fecundo, pretenden hombres posteriores, que ha nacido una flor nueva, hija también de la sangre roja y heredera directa de aquellas tres rosas blancas de los milenios... En nombre de ella, y llevando también ellos un sello de luz en la frente y en los ojos, atraviesan los mares, se internan en los bosques en las pampas, en las montañas, esparciendo, con las manos abiertas, la nueva semilla.

Y la herencia fatal, se ha repetido. La inquietud de la luz, la fiebre del amor, se ha extendido por todas partes, haciendo vibrar vigorosamente los corazones... Hombres oscuros, resignados, humildes, transfigurados a su contacto, se alzan contra el pasado, contra el destino, y contra las leyes que habían creado y fijado otros hombres, a quienes hasta entonces habían llamado ilustres... Mujeres hermosas, santas, fecundas, se han levantado también, y jóvenes y niños y ancianos...

En nombre del amor para todos los hombres, levantan un estandarte, con el que pretenden cambiar la faz del mundo; Revolución Social.

Buscan al dolor universal para herir lo de muerte, y su sangre generosa amenaza, en la demanda, con no dejar sin su huella roja, ni un solo palmo de tierra en toda la superficie del planeta. Que nacerá de todo esto? Si se mide la alegría por el esfuerzo y el dolor que ha costado, aquellos que vengan detrás de nosotros han de sentir por fin sobre sus frentes, el beso suavísimo de la Paz. Ellos hallarán la gran palabra clara que nosotros estamos forjando, y que no nos es dado ver ni imaginar a través del torbellino inaudito de la lucha presente.

Aquellos que dieron el gran grito, Libertad, Igualdad, Fraternidad, creyeron que nada había más allá de esas palabras, y sin embargo, ¡ved todo lo que había! No caigamos nosotros en la misma ceguera: aquellas palabras se inspiraban en las tres rosas blancas, pero no eran las tres rosas blancas; las nuevas palabras que nosotros hemos hallado también se inspiran en ellas, pero no son ellas mismas... Acaso nece-

síte ser regada toda la tierra con sudores de sangre, y poblado todo el aire con lo más puro de nuestros pensamientos, para que surja lo que **debe surgir**. Acaso mientras no seamos claros los unos para los otros, mientras haya un solo hombre sordo, cerrado y ciego, la gran palabra no será pronunciada. . . Y no se trata solamente de las palabras, sino del gran río silencioso que se oculta tras ellas. Gotitas cristalinas, comprendidas de él, esmaltan como rocío el paisaje humano; su brillo y su esencia son más puras que el diamante, y nada iguala a su constancia, a su fuerza, a su firmeza. Estas pequeñas gotitas diamantinas, son las ideas: chispas de luz que iluminan aquí y allá la noche de los tiempos; llamitas claras que señalan hoy el camino de los hombres honrados. . . De su círculo benéfico han de salir todos los materiales del porvenir. Importa pues llevarlas a todas partes, amarlas, multiplicarlas, encender en todos los hombres el deseo de embellecerse con ellas, como las muchachitas de los países cálidos tejen en sus

cabelleras de ébano, bichitos de luz, que brillan como estrellitas lejanas, en las mágicas noches de los trópicos.

Y cuando los hombres, todos los hombres, comprendan, por fin, hasta donde purifica este destello celeste. cuando sepan, por fin, descubrir en sus hermanos el escondido rayito de luz que los anima, y cuando se decidan, por fin, a amarles por esto, solamente por esto, entonces, entonces, creo que se cumplirá el epílogo de aquella suave leyenda no escrita, según la cual, llegaría un día claro entre todos los días, en el que se vería que en cada corazón de hombre de niño o de mujer, había sangre generosa en cantidad suficiente, una suma de idealidad lo bastante pura, y un gran amor de tal manera sublime, que en él pudiera engendrar de nuevo sin dolor, la semilla purísima de aquellas tres corolas blancas, que en la noche de los siglos brotaron al pié de la cruz humilde del hijo del carpintero. . .

Armando CACELLA.

Rosario

FUMADA DE DIOS

Los campos están achicharrados.

Un sol rabioso de muchos meses ha retorcido y ennegrecido los tallos, ha chupado la savia y ha resecaado las ubas de la tierra.

Los árboles no enseñan ni una hoja, ni un insignificante broto; la langosta espía hambrienta y se los traga apenas asoman.

Donde el hombre pensó recoger sustento y dinero, solo encuentra la hojarasca acongojante de la desolación.

La miseria ha colgado sus toldos entre la pelada arboleda, y en todas direcciones se ven flamear las banderolas negras de las lanzas de su chusma.

Pisando el tembladeral de la saltona que cubre los caminos, vienen de todas partes paisanos con sus familias: raro es ver una anea desoempada.

Los pingos caminan como de mala gana; la ausencia del verde los tiene

débiles e intrigados; inútilmente rabeanean los ojos, en ellos solo se refleja sobre fondo de saltona, las líneas negras de los tallos chamuscados.

El paisanaje va en un solo rumbo: al pueblo.

Los ranchos y casitas parece que extrañan el tumulto o les entretiene la ceremonia; porque con sus puertas y ventanas de par en par, se le antojaría a un fantasista que son toscas caretas risueñas • sorprendidas.

Cruza entre ellas el paisanaje en pintoresca mestura, rodeando una gran muñeca vestida con trapos brillosos, que llevan a hombro entre varios.

Es la virgen del pueblo, sacada en procesión de rogativa.

Todas las cabezas están descubiertas ante ella, menos una, que niega su redondez a la luz del día y su respeto a Dios que observa desde por allá arriba con su negligencia pachá; es la cabeza del cura, que va delante rodeado de mujeres y mascando oraciones en consorcio.

La cosa es muy seria para esas pobres gentes. Ningún cataclismo cívico,

ninguna conmoción internacional, los encontrará más puntuales, ni con más fe y valor, que en ese abigarrado montón de comparsa carnavalesca.

La muñeca de los trapos brillosos, ha sido sacada en andas y a pasco, pa-

La cara del cura se empapa de alegría: Se ha levantado el viento fiel de las tormentas y el cielo se viste con sus tules oscuros.

La procesión se detiene.

La Virgen se ha conmovido!

La madre



Aguafuerte de A. R. Vigo

ra enseñarle los campos desolados, y hacerla conmover con tan injusta y aflictiva desgracia, pidiéndole que con su poder o agenciando la bondad de Dios, caiga abundante lluvia, muera la langosta y levante su campamento la terrorífica Miseria.

El paisanaje, humillado de agradecimiento, siente deseos de echarse de boca contra el suelo, pero el vendaval aumenta: la saltona llena el espacio levantada y esparcida por él; en los campos se tiende el alarido de la hojarrasca arrastrada.

Un colazo de ciclón hizo cerrar los ojos al paisanaje para defenderlos de la nube de tierra. Entonces corrió la voz de "a la iglesia", los ojos se abrieron y se dirigieron instintivamente a la Virgen, y sólo encontraron unos palos de pino clavados entre sí, coronados con un pelotón de trapos brillosos: los vestidos se habían levantado y arremolinado sobre la cabeza.

Aquella gente sencilla se encontró indecisa entre asustarse o continuar contenta: Si la providencial tormenta era obra de la Virgen, ¿cómo ha podido dejarse descubrir el miserable armazón que sostiene su cabeza?

* * *

Cinco minutos después, todo estaba bajo techo en el pueblo.

El viento fiel de las tormentas ha pasado.

El cielo ha guardado sus tules oscuros.

El Sol quema.

Todo está como hace muchos meses.

Entre la pelada arboleda cuelgan los toldos de la Miseria y en todas direcciones flamean las banderolas negras de las lanzas de su ehusma.

El cura se pasea nervioso en la sacristía.

* * *

El comisario, una especie de poste de quebracho con el don de la palabra, al presenciar el fenómeno tuvo un arañque de rabia oficial. Se le antojó que había que prender alguno, cepear-

lo, estaquearlo, patearlo y mandarlo a la capital con un sumario bárbaro. Sus intereses, por ser mayores que los de todos, estaban más resentidos, y la rogativa le habría venido como sortija al palito si no se euaja el efecto.

No pudo aguantar: se acollará el talero a la muñeca y salió a ver al cura.

—¿Y qué le parece?—le preguntó con intención.

—Que en el pueblo hay algunos en grave pecado mortal, por eso la Birjen mandó la tormenta y Dios se opuso.

—¿Quiénes son esos?... Señáleme uno no más!

—Solo Dios lo sabe.

El comisario cayó en el enfriamiento de la decepción más inesperada: retorció los ojos con desconfianza, se miró las puntas de las botas y chaneleteó la lonja en las cañas.

—La Birjen ha hecho todo lo que ha podido—continuó el cura, paseándose siempre.

—Y lo que no ha podido... como eso de dejarse levantar la pollera y...

El cura se detuvo y atajó la palabra con una mirada católica.

El comisario volvió a chanelear la lonja en las botas, añadiendo:

—Fumada de Dios... y nada más ha sido... crealó.

Y afirmó la frase con una sonrisita pícara.

Vicente Rossi.

FLOR DE MISERIA

Cansado una tarde de trabajar, me tendí en el suelo, en el ángulo de una casa de piedra: los rayos rojos del sol muriente hacían resaltar las grietas profundas y las manchas de barro.

En el interior de la casa parecidos a las ratas en una cueva, hombres hambrientos y sucios se agitaban noche y día; tenían los cuerpos embiertos de harapos y sus almas estaban tan sucias como ellos.

Por las ventanas huía, semejante a la humareda espesa y lenta de un incendio, el rumor sordo y monótono de la vida bullidora. Hundido en la somnolencia escuchaba este rumor melancólico.

De súbito, cerea de mí, de un montón

de toneles vacíos y de cajones viejos, ascendió una voz dulce y delicada: Duerme, duerme, mi niño, duerme... El niño dormirá pronto...

Nunca había oído, en esta casa, que las madres arrullaran a sus hijos con tanta ternura. Me levanté calladamente y arrojé la mirada detrás de los toneles. Una muchachita estaba sentada sobre una de las cajas... Inclínada, la blonda cabellera rizada se balanceaba tranquilamente y cantaba con aire meditando:

Duerme, duerme, angelín mío, que mamá vendrá pronto... y te traerá ricos pasteles...

Tenía entre las manitas sucias el mango de una cuchara de palo, en-

vuelta en un trapo rojo, y la contemplaba con sus grandes pupilas. Tenía ojos hermosos, claros, dulces y tristes, de una tristeza rara en los niños. Su expresión me hirió hasta tal punto, que no reparé en la tosquedad de la cara y de las manos.

Por encima de la niña, como nubes de hollín y de ceniza, pasaban gritos, injurias, reír de borrachos, lamentos... En torno suyo, sobre la tierra fangosa, todo estaba destrozado, mutilado, y los rayos del sol muriente teñían de rojo los restos de las cajas rotas, y prestaba la apariencia lúgubre de las ruinas de un gran organismo deshecho por la mano implacable de la pobreza.

Hice un movimiento involuntario: la niña me apercibió; su cuerpo sufrió un estremecimiento y sus ojos sospechosos se achicaron. Se encogió por completo como un ratoncillo ante un gato. Yo miré sonriendo su cara tímida, triste y mugrienta. Apretó fuertemente los labios y sus delgadas cejas temblaron.

Se levanta, sacude su traje desgarrado y descolorido, guarda la muñeca en el pecho y con voz clara me pregunta:

—¿Qué miras?

Tendría once años; era débil, ruin... Me mira fijamente.

—Y bien—continúa después de una pausa—: ¿qué quieres?

—Nada... Diviértete.. Me voy... Entonces da un paso hacia mí. Su cara se enfurruña... y su voz alta y clara dice con repugnancia:

—Ven conmigo... Me darás quince copeks.

Al pronto no comprendo... pero me estremezco presintiendo algo horrible.

Se aproxima más a mí, se estrecha contra mi cuerpo y huyendo mi mirada continúa hablando con voz monótona y opaca:

—¡Vamos!... No tengo deseos de correr la calle buscando un hombre... Además no puedo salir... El querido de mi madre me ha vendido la ropa... para comprar aguardiente... ¡Vamos!

Dulcemente, sin hablar, rehuso. Ella me mira con aire sospechoso, como si no comprendiera; sus labios se mueven convulsos. Por fin, levanta la cabeza y mirando algo allá arriba con sus ojos claros y tristes, dice en voz baja y aburrída:

—Yo no hago aspavientos a nada... Tú crees que como soy pequeña gritaré... No temas... Antes, es cierto, gritaba mucho... Pero ahora...

Y sin terminar, esupe con indiferencia.

Y yo me alejo llevando en el corazón un horror inexplicable y la clara mirada de estos ojos infantiles...

Máximo Gorki.



A C O T A C I O N E S

EL "NIÑO TETA"

El "niño teta" es un tipo neutro con veleidades de ambos sexos, esencialmente vanidoso, pero bonito, simpático, tentador... Mueve las aneas como una niña coqueta a quien hace falta pararle el carro, y, aunque usa pantalones, le sentarían mejor unas polleras cortas con bombachas abiertas... Es el niño preferido de la mamá, el niño mimado y caprichoso, acostumbrado a que lo sirvan y le abrochen la bragueta hasta los 15 años. Lejos de oler a chivo como el término medio de los hombres, o a chiva, como el término medio de las mujeres, el "niño teta" huele a perfumería, a peluquería, a Confitería

neras de los muñecos de tienda y sus discursos del "Manual del perfecto ca-

ballero", obra que casi siempre está agotada. Prefiere las novelas de Alvaro Retana, Joaquín Belda y Felipe Trigo por ser los consoladores más adecuados y económicos para los placeres solitarios y por ser los instrumentos más eficaces para producir sensaciones en el cuero cabelludo. Todas sus emociones son reflejos, se localizan en las nalgas y se extienden a lo largo de la epidermis. En los días de semana santa se lamenta como un Jeremías acartonado y en pascuas, ríe con una risa longitudinal que no le cabe en la cara. Compra el diario, pero no lo lee, adquiere libros y los guarda sin cortar en la biblioteca, va al teatro, y en vez de atender la representación, mira arriba, abajo, o se pone a limpiar las

niñas. Tiene oídos para oír y no oye, tiene ojos para ver y no ve, tiene manos para trabajar y no trabaja. (Esto último, desgraciadamente, le ocurre a muchos). Visita al manicuro, al pedicuro y al sastre, a fin de estar al corriente de cuanto chisme circula acerca de la moda y el randebú. A su padre en vez de llamarle padre, le llama "papito", y a su madre (que después de todo ¡parió!) le llame "mamita". El diminutivo le empasta la boca de crema y sus galanterías regulares terminan en ito y en ita. El "niño teta" viste de caqui, usa guantes de antilope, se embute con un perramus y pica los adoquines con un bastón con pulsera. Se baña con agua tibia, cuida muy bien no exponerse a las corrientes de aire y a la menor oscilación del termómetro, cambia radicalmente de ropa, interna y externa. En su estupefaciente ingenuidad, supone que la ropa se lava sola y que los repollos nacen en el mercado. Supone, además, que el pan nace en la panadería y la electricidad en la usina. En invierno vive a fuerza de calefacción y en verano a fuerza de ventiladores y heladeras. Es un niño de invernáculo que no puede vivir sin estufa porque se enfría o se acatarra. Alterna sus lecturas sicalípticas con masajes faciales, dos formas de masturbación de igual refinamiento, pero obtenidas con herramientas distintas. A veces llega a ser médico o poeta. Entonces, se vuelve reticente, sentencioso, ahueca la voz y cuando opera, siempre se le atraviesa una pajita en el ojo, sino es una pajita, es una plumita, sino un mosquito... Si es poeta, recita como Alemany Villa, contrae la boca como una almendra y para dar más colorido al verso, se menea como la Raquel Meller. Si se le muere la "mamita"—la peor catástrofe que puede ocurrirle a un "niño teta"—le dedica unas oraciones fúnebres ordinariamente falsas o una crónica neerológica donde la llama "mi santa madre" o "mamita querida de mi alma". Casi todos los peluqueros, perfumistas, peinadores y manicuros son abortos de "niños teta", fracasados. No hay más que verles las caderas y el salero, sobre todo, el salero...

Un "niño teta", es, en resumen, lo que vulgarmente se llama un "niño caca".

Costumbres portenas

Nuestras niñas aristocráticas han contraído la costumbre de llevar consigo a todas partes un falderillo, singu-

larmente peludo y perteneciente a la familia de los que podíamos llamar perror "chupabrevas". Esto, señores moralistas, reverendos padres de la patria, de la iglesia y miembros ilustres de la Sociedad Protectora de Animales, nos parece de un pésimo gusto y de una moral ecléctica e inconfesable... ¿Sabéis por qué? Pensad que vuestras niñas quieren más, mucho más a sus perritos que a sus amigas, y que a sus propios amantes. ¿A qué no veréis a esas niñas pudibundas besar en público a sus amantes y las veréis, en cambio, besar a sus falderillos?

Más: ¿sabéis lo que significa la muerte de un bichito peludo con campanillas y trompa de vampiro, aplastado por un tranvía? Pues, hablando en plata, significa la ruina de un hogar: el luto de un convento de monjas; el llanto y la viudez prematura de una doncella.

Todavía hay más: ¿sabéis que el falderillo chupacirros se acuesta con la niña sin pasar antes por el registro civil? ¿Lo sabéis, verdad? ¿Sabéis, entonces, lo que hace el muy pícaro cuando se apaga la luz? ¿Creeis por ventura, que se mama el dedo gordo? Estáis errados... ¿Suponéis que cierra los ojos? Pues, os equivocáis... El muy lavativa, lejos de quedarse quieto, se inflama como un Gómez Carrillo, busea las zonas más templadas de la geografía fenemina y explora el ecuador hasta caer de cabeza en la estufa. Allí, saca la lengua y empieza el enema. Un minuto después, la olla queda limpia y reluciente. La niña suspira con melancolía (¡melancolía!), el perro se chupa los mocos, y, al día siguiente, la pobre lavandera echa un hijo en la pileta.

¿No sabéis, en fin, que el falderillo es un mamífero deslenguado? ¿No veis, que cara de sacristán pone cuando ve pelambres tersas y rosadas? Si no veis ni sabéis esto, confesad que no veis ni sabéis nada: sois unos imbéciles y reblandecidos.

¿Sabéis, en resumen, a qué se debe que vuestras niñas prefieran un canenteco a un gañán fortacho, morrudo y masculino? Si no lo sabéis, os lo diremos: a vuestra moral estúpida, a nuestros códigos idiotas y a vuestras religiones absurdas.

¡Dale con vuestros evangelios! ¡No fornicar! ¡No fornicar! ¡No fornicar! ¡Ahí tenéis el resultado, marranos! Estáis empujando a las niñas y afrancesando a los perros.

COMO SE HACE



Acuarela de J. Arco

Si, el trabajo fortifica al hombre... Pero, también, cansa a la bestia, y, cuando está

CÓMO SE HACE :UN MONSTRUO:



I

El era, en aquel tiempo, como un lirio silvestre viviendo en la abundancia de la vida campestre, al viento, a las estrellas: cuidando los ganados, durmiéndose en las eras, durmiéndose en los prados, cruzando por las noches solitarias montañas, haciendo siesta bajo las frescas espadañas.

Trepando a los pinares, bajando a los barraños clavando en el pan negro, sus vivos dientes blancos, resplandeciente como la luz y la alegría.

Cuando daba la alondra su bienvenida al día, a los primeros rayos ténues de la alborada, llevaba al caserío leche de la majada y despertaba, al paso, con sus cantos floridos los perros en las puertas, las aves en los nidos.

Y por las tardes, cuando el sol Rubens coloso, en el lienzo supremo del espacio radioso, colorista, febril, lanza, funde, derrama, la plata, el amaranto, el topacio, la llama, decidido, saltante, ingrátido, el chicuelo conducía a beber al trémulo arroyuelo, a golpes de pedrusco y a gritos estridentes, la sonora grey de los bueyes pacientes. Su mirada serena, de limpidez virtuosa, donde había la audacia heroica y valerosa, el candor infantil, la inteligencia rara, el timbre de su voz imperativa y clara, la línea de su cuerpo limpidamente neta, todo le daba el aire soberbio de un atleta en miniatura.

II

Un día, su padre, un ganadero lleno de candidez, dijo al muchacho:

—«Juan:

a fuerza de llevar el ganado a las ferias, conseguí reunir, en un rincón de armario, algunos cuartos.—Quiero mandarte al seminario. de mis dos hijos, tú eres el de mejor mollera: ¡duro con el latín! tendrás una carrera! Has de ser, con el tiempo, un gran predicador. Hoy ser cura, es tal vez, mejor que ser doctor. Aquello es la gran vida, la vida regalada. ¡Conque, estás decidido? Manda al diablo la azada. ¡Qué vidita, hijo mío! ¡qué gozoso calvario! Te cobras tus prebendas, te tragas tu breviario, te arreglas tus sermones con tres o cuatro citas, te comes tus galletas, te bebes tus copitas y seis reales la misa y doce los bautismos!... Además, vives bien, libre de despotismos. Tú observa nada más que a nuestro señor cura: ¡es para hacerse cruces su suerte, criatura! Yo le vi llegar, roto, con desgarrros tamaños... ¡Pues se ha hecho una casita en menos de seis años! Desengáñate, un cura con todo se acomoda: y el sermón, y la misa y el entierro y la boda, y ahora un regalo aquí, y ahora una deja allá... Cuando él se muera debes venirte para acá... Vé a ver al diputado; te dará protección: si no, no le votamos, y pierde la elección. ¡Pero lloras, muchacho? Nada de niñerías: ve a tomar tu merienda, y dentro de unos días andando, al seminario. Ya no me muero yo, sin oírte cantar tu misa... ¡y se acabó!»

III

Una tarde de otoño, muy reposado el trote, conducía una mula, sin prisa y sin afán,

ya sostén de la iglesia, al nuevo sacerdote el muy reverendísimo y digno padre Juan.

Al entrar en la aldea los dos irracionales, de los cohetes rojos al luminoso estrépito, un viejo estrecho con sus brazos paternales, en vez de hijo alegre a un monstruo ya decrepito, recién salido de las jaulas clericales.

¡Qué radical mudanza! ¡qué extraña catadura! En vez del mozo suelto, robusto criatura tornaba un chimpancé, estúpido y cenceño con el aire de quien está ya, fatalmente, preso en las espirales diabólicas de un sueño. Su cuerpo juvenil, robusto y floreciente se curvaba hacia el suelo como un sepulturero: los dogmas son de bronco y una sotana fina, ya va pesando más que armaduras de acero. La ignorancia profunda, la estupidez cretina, la lujuria eclesiástica, tremenda, clandestina, el pánico, el terror, el fanatismo inquieto, todo esto trascendió reunido y confuso de la actitud de aquel fantasma analfabeto, de la fiijeza helada de su mirar obtuso.

Medida, de Loloya en el funesto entierro, su alma sin luz, sin aire, se olvidó de volar: y fué como las aves que en su cárcel de hierro, toda alegría pierden y dejan de cantar.

IV

Como ninguno ignora, los sórdidos payasos, compran, y, a veces, roban los niños en las faldas de sus madres. Y luego con tormentos no escasos, en elástico junco transforman sus espaldas: más tarde los exhiben en viles barrancones dando saltos mortales, tragándose tizonos, ante el espanto de la necia reunión; y, en fin, para taparles la lividez doliente suelen embadurnar carnavalescamente sus rostros de albayalde con rojo bermellón...

También el juesuitismo hipócrita-romano payaso clerical, va a los pueblos floridos o a comprar o a robar, lo mismo que un gitano, los niños a las madres, las aves a los nidos.

Se los lleva después al sacro matadero, al negro seminario, a la prisión del coro a esconderlos allí tal como el usurero esconde de la luz, la monedas de oro. Dentro de la ignorancia y la superstición, reducto de la fe, les guardan la razón, el análisis, fuerte y venenoso fluido, que, dejándole libre, puede, al menor descuido, estallar por los aires en trágica explosión.

Lo que hacen los payasos con las espaldas flacas lo hacen ellos con su alma novicia, hasta que, al fin, queda en lugar del clown que danza en las barracas, el pobre misionero, inútil arlequín: el histrión que nos vende las divinas triacas a golpes de misal y a fuerza de latín.

Las almas infantiles son blandas como nieve, en urnas virginales son líquidas estrellas, lo que en ellas se graba, lo que en ellas se embebe cristaliza en el acto y no se borra de ellas.

Y así es como consigue, astuto y cauto el clero transformar de repente un alma joven, fiera, en un buho nocturno estúpido y sincero.

Y marcarle la nueca, a golpe de tijera, con la marca de fábrica del inventor—un cero.

ENSAYO SOBRE EL OPTIMISMO Y EL PESIMISMO

Una de las grandes majaderías que cometen casi siempre casi todos los poetas menores, y hasta los mayores, es la de lamentarse de que la vida no sea tan arregladita y bonita como ellos la desean. Y menos mal lo de lamentarse, ya que en un arrebatado lírico de dolor y desesperación de almas sinceramente exaltadas, siempre hay cierta grandeza. Pero lo que me parece el colmo de la necesidad es el ponerse a filosofar gravemente sobre si la vida es buena o mala, color de rosa o negra.

Casi todos nuestros grandes escritores de España y América, sin excluir a los más vigorosos y realistas, han caído siempre en la manía ésta de darle una tremenda importancia a la actitud que han de asumir ante la vida, si la de un negro pesimismo, o la de un rosáceo y almirado optimismo.

Es tiempo ya—mis reverendos señores de la majadería pesimista u optimista—de que alguien se atreva a salir a decirnos que dejéis para uso de las señoritas románticas sin ocupación esa filosofía barata—de himno o de gruñido—del llamado optimismo, o de su compadre el llamado pesimismo, tema que, además de agotado, es imbécil hasta más no poder.

En efecto, qué forma hay de perder el tiempo más lastimosamente que el ponerse a dar vueltas y más vueltas alrededor de un problema cuya dilucidación no nos conduciría a ninguna parte y que, por consiguiente, nos debe importar un comino?

Que la vida es buena, y usted la ama, o es mala y la odia... Bien... y qué? ¿qué nos cuenta usted con lo uno o con lo otro? ¿Qué se le da a la vida, a esa cosa inmensa y alucinante de que formamos parte, de que usted o yo, unos granitos de arena, la amemos o la dejemos de amar? ¿Qué diablos le importa al gran remolino vital que nos zarandeja que una vocecita humana la alabe o la maldiga, la apruebe o desapruébe en lo que hace o deja de hacer?

¿Qué le leo a usted, un optimista, y quedo convencido de que la existencia es buena y sabrosa? Pues no por eso dejaré de ser un organismo en marcha, expuesto a llevarme un garrotazo y a ver las estrellas a la primera oportunidad. ¿Qué leo, por el contrario, a su compadre el pesimista de las gafas negras y quedo convencido de que hago

un mal negocio viviendo? Pues no por eso dejaré tampoco de ser un organismo en marcha y expuesto, por consiguiente, a que al volver la esquina me acometa un toro o un acreedor me asalte y tenga entonces que salir huyendo en defensa... ¿de qué?... de la vida, de aquello mismo de que he renegado.

Y si siquiera determinaran diferencias reales en nuestra conducta estos dos conceptos, el optimista y el pesimista! Pero no: no hay toneladas de optimismo que me salven del efecto de un dolor de muelas, para no hablar de cosas mayores, como gangrenas, abscesos, cólicos, parálisis, y las mil y una calamidades físicas y morales que afligen al hombre. Y, a la inversa, no hay toneladas de pesimismo que me lleven a hacer lo único sincero y lógico que debe hacer el pesimista: pegarse un tiro o tomarse un veneno.

Quejarse, chillar, decir en verso o prosa aquí me duele... Bien; quéjese usted: sobre todo, si ello le da motivo, como a Chopin, para componer cosas delicadas y bonitas. Quéjese usted, señor, pero no filosofe, porque filosofar para demostrar lo ya demostrado hasta la saciedad por Schopenhauer, y lo corroborado día tras día por los golpes que sin parar nos descarga la realidad, es una imbecilidad abominable frente a la otra imbecilidad mayor de empeñarse en que estamos en el paraíso.

Señor optimista, una de dos: o es usted un necio, o es usted un monstruo de insensibilidad. Porque sólo un necio o un monstruo de insensibilidad, de crueldad pasiva—que es la peor de las crueldades—puede sentirse cómodo y satisfecho ante el cuadro terrible de hombre, de brutalidad, de dolor, de crimen y de voracidad comercial que es hoy el mundo.

Pero entonces tiene razón el pesimista al afirmar que la vida es odiosa—se me dirá.—No, amigo, no. Claro está que el pesimista ve mejor, es más sensato y afectivo que el cándido optimista, pero tan vacua es su filosofía como la del otro. Por qué?

No se le puede perdonar a nadie que presuma de pensador el que tenga una concepción tan superficial, tan pedestre, del mundo, que no vea que estamos pegados a la vida, no por la razón sino por la voluntad, y que contra el "yo no quiero vivir" de la razón se alza siem-

pre, imperativo y triunfante, el "yo quiero vivir" de la voluntad. Con esta voz de mando de la voluntad no cabe discutir. La pócima nos sabrá bien o nos sabrá mal, pero nos la tenemos que tragar de todos modos. Y bien flojo filósofo tiene que ser el que, rebuscando y arañando aquí, en este subterráneo mandato del instinto de vivir que da al traste con los dictados más claros y apremiantes de la razón, no acabe por vislumbrar que en nosotros y por sobre nosotros la voz de mando que dice sí y "adelante" dentro de nosotros, es voz de infinito, voz del cosmos, de todo cuanto en nosotros y fuera de nosotros tiene un sentido de permanencia por encima del sentido fugaz e ilusorio de lo que, en un momento dado, y alucinada por estos o aquellos preconceptos, o estás y aquellas sensaciones, nos dice la razón. La flaca y segmentada razón humana, que no es más que el puntito de luz, de consciencia, de nuestra microscópica e ilusoria individualidad en el seno de la gran nebulosa de la vida universal.

¿No en vida todo cuanto se agita bajo nosotros, y encima y alrededor y dentro de nosotros? ¿No somos nosotros mismos parte de esa vida? O más bien, ¿no somos nosotros mismos la Vida, con todo lo que tiene de consciente e inconsciente, de luz y de sombra? Pues entonces, cómo pretenden asumir al mismo tiempo el papel de reo y de acusador, de víctima y de verdugo? ¿A qué sacar cuentas y echar balances cuando el acreedor y el deudor, el debe y el haber son la misma cosa?

¿Qué mala la vida!... Sí; pero ¿qué buena! ¿qué buena cuando así y todo te agarras a ella con las raíces más recónditas y fuertes de tu ser! ¿Qué buena, sí, cuando, si sabes mirar más allá de la costra de las cosas, la ves triunfar siempre, penetrándolo, vencéndolo y arrollándolo todo de tal suerte, que

ya dejas de ver muerte aquí y allá, para no ver en todas partes más que a ella, la Vida. Que se cae, o se seca, o se muere este árbol, y aquel otro, y aquel otro... Si? Pues asómate, asómate ahora, y mañana, y siempre, y verás el bosque—¡el bosque!—con los mismos árboles y el mismo verdor y la misma pujanza. Que cae y muere este hombre y aquel otro y aquel otro... Pues asómate y verás en la calle principal de tu ciudad el mismo ir y venir y el mismo zumbir perenne de colmena.

¿Qué esto es oscuro y metafísico? Pues volvamos a la claridad, regresemos al sentido común. ¿Se puede usted ir de la vida, señor descontentadizo, aun en el caso de que su instinto vital esté tan débil que se preste—cosa inaudita—a acatar el mandato de su pasiva razón? No: porque ese que usted llama su instinto de conservación, su voluntad de vivir, es su esencia, su raíz, idéntica a la mía y a la de todos, tan idéntica (¿no lo siente usted?), que en ella y por ella usted soy yo y yo soy usted, los dos somos el otro y el otro, y todos juntos somos la misma llama inmortal: la Vida. Y claro está que no hay bala, ni puñal, ni veneno que llegue hasta esa raíz.

Si pues no nos podemos segregar de la Vida, como no se puede segregar la burbuja de la onda, en lugar de lamentarnos estérilmente o de tratar en vano de rebelarnos, bajemos la cabeza ante el misterio, acatemos y reverencemos lo que hay dentro de nosotros de indestructible y divino, y con la luz de nuestra razón y el empuje de nuestra intuición busquemos el modo de que cada aurora nos sorprenda más penetrados de su hondo sentido (el de la Vida) y más ansiosos de servirla, y amplificarla, e iluminarla dentro y fuera de nosotros.

Nemesio Canales.



Los Feudos de la Llanura



A la sombra de un barranco del río Carcarañá, acostados sobre sus raídas mantas de dormir, descansaban dos lingheras, cuya captura tenían recomendada a los comisarios de campaña, la policía de Rosario. Eran dos hombres sinceros y altivos, que, en la medi-

da de sus fuerzas, contribuían a minar la posición de las clases dueñas del poder y amaban con delirio la libertad social.

Durante la noche, aprovechando su frescor habían caminado mucho a campo traviesa, y de madrugada, acampa-

ron en la costa del río, deseosos de disfrutar allí, algunos días de descanso, que buena falta hacíales después de una semana de penurias y peripecias.

A su frente se extendía una laguna de aguas claras y tranquilas que se comunicaba, por un hoyo largo y angosto, con el río, distante unos sesenta pasos del barranco. En ella acababan los perseguidos lingheras de bañarse y de lavar sus ropas que tenían tendidas al sol de la mañana, sobre una matracal cercano de anís silvestre. Echando humo espeso y aromático, ardían tallos, verdosos aun en un fogoncito, al que habían arrimado un tacho con agua para prepararse mate cocido.

Cruzó a lo largo de la laguna una bandada de teros reales. Uno de ellos llevaba una patita tiesa y volaba cazado.

Bajaron a abreviar dos novillos colorados, rollizos, pelo rebuciente y astas cortas. Siguiéronlos al rato varios más, y pronto se formó en la orilla opuesta una tropa de estos animales, que hundían sus hocicos en el agua dando resoplidos cuyo eco resonaba por los barrancos de los alrededores. Hubían, zambulléndose, las gallaretas y una pequeña escuadra de patos crestones, que se espulgaba en un albardón, tomó el vuelo, produciendo un murmullo atropellado con sus alas.

Los lingheras, transidos por la caminata de la noche, sentíanse dominados por el sueño. Cerraron los ojos a un mismo tiempo y, en tanto que los novillos se retiraban de la laguna devolviendo otra vez el silencio de un rato antes al pintoresco lugar, se duermieron.

* * *

El sol se inclinaba al horizonte. Mermaba la fuerza de sus rayos y el calor se hacía menos intenso.

Los lingheras despertaron sin sentir resabios del sueño que los rindiera por la mañana. Comentaron con noble satisfacción la paz, la quietud y tranquilidad que se gozaba en el lugar donde estaban acampados y convinieron que, hallándose tan a gusto y a sus anchas, podían prolongar por largo tiempo su estada. Lamentándose de su descuido, miraron el fogoncito al que habían arrimado el tacho con agua para el mate. El fuego estaba apagado, el tacho

caído y el agua, por consiguiente, derramada en el suelo arenoso.

En la limpia superficie de la laguna que apenas rizaba la brisa suave del atardecer, chapoteaban los peeces cubriéndola de círculos concéntricos.

Decidieron las lingheras a pescar. No llevaban consigo anzuelos, pero los suplieron con alfileres. Buscaron cañas por las cercanías del barranco y pronto prepararon dos mojarrones.

Oíanse golpes de remos por el lado del río, que allí formaba un recodo. Acudieron ambos presurosos a su orilla.

Remontando la corriente, se aproximó una canoa en la que remaba, de pie un hombre que tenía trazas de ser un pescador.

Dirigió éste la embarcación hacia el lugar donde le espíaban las lingheras. Dándoles en alta voz el "buenas tardes", saltó a tierra. Sin perder tiempo, clavó en el suelo blando una estaca, y con una cuerda aseguró la canoa, impidiendo así que la corriente se la llevara.

Comunicativo y francachón, el recién llegado trabó conversación en el acto con ellos, diciéndoles que venía a pescar mojarras a la laguna y que lapesea era su ocupación habitual.

Les preguntó, intrigado, si no habían sido sorprendidos por alguno de los peones que cuidaban el ganado de los potreros vecinos.

Contestaron los lingheras que durante todo el día permanecieron acostados a la sombra de un barranco, y que no recordaban haber visto a nadie por las cercanías.

Entonces el pescador, adoptando una actitud paternal, le advirtió que se marcharan cuanto antes del lugar. Con lujo de detalles le describió los peligros que corrían al acampar allí, puesto que el estanciero propietario de esos campos tenía terminantemente prohibido la caza, la pesca y el tránsito o estada de extraños en los límites de su feudo. Jaetándose de burlar algunas veces las tiránicas disposiciones del estanciero, les dijo que esa noche exploraría la costa el piquete de policía particular de la estancia, compuesto de seis criminales comunes, armados a Winchester, que "metían bala" a cualquiera que encontraran en los potreros que limitaban con el río.

El estanciero, a quien estaban sometidas las autoridades del departamento y de los pueblos circunvecinos: era dueño de los campos que, subiendo a un barranco, se divisaban al norte, al sur, al este y al oeste. Su dominio abarcaba hasta las aguas del río, por el que había dado órdenes expresas de no dejar pasar a nadie, pretextando que de noche se introducían gentes en sus potreros que le robaban ovejas de sus majadas.

Para marcharse del lugar no les quedaba a los lingheras otro camino que el sendero de entre las vías del ferrocarril, que pasaba cerca, cortando en parte el feudo del estanciero.

Acompañando al pescador que se marchaba a la laguna con un medio-mundo de alambre tejido en la mano, decidieron emprender de nuevo la marcha. Recogieron la ropa que tendieran por la mañana al sol en el matorral de anís silvestre, y liaron cuidadosamente sus maletas. Dieron un saludo de despedida al pescador, que ya hundía su

medio-mundo en las aguas de la laguna, y subieron después al barranco, cubierto de "pasto fuerte" y de enredaderas. Llegaron pronto a las vías del ferrocarril con cuyo terraplén comunicaba el barranco.

El sol, hecho un ascua enorme, esplendía en el horizonte, daba tintes fantásticos a las nubes que viajaban por el cielo, bañando de derada luz mortecina los campos del estanciero. Despertaba en los lingheras, el cuadro, la impresión de un extraño holocausto.

Antes de iniciar la retirada por el sendero de las vías, se detuvieron un instante. Miraron al sur, al norte, al este y al oeste, por donde se extendía el feudo, más allá de lo que alcanzaba la vista.

—Algún día volveremos, pero entonces, será otra cosa... — dijo uno de ellos, y sonriendo con profunda fe en lo que decía, gritó:

—¡Vamos!

Emilio Pirovano

EL AGUJERO

Trabajábamos a una altura de treinta metros. La madera de los andamios se curvaba al paso nuestro. Los baldes llenos de cal aparecían y desaparecían, desde un agujero que daba vértigo. Las vigas de hierro, prendidas a los ganchos, cruzaban el espacio balanceándose pesadamente. Al pasar por la techumbre, teníamos que andar con mucho cuidado, caminando por el filo de los rieles, pues con el hormigón aun fresco, corríamos el peligro de hundimos. Las poleas giraban vertiginosamente, como pensamientos confusos y alocados, moviendo una gruesa mole de piedra que trituraba ladrillos. Por encima de nuestras cabezas, el cielo resplandecía. La mañana lo inundaba todo de una luz purísima y suave, y hacía que un loco desco de cantar, bulliera en nuestro espíritu, pero al menor descuido, la voz del oficial, dura y áspera, acompañado de un adjetivo sucio, reclamaba material, y nos sacaba de nuestro éxtasis. Y el murallón de piedra crecía, más y más, recto y grueso, como los muros de una cárcel.

La jornada fué bestial. Teníamos la espal-

da dolorida y roja a causa de los rayos del sol que se habían volado brutalmente sobre nosotros. Nuestros músculos estaban deprimidos de tanto andar por los andamios y de subir y bajar escaleras, con baldes cuestras; y las manos llagadas, corroída la piel por el portland y la cal, nos ardían hasta hacernos saltar lágrimas.

Quando nos metimos en aquel agujero oscuro, húmedo, hediondo y lleno de porquería, y nos tendimos sobre un montón de arena banda y fresca, sentimos una sensación de voluptuosidad que nos embriagaba.

Por el agujero contemplábamos un trozo de la calle y sobre la boca de él, se quebraban los rayos del sol; de ese sol odioso que nos había acuchillado toda la mañana, y que en las praderas florecidas, resplandecería magníficamente, cubriendo con una temblorosa túnica de oro, los árboles y las casas campesinas.

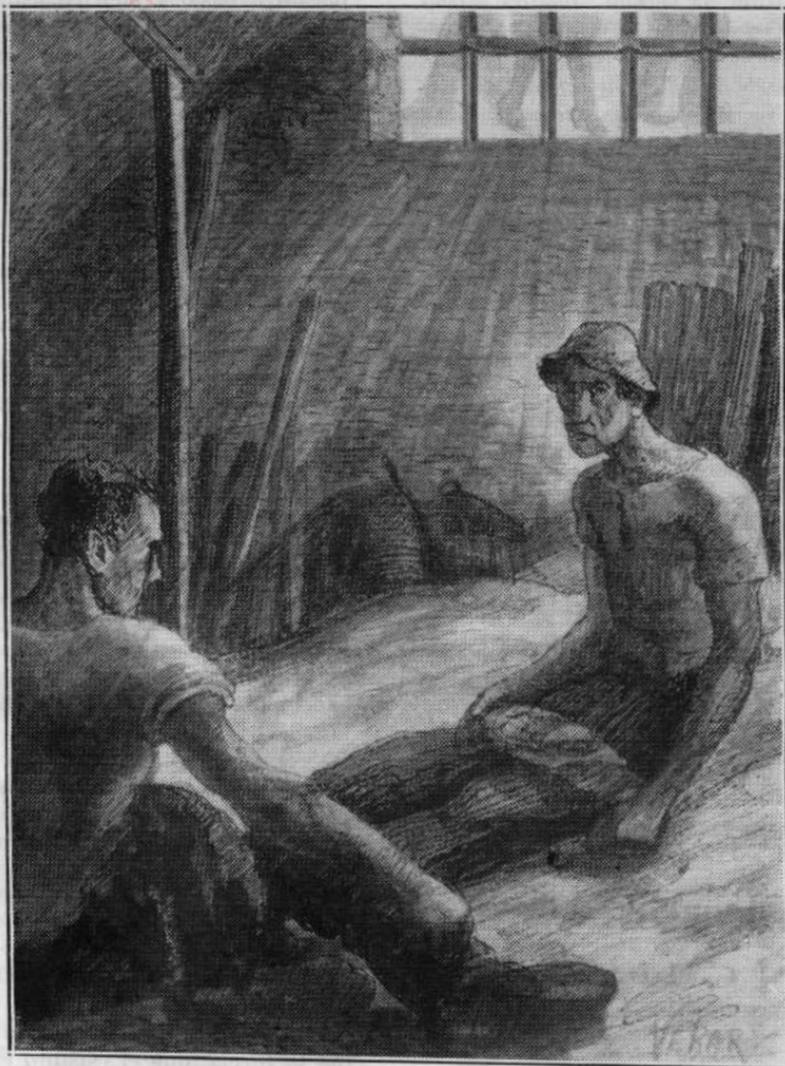
Bestializados, sin saber qué decirnos, mi compañero y yo, empezamos a devorar en silencio, un poco de pan y carne, mientras contemplábamos la boca del agujero. Por la vereda pasaba mucha gente. Nosotros apenas

veíamos los pies, pero adivinábamos la condición social de las personas que pasaban...

Había pasos que denotaban el amo y otros el esclavo; piernas deformes y gruesas que, sin duda, llevarían a cuestras un montón de grasa, repleta de malos instintos; y piernas débiles, portadoras de cuerpos que siempre han sentido el látigo de la explotación.

manifestaba en la nerviosidad de su andar. Contamos uno solo que iba lentamente; pensamos, a'guien más macho que nosotros, que prefería el hambre a dejarse explotar, o quizás un poeta, o tal vez un idiota....

Pero lo que verdaderamente nos producía una rara sensación que cosquilleaba hasta las fibras más hondas de nuestro ser, eran las



Todos los pasos iban apresurados. Los hombres llevaban hambre. En su andar se conocía que, no muy lejos, se hallarían frente a una mesa, cubierta por un mantel blanco, con flores y llenas de manjares o a'gún bodegón inmundado donde se almorzaría escuamente, como nosotros, y entre gruñidos y malos olores. La fiebre de sus intestinos se ma-

piernas de las mujeres. Pasaban aprisionadas en unas medias de seda relucientes, calzando en los pies unos zapatitos coquetos, pequeños y brillantes. E iban ligeras, a pasos menuditos, fugazmente... Con una mirada rápida, seguíamos la línea curva de las piernas que se truncaba al borde del murallón, pero nuestra imaginación adivinaba el resto.

Nuestra cueva hedionda se impregnó de una fuerte y áspera atracción sensual. También. . . Teníamos veinte años. El sol fecundo y saludable, nos había calado hasta los huesos. La primavera resplandecía, y ganábamos tan poco, que a pesar de trabajar tan bestialmente, nuestro exíquo jornal no nos alcanzaba ni para ir a solazarnos con una de esas pobres mujeres que venden su cuerpo por unos miserables centavos.

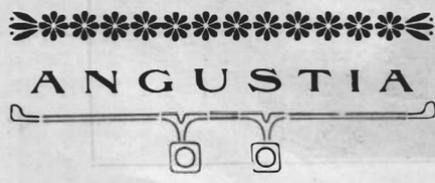
El martirio era horrible. Nuestras pupilas sedientas estaban fijas en el boquete del agujero, siguiendo ávidamente la visión fugaz de ese desfile de piernas de mujeres, que sostendrían cuerpos vibrantes, airosos, de líneas impecables: la bestia rubia, magnética y sensual, que pascas por la calle su gloriosa juventud, insofrentemente, estremeciéndose ante el fulgor de pupilas criminales y cargadas de deseo; la bestia débil para la cual se sacrifican millones y millones de hombres, para alimentarla y rodearla de lujo, que jamás sería para nosotros, a pesar de nuestra juventud, de nuestra fuerza, de nuestro talento. . .

Nosotros estábamos destinados a llevar baldes de cal, a andar trepando en los andamios, ahundirnos siempre por los agujeros; por las cárceles, las minas, los hospitales, los prostibulos, y en último caso, las lentas caricias de una pobre proletaria apagada de alma y deshecha de cuerpo, deformada y bestializada por el trabajo. Nos destruíamos cotidianamente para crear esa belleza, que siempre huía de nosotros, hasta el roce de nuestros sueños que emergen desde el fondo de algún agujero.

* * *

Más tarde, semi-dormidos, soñábamos que la arena que nos servía de colchón, era una mujer rubia, de cuerpo amplio y vibrante, que se entregaba generosamente. . .

Abel RODRIGUEZ



La llovizna caía perezosamente, con una laxitud sensual. Envueltas desde la tarde anterior por el gris denso manto de la bruma, las solitarias calles, silenciosas, bañaban en llanto sus máscaras grotescas.

De trecho en trecho, las pupilas trágicas de los focos encendidos, hacían

más lúgubre el abandono de las calles en aquella noche espectral; noche perra para los truhanes y busconas, obligados a la inercia en la atmósfera alcohólica y obscena de las tabernas; noche en la cual la híbrida faunesa, bailotea espasmódica ante los ojos de los miserables del arroyo, donde el hambre y el frío han puesto su amargura! . . .

Aquella noche estaba de guardia. Dispuesto a pasarla bien colocado en un cómodo sillón, quedé absorto en la lectura satánica de las estrofas de la "Anactoria" de Sinburne. Sólo era interrumpido de vez en cuando, por el campaneó grave, isócrono, del reloj de péndola puesto allí. . . Y marcó la una. . . las dos. . . luego, nada; me había dormido en medio del profundo mutismo de la estancia. . .

De pronto, un agudo chirrido me hizo levantar sobresaltado, en tanto una corriente de aire glacial, cortante, me atería. Busqué en vano el sitio por donde colaba el hielo. La quietud reinante me tranquilizó por las salas. Vuelto al sillón, arrebujado en mis ropas lo posible, quise renovar la lectura. Pero un hecho insólito se opuso.

Como un ténuo humo azufrado, se apoderaba del cuarto, palidecía la luz. Alarmado torné los ojos para explicar el extraño suceso y con sorpresa ví terminaba de pasar en ese instante, por el tajo en la cerradura de la puerta, el extraordinario humo. Una fuerza desconocida me dominaba, negándome el más leve movimiento, en tanto veía como concentrándose, poco a poco, el humo, adquiría la forma humana de un pobre diablo, sobre cuyos despojos preparara unos trabajos horas antes.

Supuse una alucinación, obra de mi cerebro talvez augestionado por la lectura, o aún entumecido por el sueño, y en un esfuerzo desperecéme, restregándome los ojos para concluir la farsa estrangulante.

Más se transformó el espectro y tal fué la forma, que el espanto erizó mis cabellos. Era un monstruo apocalíptico. La faz ovalada lucía exoftálmicos ojos de lechuza y adornada por un par de orejas cual alas vampírescas, tenía de remate la paradoja de un cráneo fumbulesco. Una hirsuta barba vivía en el mentón, y la boca, la de una demoníaca que enigmática sonriese. Ah! pero lo más bárbaro, lo más abomina-

ble era el cuerpo! ¿Cuerpo?, No! No! Si aquello no era cuerpo, sinó una bola absurda y grasienta en donde parecía ver la gama de las viscosidades del pus, en cuyo centro, en lugar de senos, se erguían dos crótalos vivientes, reemplazando los peones por sus bífidas lengüetas; y estaba sostenida por un par de apéndices que tenían de todo menos de brazos o piernas, y en cambio de pies, unas enormes garras, que convulsas sobre el suelo, agitaban trémulas al monstruo!

Y fuí presa de la Angustia. Y la bestia adelantó hacia mí. Y dibujando el rostro una horrible mueca, ya a mi lado, pausada y temblorosa, levantó una de las garras y aferró brutal de mi garganta, hundiendo sus falanges en mi carne. Entonces, con una extraña luz se iluminaron sus pupilas y no sé por qué singular efecto de espejismo, reflejaron ellos al sujeto!...

Y hablo la bestia. Y con una voz gan-gosa y ahuecada me dijo:

—Soy el alma del muerto que hoy tus estudios impíos hirieran! Soy el alma de ese muerto y vengo hacia tí para vengarme!... Suena la hora de

tu muerte... Resígnate... Es vano todo intento de salvarte... ¿No sientes cómo el crepúsculo va cegando la lumbré de tú espíritu?...

Y cada vez sentía más apretada mi garganta. Y el aire me faltaba. Y, loco, pugnaba por zafar la garra. oprimían mis manos el vacío. Y reía como un histrión la horripilante. Y apretaba.. apretaba... Y seguía llamándome al sepulcro:

—Duerme... duerme! La tumba nos espera! ¡Vamos, que ya es tarde!

Y la hereúlea garra me oprimía. Y me saltaban los ojos. Y me retorció como un epiléptico, luchando por la vida... Y la garra apretaba... apretaba... Y la monstrea maldita reía, sarcástica, triunfal....

Después no recuerdo lo que pasó. Solo sé que una mañana tranquila, plena de luz, de sol, desperté asombrado, al verme tendido en una cama del hospital. A mi lado mi buena viejita, con el cansancio en las pupilas humedecidas por las lágrimas, me acariciaba lentamente la cabeza.

Carlos ABALOS.



Los problemas actuales desde el punto de vista anarquista

Posición:

Tú y yo, somos anarquistas. Nos hallamos frente a dos caminos. ¿Cuál es, el que elegimos? ¡No, no! Dirás todo lo que quieras. Vestirás de oro a la mentira y mentira queda, mentira es. Disfrazarás con etiqueta nueva a la autoridad; pero siempre, óyelo bien, siempre, se conocerá 'a mercadería vieja. Hemos de tomar un camino. No podemos pararnos aquí, toda la vida, para discutir cual es el bueno. Hemos de pronunciarlos — esta es la frase — por uno de los dos grandes principios funcionales en el orden social. O, estamos con los hombres libres, contrarios a todo forzamiento, partidarios de la obra propia y consciente, o vamos a la política, donde las normas impositivas son la ley, la costumbre y el método.

De ese pronunciamiento ideológico previo, dimanará tu posición, como mi compañero o mi enemigo, en el campo de la lucha social. Estarás con los que se afanan arduamente por escalar las altas posiciones políticas desde las cuales se imponen normas a los pueblos y se conspira contra la libertad del hombre o actuarás con los anarquistas, esos hombres solitarios y rebeldes que encarnan en sí la más pura energía, la actividad más humana, en las fragorosas luchas que se producen en el mundo. Si eres un espíritu de amplitud y comprensibilidad, y tienes de ti mismo el concepto alto que significa pensar y actuar por ti mismo, sin requerimientos, sugerencias o imposiciones externas, los problemas sociales no se reducirán a la simplista cuestión de clases, tan vulgar y artificiosa: tendrán para tí, un significado virtual de libertad, un valor humano.

Carácter de las luchas actuales.

El carácter de las luchas sociales que ocupan y monopolizan tu atención y la mía, tiene, posiblemente, un valor político que no sospechas; sin contar, claro está, que en el fondo los factores de esas luchas son esencialmente instintivos, vitales. Como movimientos humanos, resultantes de una conciencia hecha, de un pensamiento trabajado, bien poco puede decirse de ellos. Las corrientes progresivas y de civilización, tienen sus notas más altas en las manifestaciones culturales y estéticas, es decir, en obra de pensamiento y de sentimiento. Y, por desgracia, en las agitaciones populares que sacuden el orbe en la

hora que vivimos, sólo se oye una nota, sólo una voz eleva su tono altísimo, es la voz del instinto, el grito de la vida: ¡Pan!

Los sistemas, importan poco a los hambrientos. No saben ni pueden intentar saber, si es bueno o es malo apoyar a un gobierno o combatirlos a todos. Los hambrientos estarán siempre con quienes acallen su hambre... Para mí, esos movimientos que llevan en sí, como dinamismo raíz, la desesperación, significan muy poco.

El motor de las revueltas en la India, Persia, Egipto, Rusia, Alemania, Italia y demás pueblos convulsionados actualmente, puede definirse con una sola palabra: Hambre.

Es inútil engañarse a sí mismo por más tiempo y seguir sugestionando a los demás con el error: la naturaleza específica de las luchas actuales, tiene por energía, por fuerza propulsora, la conquista del mayor y mejor alimento. No es, no pudo ser nunca entendido tal, un esfuerzo libertario, la traducción en hechos de un propósito de progreso integral del hombre, o siquiera un ensayo, un plan de organización vital.

Las revueltas y los políticos.

Sabemos muy bien que los movimientos populares que son de naturaleza instintiva, suelen ser explotados por las fuerzas políticas que actúan en el medio social. En la generalidad de los casos, las revueltas por hambre, los desórdenes públicos, han servido tan solo para hacer caer a unos del sitio de mando y elevar a otros. Como decimos antes, cambia la etiqueta; pero la mercadería sigue siendo la misma.

Las revueltas de este orden, se originan por la ausencia de organización obrera en el sentido revolucionario. En el medio ambiente en que se organizan los elementos obreros para una obra revolucionaria, las revueltas de naturaleza instintiva no tienen razón de ser.

Los fomentadores de las situaciones caóticas son los políticos y los capitalistas. Estos porque facilitan el juego a los elementos políticos y al mismo tiempo estorban la obra de organización y orientación de las masas obreras, gastando sus mejores energías en una obra no constructiva y casi negativa; aquellos, en cambio, porque ven la ocasión propicia para fortificar sus posiciones en la sociedad como elementos dirigentes. Pero si bien las fuerzas políticas pueden engañar a los hambrientos en revuelta, prometiéndoles

bienestar y plena satisfacción a sus vitales apremios, es lo cierto que ninguna organización política ha podido cumplir lo prometido, por la razón muy sencilla de que **nadie puede dar lo que no tiene. El bienestar del pueblo**

actividad bien orientada, en la organización que se den a fin de realizar su bienestar. Las fuerzas políticas están organizadas para dar lo que es de su naturaleza: arbitrariedad, forzamiento; mientras que las organizaciones no políticas, sino de producción, de trabajo, pueden brindar los frutos que le son inherentes: bienestar, comodidad, independencia.

El pan que anhelan los pueblos, y que prometen los gobernantes o los políticos que aspiran a tales, so'o puede obtenerse en el seno del pueblo mismo, por medio de las organizaciones de producción: los sindicatos. Solo estos pueden cumplir lo que prometen, porque sólo éstos pueden crear.

Entiende bien esto: Ni aun el "hecho" ruso, puede cambiar el curso de las cosas. El gobierno ruso, con etiqueta de obrero, de revolucionario, no puede dar lo que no tiene. Se halla en el mismo plano de todos los gobiernos. O se anula a sí mismo, se suicida, dejando que el pueblo por sí mismo se organice y busque el pan, cree el bienestar propio, que los políticos le han prometido y no han podido darle, o se inclina del lado del capitalismo, y concesión tras concesión, va a caer en lo que han caído todos los gobiernos: en el régimen democrático. Los hechos parece que dan la razón al segundo camino, con desdoro y perjuicio de la revolución. Podemos repetir una vez más el viejo axioma de Marx: "La emancipación de los trabajadores, debe ser obra directa de los trabajadores mismos". . . .

Si todavía no lo han comprendido los productores, estás tú y estoy yo, para ilustrarlos y hacerse'o entender.

Revolución económica.

Sin organización obrera no hay emancipación económica. Es un axioma. Sin la organización de los productores no hay revolución.

Sabes bien, como yo entiendo la revolución económica. No es en el juego destructivo: pólvora, humo, ruido. No es muerte, sino vida.

Revolución, en cualquier orden, sea en el vital, cultural o estético, es siempre obra consecutiva y se cambia. Lo nuevo que desplaza a lo viejo. Lo mejor que reemplaza a lo imperfecto. Es decir, que siempre es algo que se ha creado, que se estima como más bello, como más perfecto, que entra en función en

reemplazo de lo que funcionaba antes y era de naturaleza inferior. Planteado así el punto, y concretándonos a la cuestión económica, se trata de reemplazar la organización de la producción y el consumo que hoy existe, por el sistema *sindical*, o sea por la organización de los productores. Este cambio de sistema es la revolución, es la emancipación del hombre de todo poder externo, aunque no de sus prejuicios y tarcas psicológicas. Según el enunciado anterior, es una organización lo que debe reemplazar, anular a la otra. Quiere esto decir, que organizar, preparar los órganos nuevos de la sociedad nueva, es trabajar la revolución. Sin organización no hay revolución —se puede decir. Y es cosa muy distinta esta revolución, al ruido, al humo, al grito, al desorden que era el concepto antiguo de la revolución. Antes, era más revolucionario quien más gritaba, quien más impulsivo, más fanático demostraba ser; ahora es más revolucionario quien más enseña, atrae, une, orienta a los trabajadores. Aquellos revolucionarios eran destructores como le es el Estado y el Capital; estos, en cambio, son constructores, artífices de la vida nueva.

¿Cómo voltear de su pedestal al capitalista, si no sabemos prescindir de él? ¿Cómo destruir la sociedad burguesa si no hemos organizado los órganos vitales de la sociedad nueva que han de reemplazarla? . . .

En e'lo estamos. En la obra de esa organización trabajamos, y a despecho de políticos y capitalistas, seguimos adelante.

Este propósito, este objetivo racional, esta tarea revolucionaria, es cosa vieja para los revolucionarios de otros países. En efecto, en el preámbulo de la carta orgánica de los trabajadores industriales del mundo, los I. W. W., hay esta afirmación, que hacemos nuestra: "Queremos crear los órganos de la nueva sociedad, dentro del cascarón de la vieja". . .

Y para lograr esto, no renuncian a la obra de defenderse del capitalismo y del Estado. En ese mismo prómbulo se establece el principio de solidaridad como base de la organización obrera: "La ofensa hecha a un obrero es realmente una ofensa hecha a todos".

Cuando así se entienda y se proceda, dando la espalda a todo cuanto tenga significado político, bandería, partidismo, habremos entrado dentro del cielo constructivo, por el cual ya trabajan muchos propagandistas.

José TATO LORENZO.

¡RADOVITZKY! — ¡USHUAIA!

La clase trabajadora debe reclamar su héroe; debe procurar que el penado 155 vuelva a respirar el aire de la libertad

«Compañero Rosaies: Cuando vuelvas a Buenos Aires, saluda en mi nombre a los anarquistas de la Argentina. Diles que si bien es cierto que el penado 155 está enfermo y débil, en cambio, el anarquista Simón Radovitzky, continúa indolegable: siempre firme, siempre fuerte. — Simón.»

(Fragmento de una carta pasada de «contrabando» en el presidio de Ushuaia).

Y bien, trabajadores: todos sabéis que allá, en la extremidad antártica del continente sudamericano, en la isla abrupta, gélida y pétreca de Tierra del Fuego, en cuya capital — Ushuaia — existe el presidio más sombrío y tenebroso de la Argentina: allí, en ese antro, es donde languidece y se consume lentamente la vida de un hombre.

De un hombre que es hijo del pueblo; héroe del pueblo; vengador de un ultraje sangriento inferido al pueblo.

¡Todos lo sabéis!

Va en el doce año, día por día, que soporta con la altivez de un estoico el martirio terriblemente bárbaro de su vida aherrojada a la brutalidad semisalvaje de los carceleros y verdugos del trágico presidio.

¡Y, compañeros, muchos quizás no imaginan siquiera lo que es, lo que significa, el dolor y el sufrimiento, de los que viven prisioneros en el penal de Ushuaia. En esa región hostil, perennemente azotada por la nieve y las ventiscas polares; en que los hombres que cuidan a los hombres por encargo de la Justicia, son lobos, son hienas y son chacales: allí, camaradas y trabajadores, la vida es un infierno. Y esa es la vida que vive Simón Radovitzky!

Está enfermo y está débil. Lo dice

él mismo y lo corroboro yo y mis compañeros que lo fueron de infortunio en aquel antro. García Thómas y A. Biondi, que logramos verlo subrepticamente, por cuanto estaba en aquel entonces en absoluto prohibido verlo y ha-



blar con él, porque se encontraba recluido, desde el fracaso de su tentativa de fuga.

Esa reclusión fué para él, para su organismo, un motivo más para agravar su estado de salud ya resentido, que-



Frante del tétrico edificio donde un hijo del pueblo sufre, porque supo Evengar una afrenta hecha al pueblo. -- Banda de música de penados. -- Cuerpo de guardiacárceles y verdugos.

brantado por el dolor, moral y físico, que se sufre en el presidio.

Sin embargo, apesar de su sufrimiento, Radovitzky no se queja. Sufre con el estoicismo de los primeros cristianos, y la austeridad de Sócrates. Consciente y abnegado siempre. Siempre bueno, siempre íntegro.

Soñador: sueña en la redención total y definitiva de los pueblos. La revolución rusa lo ha conmovido. Grandes esperanzas tiene cifradas en ella, porque sabe que del alma profundamente mística y llena de fe del gran pueblo moscovita, se pueden esperar grandes cosas.

Lo entusiasman los ecos del fragor de



Vista panorámica de Ushuaia, la Siberia Argentina. En el fondo el monte Olivia, donde han llorado lágrimas de sangre los penados que iban a trabajar allí.

las batallas del proletariado de la región, que, aunque débilmente, llegan por allá.

Su alma pura e ingénua como la de un niño, está plena de optimismos. Optimismo que se trasluce y fluye de la mirada serena de sus ojos límpidos y azules, que miran las lejanías de los montes desde el ventanillo de doble reja de su celda, y que contrasta su luminosidad un tanto triste, con la opacidad ambiente, que pone un sello hosco y huraño en todas las cosas.

Tal es el hombre, que sacrificó su libertad, por lavar la afrenta inferida al pueblo, en aquél trágico y sangriento 1.º de Mayo de 1909.



Planta alta de uno de los pabellones del presidio. Penados a la puerta de las celdas, donde se desgarran muchas almas de dolor y de impotencia.



En plena labor en una cantera y a la intemperie. ¡Suele haber días de 14 y 17 grados bajo cero!..

Y si Simón Radovitzky, no vaciló entonces en ofrendarse en holocausto del pueblo que había sido ofendido y afrentado, el pueblo debe desde hoy, 1.º de Mayo de 1921, abocarse, sin vacilar tampoco, a arbitrar los medios para que las puertas del presidio sean abiertas al héroe proletario, genuinamente proletario.

El no lo pide, más es un deber. Las condiciones político-sociales del momento, hacen que no sea difícil conseguir su liberación.

¡La han conseguido tantos, sin menoscabar un ápice la majestad de las ideas! ¿Por qué no habíamos de conseguirla también para Radovitzky?

Por otra parte, hícelo yo, durante mi



Una revista de penados en el patio de la dirección del penal de Ushuaia. 1-El tristemente célebre Grandón, a quien la población penal acusa como asesino del compañero Avelino Alarcón. 2-El no menos célebre Palacios. 3-Rocha, alias El guapo, asesino de Valderrama y sus cuatro compañeros cuando intentaron una fuga.



Una revista de penados antes de concurrir al trabajo, formados militarmente...

permanencia en aquel antro, la pregunta sobre el particular, y díonos, en carta, amplias facultades para que hiciéramos sobre su libertad, aquello que creyéramos factible y conveniente.

Ahora bien; hemos procurado ir pre-

parando el terreno para ello, en el seno de las organizaciones obreras. Y, últimamente, han sido iniciados trabajos con el objeto de conseguir su traslado a esta capital.

El resto, creo que debe hacerlo la obra colectiva, del proletariado organizado. Es él quien debe reclamar, ante quien corresponda, la libertad del mártir, cuya vida se extingue lentamente, allá, entre las nieves fueguinas del presidio de Ushuaia.

¡Trabajadores: salvémosle! ¡Hagamos por que vuelva a respirar el aire de la libertad!

¡A la obra!

H. ROSALES.

Acrecimiento de la Federación Obrera Regional Argentina Comunista

El organismo federativo que en el país se ha destacado por su espíritu esencialmente revolucionario, acusa en estos últimos tiempos un repunte notable en número y en poder como fuerza orgánica.

La historia de la FORA (Comunista) desde el día en que un grupo de activos militantes se entregaron a la labor de su constitución definitiva, ha demarcado un derrotero perfectamente nítido; sus actos todos se han realizado de acuerdo a la acción directa y sus aspiraciones de futuro han sido propagados a todos los vientos y con íntegra lealtad. Los gremios que la han ido paulatinamente integrando para presentarla hoy como una potencia de clase, no han ido a ella con prevenciones, pues que sus fines y sus medios habían sido previamente desmenuzados en asambleas donde se produjo el choque de opiniones diversas en la forma de interpretar la lucha y su virtualidad revolucionaria.

No se puede decir, y este es el valor capital que puede ostentar con orgullo la FORA (Comunista)—que se ocultaron propósitos para evitar discusiones y reparos—pues siempre sabían de antemano los gremios que, al adherirse pasaban a integrar una institución claramente definida: un organismo esencialmente anti-parlamentario y anti-estatal, que se plantaba frente al enemigo común—Capital y Estado—con anhelos definidos y sobre todo revolucionarios. Siempre, pues, deben haber tenido en cuenta los federados, que asu-

mían un verdadero rol de responsables frente a la burguesía y demás enemigos, y que el hecho de adherirse a la FORA (Comunista), implícitamente se declaraban dispuestos a colaborar en la lucha que tiende a la eliminación total del capitalismo, y que, por ende, éste, con las armas que le otorga su aliado (el Estado), iba constantemente contra los gremios, a sostener una lucha definida sin tregua ni cuartel.

Todas estas cosas sabíanlas los gremios que pasaban a refundirse en el crisol de ideales que informa el organismo federativo, y, puesto que lo sabían, al venir a ella lo hacían con plena conciencia de su misión histórica. Por ello se ha dicho y se repite que la FORA (Comunista), es un organismo consciente de sus destinos, y por ello afirmamos hoy, como una constatación de hechos, que la FORA (Comunista) representa en el país la verdadera y única extrema izquierda del proletariado organizado sindicalmente.

En el año 1920 integraba la FORA (Comunista), 128 sindicatos, con un total de 25.000 asociados, los cuales no cotizaban normalmente. El espíritu libertario que saturaba todos los actos del organismo se interpretó mal, y algunos sindicatos no reconocían como compromiso el pago normal de cotizaciones; así se daba el caso que, sobre un total de 25.000 asociados, sólo percibía la tesorería, en calidad de cotizaciones, un total que frisaba entre nueve a doce mil cotizaciones—menos de

la mitad—lo que obligaba al cuerpo central a desarrollar sus actividades en forma raquítica.

No se desconocía que, el estado embrionario de algunos sindicatos, por un lado, y los continuos vaivenes que la reacción capitalista imponía a otros, impedía a muchos hacer efectiva la cotización que el deber sindical imponía. A base de esfuerzos personales de un pequeño número de militantes, algunos de los cuales han pagado con la vida y otros con largas enfermedades, esfuerzos sobrehumanos de voluntad, la FORA conseguía que sus postulados se escucharan por todas partes, y los trabajadores supieran de la bondad de los propósitos que su carta orgánica sindicaba.

En ningún año como el que pasó, las adhesiones fueron tantas; a ello influyó no poco la repercusión que tuvo en esta parte de América la gran revolución rusa, amén de otros muchos factores que por no ser desconocidos de nadie nos ahorramos numerar.

Hoy podríamos decir, que se han salvado en parte muchas de aquellas dificultades, y que el esfuerzo constante de los hombres de fe han encauzado a la organización obrera, en su faz de detalles administrativos, hacia su verdadero lugar, a pesar de las críticas respetables de muchos militantes anti-organizadores que, en homenaje a la verdad, ya pocos quedan, pues bien, pudiéramos contarlos con los dedos, pero que no influyen mayormente en lo que respecta al sentido orgánico y "disciplinario" de la organización obrera.

Teníamos el propósito de ocupar amplio lugar en el suplemento, a fin de presentar un detalle estadístico de los progresos alcanzados por la FORA (Comunista), en lo que va del año, pero no lo haremos, nos es materialmente imposible.

El acuerdo del congreso, estableciendo el carnet único para todos los federados, nos iba a dar una compulsiva exactísima del total de cotizantes; pero, a esta fecha, sólo han sido despachados 80.000 carnets, y quedan pedidos por igual cantidad, amén de los que

aún no se han dirigido a la central, formalizando la demanda, y sin descuidar los gremios cuyo pedido de carnets no confronta el número de sus asociados.

Podríamos sí, en razón al lugar que ocupamos en la secretaría, presentar un cálculo aproximado. En consecuencia, sólo diremos que no nos extralimitaríamos al asegurar que hoy, la FORA (Comunista), congrega en su seno a cerca de 200.000 trabajadores conjuncionados en más de seiscientos sindicatos; pero estas manifestaciones quizás sean negadas por los escépticos y por los que viven alejados de la vida de lucha que informa en todos sus pasos a la FORA (Comunista). Por ello, por no poder presentar un balance numérico en el cual las cotizaciones sean las que, por la fuerza innegable de los números, afirmen lo que decimos, no hemos hecho la compulsiva de libros que teníamos pensado realizar para demostrar a propios y extraños, a pesimistas y negadores, que el acrecentamiento de la FORA (Comunista) en el año 1920, es tan grandioso que, en realidad, justifica la duda de los que se desenvuelven al margen de ella.

El Congreso Unificador, ha de congregarse a todos los obreros organizados, y allí han de constatarse dos cosas: el espíritu de lucha de los gremios de la FORA (Comunista), y el enorme número de trabajadores que la integran, rubricando con la formidable constatación de lo evidente a lo que hoy apuntamos someramente, sin que por ello se pretenda negar número ni fuerza a nadie, ni mucho menos hacer cuestión de si tú tienes más que yo, o yo tengo más que tú, lo que, por otra parte, sería ridículo en nosotros que apreciamos las cosas, más en su valor cualitativo que cuantitativo.

Constatamos tan sólo aquí un hecho notable en la vida de un organismo que ha sido afirmado con vidas enteras de hombres capaces del sacrificio en cualquier momento, y en cuya preocupación tienen mucho que ver las cárceles del país, y la maldición de los desterrados.

Sebastián Ferrer.

Nuestro Congreso Extraordinario

ACUERDOS IMPORTANTES TOMADOS :::: SUS CONSECUENCIAS INMEDIATAS

El primer congreso extraordinario de la Federación Obrera Regional Comunista, efectuado en los últimos días del mes de septiembre y primeros de octubre del año próximo pasado, fué un digno exponente de fuerza sindical, importante por los gremios en él representados y por los acuerdos toma-

dos durante los varios días que duraron sus sesiones.

No cabe que hagamos aquí una crónica detallada de cuanto se habló en aquel memorable acto del proletariado comunista de la Argentina. Transcribiremos únicamente los principales acuerdos tomados, aquellos que

representen una nueva faz de las cuestiones sociales o tiendan a rectificar vicios orgánicos o conceptos generalizados, o bien constituyan una reforma de resoluciones tomadas en congresos anteriores.

En el orden que fueron aprobadas, transcribimos a continuación las mociones que deben ser incorporadas al pacto de solidaridad de la F. O. R. A. Comunista:

Sistema federalista

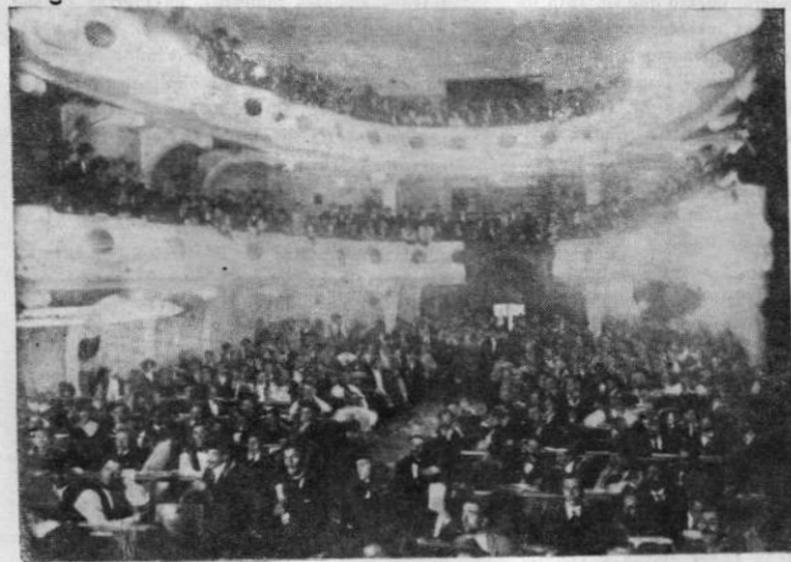
“Se debe mantener la organización federalista, que comprende las federaciones locales o comarcales de diversos oficios, y éstas forman la federación provincial, para complementarse en la regional.

“Las diversas ramas o especialidades de un gremio, formarán la federación o sindicato local, que será parte integrante de la

trativo, y de la regional en las cuestiones generales, pero manteniendo con la F. O. R. Portuaria relaciones directas en lo que se refiere a los asuntos del trabajo: pliegos de condiciones, huelgas generales en los puertos, etc., cotizando con una cuota especial al consejo federal de la misma, por intermedio de la federación provincial a que cada gremio pertenezca.

Sistema de cotización

Se aprueba el carnet único con la estampilla federal de 20 centavos. Los gremios cotizarán en la forma siguiente: 6 centavos a la regional, 5 centavos a la provincial, 5 centavos a la comareal y 4 centavos a la local. Las cotizaciones se harán de acuerdo con lo estipulado para cada institución, esto es: que donde no haya federaciones locales, co-



▲▲▲
Vista interior del
Teatro Verdi en una
de las sesiones del
primer Congreso
Extraordinario. - -

federación local de diversos oficios.

“En las zonas agrícolas, se formarán consejos comarcales, que representarán a los gremios que dependen directamente de las fincas agrícolas, debiendo esos consejos comarcales mantener relaciones y depender directamente de su respectiva federación provincial”.

F. Obrera Regional Portuaria —

Se acordó que, dentro del sistema federativo aprobado, se haga una excepción con la F. O. Regional Portuaria, por las circunstancias especiales en que está colocada.

Las secciones de la Portuaria, dependerán directamente de su respectiva federación local o comareal (y por ende de la provincia) en todos los asuntos de orden adminis-

trativo o provincial, se coticie directamente a la federación regional de acuerdo con los 6 centavos acordados por la misma.

“La organización Obrera” —

Se acuerda facultar al consejo federal — por múltiples razones de orden económico — para que saque el órgano oficial de la F. O. R. A. Comunista, “La Organización Obrera”, cuando las circunstancias y los medios lo permitan, ya sea quincenal, semanal o diario.

Los rentados —

Se resuelve por una gran mayoría, que la F. O. R. A. prescindiera de empleados rentados efectivos, dejando a criterio del consejo federal la remuneración de aquellos compañeros que, en determinado momento, sean



necesarios para atender la secretaría y demás asuntos relacionados con la organización y la propaganda sindicales.

Persecución a la F. O. R. A. —

La parte en que se especifica que, "en caso de persecución al consejo federal o a sus miembros más activos, es de incumbencia de sus componentes llenar las vacantes producidas con compañeros de confianza, sin la obligación de dar cuenta inmediata a los gremios adheridos", es afirmada por considerarse una necesaria medida de emergencia.

La fusión —

"Considerando que el problema de la unificación proletaria no puede ser mirado con indiferencia por los gremios que integran la F. O. R. A. Comunista, puesto que se trata de una cuestión de vital interés para la clase obrera de este país, proponemos que sea tomada en cuenta, en lo sucesivo, todo propósito de unificación de parte de sindicatos, grupos de sindicatos autónomos u otra entidad obrera que represente a diversos gremios, siempre que dicho propósito se fundamente en principios sindicales que no desnaturalicen los medios de lucha y la finalidad social de la F. O. R. A. Comunista.

"Cuando una de las fracciones que permanecen al margen de la F. O. R. A. Comunista, presenta un proyecto fundamentado de unificación proletaria, el consejo federal deberá pasar a referendun de los gremios adheridos dichas proposiciones, las que pueden servir de base para un congreso de fusión, siempre que los gremios consultados, por mayoría, así lo resuelvan.

"No existiendo hasta ahora, por parte de los fusionistas, unas bases claras y concretas para discutir, siquiera la posibilidad de que tal congreso de fusión se realice, se debe rechazar por completo la idea, pero ajustando la interpretación del capítulo 7 de la orden del día, que dice: "¿Debe mantenerse la resolución de que la "F. O. R. A. no auspicia ningún congreso de fusión" y que data del año 1916?", a los considerandos contenidos en esta moción".

Gira y Congreso de Sud América.

Se dan al Consejo Federal, amplias facultades para que estudie la forma mejor de realizar dicho propósito, emprendiendo los trabajos necesarios en cuanto se presente una circunstancia favorable. Se acordó que la F. O. R. A. edite bonos (con un valor determinado) con el fin de cubrir los gastos que

demande la realización de dicha iniciativa.

Relaciones regionales

"Que la F. O. R. A. Comunista entable relaciones ordiales con todas las entidades gremiales del país de carácter eminentemente revolucionario, a los efectos de hacer efectiva la debida solidaridad en las luchas obreras contra el Capital y el Estado, siempre que ellas estén encuadradas dentro de las prácticas sindicales ajenas a todo tinte legal y político".

Entente proletaria —

"El primer congreso extraordinario de la F. O. R. A. Comunista, considerando que las diversas fracciones del proletariado regional, a pesar de sus principios ideológicos y finalidades sociales opuestas, en ciertas ocasiones de orden general inmediato, pueden llegar a un acuerdo que mancomune su acción en el terreno de la lucha sindical, propone al consejo federal de la F. O. R. A. del X, y por su intermedio a los gremios que la integran, la formación de una "entente" en los casos específicos que a continuación detallamos:

1º — Libertad de los presos por cuestiones sociales y obreras.

2º — Derogación de las leyes Social y de Residencia.

3º — Libertad amplia para la prensa obrera o revolucionaria.

4º — Organización de la lucha, ante cualquier atentado que afecte a las organizaciones obreras por parte del capitalismo, el Estado u otra institución conservadora.

Relaciones internacionales.

"El congreso de la F. O. R. A. resuelve que, mientras no sea efectiva una Internacional de federaciones afines, se apoye todo boicot, campaña pro-presos, huelgas internacionales, etc., que estén inspiradas en un propósito libertario y redunden en beneficio de la fracción obrera revolucionaria".

La Internacional.

"Considerando que, a los efectos de la solidaridad internacional, es necesario crear un órgano que establezca vínculos solidarios entre los trabajadores revolucionarios del mundo, se faculta al consejo federal para que emprenda los trabajos necesarios a fin de reconstruir la Internacional Sindical Revolucionaria — que sea la continuación de la primera Internacional — formada por aquellas

instituciones gremiales del exterior afines a la F. O. R. A. Comunista.

La nueva Internacional tenderá a contrarrestar la obra negadora de la llamada Internacional con asiento en Amsterdam, valorizando en el terreno de las luchas sindicales la acción revolucionaria del proletariado comunista'.

La finalidad.

Después de un largo debate, se aprobó por mayoría absoluta, la recomendación del comunismo anárquico, que figura en el pacto solidario de la F. O. R. A. por resolución tomada en el V congreso, efectuado el año 1905.

El boicot.

“El boicot debe ser reivindicado como arma de lucha colectiva, evitando el abuso que

El proletariado rural.

“En líneas generales, deben ser igualmente considerados los braceros y los arrendatarios de campos, a los efectos de la propaganda gremial e ideológica. — Pero no es posible que la F. O. R. A. propicie dos organizaciones opuestas, que persiguen propósitos diferentes. — Para que esa doble organización pudiera identificarse en un interés común, tendríamos

ativos entre chacareros y peones. — Ello implicaría la desnaturalización de los medios sindicales que emplea la F. O. R. A. y de los fines revolucionarios que persigue.

Por lo tanto, se debe apoyar a los braceros únicamente, en las luchas del momento, tendiendo a propaganda entre los chacareros a combatir sus egoísmos de aspirantes a burgueses.



Instantánea tomada en el momento de la votación que reafirmó el comunismo anárquico. ..

ha hecho de esa arma un recurso de vencidos sin pelea, o una situación cómoda para los que no han querido resignarse a la derrota sufrida.

“En consecuencia, todo boicot, antes de ser declarado por un gremio (adherido o autónomo), deben ser pasados todos los antecedentes a consideración del consejo federal de la F. O. R. A. , para que éste compulse la opinión de los gremios que integran la institución regional y determinar una acción conjunta de los mismos.

“En lo sucesivo, la solución de cualquier boicot, debe estar sujeta a las interpretaciones de la presente moción”.

Nuestra prensa —

“Todos los periódicos gremiales, a los efectos de una campaña en pro de los presos por cuestiones sociales, huelgas generales, etc., tratarán de coordinar su propaganda gremial e ideológica, formando con ese fin, en cada ciudad importante, un comité de relaciones (anexo al consejo local o comarcal) con un delegado de cada periódico.

“Este comité será de carácter circunstancial y a los efectos de uniformar la propaganda para el fin propuesto en cada caso específico”.

Por los presos por cuestiones sociales —

“Constituir un Comité Central, con sede en

Buenos Aires y sub-comités en cada capital de provincia. Se establecerá cuota obligatoria de cinco centavos por cada obrero asociado, mensualmente, y una suplementaria y voluntaria de 50 centavos. La F. O. R. A. correrá con la impresión de las estampillas, que entregará al Comité Central y éste las remitirá a los sub-comités de acuerdo con las que cada uno necesite. El comité Central Pro Presos por cuestiones sociales, publicará un balance trimestral, con el control de estampillas y movimiento de caja, a los efectos de dar amplia satisfacción a todos los obreros que a él contribuyen".

Consecuencias — El congreso de La Plata, la "entente" y la fusión — Truco y retruco — Acción del Consejo Federal

Dada la trascendencia de aquel acto sindical y la índole de algunos acuerdos, tendientes a crear situaciones especiales en el prole-

ta, en un momento de calma (que dicho acto fué algo imposible de clasificar, convirtiéndose allí la descomposición de la fantástica "institución nacional") respondiendo a sugerencias del momento, aceptaron recónditamente la "entente" propuesta por el congreso extraordinario de la F. O. R. A. Comunista y propusieron, a su vez la moción que a continuación transcribimos:

"1° — Proponer al undécimo Congreso de la F. O. R. A que destaque un delegado de su seno que — conjuntamente con delegados de la F. O. R. A. Comunista y sindicatos autónomos — tomando por base la Federación de Obreros en Construcciones Navales, Sindicatos de Estibadores del Puerto de la Capital, (unificados), Conductores de Carros y Unión Chauffeurs, constituyan un comité encargado de preparar la realización de un Congreso Nacional de Unificación.

"2° — Que este Comité obre independien-



Otra vista de conjunto: El Congreso en plena labor.

ariado regional, no podía dejar de ejercer preponderante influencia en acuerdos posteriores de los dirigentes de la llamada fracción sindicalista. La proposición de "Entente" sancionada por el congreso extraordinario de nuestra institución, a pesar de la forma despectiva con que fué recibida por los dirigentes camaleones, obligó a los sindicalistas a hacer política unificadora. Y el congreso de La Plata, más que el deseo de unir al proletariado sintetizó el propósito de retrucar con la fusión absoluta, a nuestra proposición de "entente". Mediante, pues, a fuerzas extrañas a la voluntad del Consejo de la F. O. R. A. del X, los congresales de La

Plata, en un momento de calma (que dicho acto fué algo imposible de clasificar, convirtiéndose allí la descomposición de la fantástica "institución nacional") respondiendo a sugerencias del momento, aceptaron recónditamente la "entente" propuesta por el congreso extraordinario de la F. O. R. A. Comunista y propusieron, a su vez la moción que a continuación transcribimos:

"3° — Que deba expedirse en el término de tres meses, confeccionando las bases y convocando al Congreso a todas las organizaciones sindicales indistintamente, cuya existencia sea real y hayan adoptado los métodos de luchas de clases, siendo ese Congreso quien en última instancia resolverá el problema de la unidad".

La proposición establece medios para realizar trabajos de fusión, que serían complementados en un congreso general de las tres partes en disidencia: decimarios, comunistas

y autonomistas. Se trata, pues, de algo que deben tratar los gremios, en asambleas generales, y no los consejos que los representan. Y es por estas razones que, el consejo federal, sólo lo dió aquellos pasos tendientes a formalizar su proposición de entente, limitándose, en lo que respecta a la fusión, a remitir a los gremios la moción aprobada en el congreso de La Plata, para que den su opinión, primeramente, si aceptan en principio la unificación, y, secundariamente, si creen lógico el medio propuesto, o si por el contrario proponen otro más en armonía con el espíritu sindical de la F. O. R. A. Comunista.

Este prolema escabroso de la unificación proletaria, circunscripto hasta hoy al truco

de un congreso y al retruco de otro, esgrimido como arma para hacer política gremial, debe solucionarlo el proletariado consciente, no olvidando sus puntos de mira ni transigiendo, en holocausto de una unidad fantástica, con los principios que dan valor a la lucha sindical.

¿Negarse a realizar la fusión de todas las fuerzas proletarias del país, organizadas para la lucha contra la burguesía voraz y el Estado que la ampara en sus expropiaciones?

Sería una insensatez. Hay que dar libre curso a los deseos de los trabajadores, que quieren sellar su unión para la revolución...

Los acontecimientos darán, como siempre, su lección saludable.

SALTA Y JUJUY

PSICOLOGÍA DE LA REGIÓN * * Y DE SUS HOMBRES * *

Característica de la región—

Situada en la parte oriental de los Andes, entre sus mismas ramificaciones y en pleno trópico de Capricornio, esta región argentina, desolada y triste, de las grandes tempestades y variedad de climas, invadida hace más de trescientos años por las hordas comandadas por los hermanos Pizarro, muestran ahora las huellas de esa dominación y nos obliga a envidiar aquella "soledad" salvaje que adivinamos, sin amos y sin señores, reyes todos de las freseas y altas montañas, de los caudalosos y prolongados ríos, los frondosos bosques y las variadas frutas; todo en poder de todos, climas y alimentos, dolores y placeres; unánimemente solidarios frente a la naturaleza.

La raza—

Calchaquies y Quechúas fueron los pobladores hallados por la invasión católica, en lo que hoy se denomina parte occidental de Salta y toda la provincia de Jujuy.

Laboriosos y pacíficos, aun hoy se los observa en sus pagos viviendo la tranquilidad campesina, alejados de los grandes poblados, y fuera de la constante dominación del sistema democrático; su única preocupación es el comisario que obliga y el "amo" de la tierra que ordena, instrumentos ambos de tortura que no se conocían antes de esta civilización burguesa, que ha hecho hombres máquinas inconscientes y tristes de lo que fué parte integrante de la civilización incásica, admirada pero no respetada por aquellos santos portadores de la espada y la cruz.

Es gente humilde y respetuosa que tiene para sus semejantes, siempre dispuesto su hogar, donde el viajero encuentra los elementos reconfortantes para continuar su marcha.

Se dice de su carácter hurano, y yo no lo niego, pero la continua maldad portada por los civilizados los obliga instintivamente a conservar su existencia; ellos dan una oveja y se les roban dos, ofrecen su hogar y se les maneja su honor, son sensibles y distinguen el bien del mal, por eso son desconfiados; no obstante, confiesan los mercahifles que, para ganar dinero, hay que venir tierra adentro.

Cuando se les ha demostrado la bondad, son buenos, naturalmente buenos.

Democracia y barbarie—

La confusión causada por la civilización burguesa que con sed de riqueza domina y corrompe todo, preséntanos aquí a las dos organizaciones, democrática y salvaje, frente a frente, para poder observar lo que pudiéramos llamar el anverso y reverso de la medalla; hace contraste opuesto la vida rústica y primitiva, que representa la raza indígena que tiende a extinguirse, donde la vida de cada miembro es considerada y respetada por el conjunto; con el sistema mercantilista que viene obligando a cada uno a ser enemigo mortal de su vecino.

La democracia con su civilización de curas y burgueses, que irracionalmente atropella e invade los sagrados derechos naturales de una raza, va transformando en hurano y "civilizado" un pueblo que fué útil a sí

mismo, que supo de amor y vida, que fué libre.

¡Democracia bárbara!

La mujer—

La que vive en las montañas o lejos de las poblaciones modernas, es hacendosa y fuerte, tiene la moral de su antigua raza y no gusta de compartir con blancos que no conoce. En su vida solitaria es feliz entre los suyos y no ambiciona posiciones que puedan causar trastornos en su modo de ser.

Es rudimentaria en su existencia, pero jamás reclama un esfuerzo ajeno para obtener tal o cual satisfacción, y se procura generalmente su alimento y vestido, ya sea de su propio producto o bien cambiando el excedente por algunos artículos facilitados por el comercio, sin importarle mucho que el comerciante le exija cuatro por lo que representa uno; de ahí que los comerciantes más torpes encuentren, cómodo venir aquí para llenar su bolsa.

La mujer que cerea de los poblados blancos se ve obligada a convivir con los portadores de la "cultura" es absorbida por éstos y muy pronto va a engrosar el montón de las desgraciadas, pues su rudimentaria inteligencia y su carácter débil no resisten la prueba que implica la transformación a la democracia, y como en este caso los primeros profesores son el comisario o el "niño" del amo, he ahí como a una mujer que fué buena indígena pasa a ser una desgraciada civilizada y genitora de otros muchos desgraciados.

El alcohol y los colorines, son excelentes auxiliares para los aficionados a este género de sport.

El hombre—

En sus tres largos siglos de esclavitud, el hombre fué dominado completamente por las corrientes de la dominación burguesa degenerando su débil carácter con el bárbaro trabajo y el alcohol, actualmente se los ve en los obrajes o en las serranías con la libreta de enrolamiento en un bolsillo y el frasco chato de aguardiente hecho a propósito, en el otro, sin más entusiasmo que el de poder renovar continuamente la botella.

En su mirada apagada y triste parece adivinarse en forma muy remota una honda pena, y si oportunamente escudriñamos esos reservados pensamientos, parecen llorarnos la pérdida de su gran patria, y la promesa de su ayuda cuando se trate de reconquistar la verdadera patria de los trabajadores, ¡la tierra!

Estos indígenas no son argentinos; estos hombres de ayer, que lloran la pérdida de su patria, dentro de ella misma, esperan tam-

bién el grito de ¡Tierra y Libertad! lanzado por los "sin patria" de todos los países.

La burguesía—

Esta usa también aquí los mismos medios que emplea la del Alto Paraná, el Paraguay o simplemente la de Formosa y Santa Fe.

Cien o mil hombres en el monte; comisaría y prostíbulo, todos trabajan para el mismo amo: el burgués. La bandera argentina y los "winchesters" que ostenta la comisaría, son una garantía para aquellos extranjeros que han sabido asociarse al gobierno en la distribución de las ganancias.

Los ingenios, las plantaciones de caña, los desmontes o la agricultura, son los lugares de martirio donde el hombre de trabajo deja poco a poco su existencia, cargado un día y otro de miseria y paludismo; es donde la anemia y la miseria moral y física acaba prematuramente la existencia de nativos o extranjeros que se resignan a perpetuar este sistema criminal.

Este burgués, si es nativo, se amolda rápidamente a su situación privilegiada, sin importársele un pito el porvenir de su familia o de su patria; a él le interesa poco la cultura; la música, la pintura, o la literatura han de ser de pura cepa regional; que no le hablen de "extranjis"; buen ensillao y su rebenque, "chilena", chicha o cerveza, son los excitantes que alteran su marcada y habitual monotonía, instintivamente consiguen y acrecientan sus riquezas sin que la inteligencia tenga que cooperar a ello, pues la tierra es pródiga, y tiene a su favor la mansedumbre de la peonada que, también indiferente, trabaja... y trabaja.

El extranjero manifiesta una codicia extraordinaria, por su progreso material y pone en juego para ello toda la astucia y la maldad humana que pueden tolerar la democracia y las libérrimas libertades de esta libérrima república del caudillismo y de los "trusts".

El obrero—

Hay varias clases de obreros: el paria o esclavo, residuo de la caída monarquía y el asalariado propiamente dicho; estos dos forman el conjunto más numeroso, y respondería fácilmente a un movimiento de carácter proletario, el primero porque aún no está corrompido por esa incultura ciudadana que da patente ridícula de sabelotodo no sabiendo nada, y los proletarios porque en su mayoría están impregnados de esa moderna concepción de la Sociedad de Productores, adquirida en las frecuentes lecturas y en el continuo ambular por fábricas y regiones.

Pocos años hace, el vicio hacía estragos, particularmente por el alcohol, los juegos y las chinas; pero ya hoy existe una corriente

transformadora eficaz, debido a la constante propagación de las doctrinas revolucionarias que, por ahora, gozan de la franca simpatía de la masa del pueblo.

Organizaciones obreras no existen, debido a extrañas circunstancias, y las de algunos gremios que figuran organizados son por sí solos poco numerosos y poco resistentes. Seguramente las grandes distancias que separan una de otra zona, y también el continuo traslado de los compañeros activos militantes, que como aves de paso suelen llegar aquí de tarde en tarde, es la causa de esta indiferencia por la organización de sindicatos; no obstante tengo pruebas, yo que conozco bien toda la región de ambas provincias, de que tanto la raza indígena como el asalariado moderno que pueblan la región son comunistas, además de que todo el pueblo de la clase media y pobre, por lo menos, el elemento activo, son franeos simpatizantes con la salvadora revolución, según lo ha manifestado en todos los actos que en nombre del comunismo y la anarquía se han organizado.

Conclusión—

Dada la acantidad de productores que encierran estas dos provincias y sus características, el proletariado argentino precisa

una efectiva unión con ellas, aunque sólo sea espiritual, pues en un caso dado podría ser de gran mérito su apoyo.

En Salta y Jujuy, hay no menos de cuarenta mil ciudadanos que están marcadamente desconf del trabajo y que, por lo tanto, son nuestros amigos; ambas provincias están circundadas de ferrocarril; Tucumán a La Quiaca, 600 kilómetros, única vía de comunicación con Tucumán y el resto de la república, y Talapampa a Embarcación, 450 kilómetros, con variedad de parajes, más o menos poblados e interesantes; productos variados, frutas, haciendas en grandes cantidades y cinco Ingenios Azucareros de gran producción, además de aserraderos, plantaciones de tabaco, etc., ríos caudalosos y, en general, todos los elementos de vida y de defensa que pueda apetecer una población obrera en la actualidad.

Aquí, también, las clases sociales permanecen determinadas, y está entre ellas iniciada la lucha de vida o muerte, aquella cuyos miembros sean más astutos y más fuertes dominará.

Para mí, la elección no es dudosa.

I. M. Fresco.

Salta, 1921.

Nuestras relaciones internacionales

Solidaridad a través de las fronteras :: Nuestra actitud frente al boicot a España

Delegación de la F. O. R. A. Comunista en Inglaterra, Alemania y Rusia

El Congreso de Moscú.

Seríanos imposible reseñar en el reducido espacio de que disponemos, toda la labor desarrollada durante estos últimos tiempos, por el secretariado para el exterior. Para dar siquiera una somera información de las notas cambiadas entre esta central y los organismos obreros, con los cuales se mantiene relaciones, habría que destinar todas las páginas de que consta este suplemento y habríamos de quedarnos todavía cortos.

Haremos, pues, una sintética reseña de aquello que más interesa a los obreros organizados en la F. O. R. A. Comunista

SUD AMERICA

Constantemente se cambiaron notas con la F. O. R. Uruguaya, F. O. Local

de Salto (Uruguay), Centro Obrero Regional (Asunción), Centro Obrero (Concepción), Centro Obrero Coronel Bogado, ambos del Paraguay; Federación Obrera Regional Peruana (Lima), Comisión Ejecutiva del Tercer Congreso (Río Barsil; con los Ferroviarios de Bolivia; con la sección de la I. W. W. de Chile; con la Federación dos Trabalhadores Marítimos (Río Brasil; con las sociedades de Panaderos y demás gremios de la Habana (Cuba), amén de un canje periódico con todos los órganos gremiales de Uruguay, Chile, Perú, Bolivia, Paraguay, México, Brasil, Cuba, etc.

En algunas ocasiones, tuvo el C. Federal de la F. O. R. A. (C.) que recabar el apoyo solidario de algunas de esas entidades. Tal el pedido solidario

que recabara de las organizaciones de Río de Janeiro con referencia al boicot a los productos de la empresa "Paulista" y que con tanta buena voluntad fuera acogido por los trabajadores organizados del Brasil.

La F. O. R. A. (C.), en Agosto, y de acuerdo con la Comisión del 3.er Congreso, remitía un energético telegrama al Ministro de Justicia (en Río) protestando por la detención del obrero José Romero, uno de los militantes que más se destacara, lo que le valiera la instrucción de un proceso cobardemente dispuesto por las autoridades de aquel país.

Con la seccional de los I. W. W. de Chile y a raíz de la actuación vandálica de las autoridades de aquella república, que clausuraran los locales obreros y universitarios, saqueando la oficina de dicha seccional, así como las de "Juventud" — la revista de los estudiantes organizados en la Federación Universitaria de Chile — se cambiaron notas y dispusieron acciones.

Con la F. O. R. Uruguaya, en la huelga general decretada en Noviembre en pro de la libertad de los compañeros Gonzalez y Rojas, se estableció un cambio de notas tendientes a establecer un acuerdo, previendo posibles complicaciones.

En todos estos casos y en muchos otros relacionados con la acción a desarrollar en conjunto para iniciar la proyectada gira sudamericana, el secretario de la F. O. R. A. (C.) estuvo en constante relación con todos los organismos de Su América.

EUROPA

En Europa, la F. O. R. A. Comunista mantiene relaciones con la Confederación General del Trabajo, de España, la Unione Sindicale Italiana, la Confederación Portuguesa y algunos otros organismos obreros desvinculados de las grandes corporaciones obreras partidarias del colaboracionismo, el arbitraje y la política.

A pedido de la Confederación Nacional del Trabajo, de España, este consejo federal ha resuelto emprender los trabajos tendientes a hacer efectivo el boicot a los productos de España importados por comerciantes de este país. Al efecto, se ha interesado a los gremios portuarios, que son los que con

más eficacia pueden apoyar a los trabajadores españoles, y la Federación Provincial Santafecina y la F. O. Local Rosarina, han dado comienzo a una campaña de agitación y protesta contra el reaccionario gobierno de España. También se ha hecho conocer al embajador de España en la Argentina, que la F. O. R. A. Comunista tomaría las medidas del caso, a fin de que el boicot a los productos españoles sea una realidad, como acto de protesta por los sucesos que allí, desde hace años, se vienen desarrollando.

El delegado de la F. O. R. A. Comunista, en gira por Europa, habló, en actos públicos y en asambleas obreras, en ciudades de Inglaterra, representando también, en Berlín, en el congreso de sindicales revolucionarias, a esta regional, con una representación efectiva de 200.000 obreros organizados.

El mismo Tom Baker, delegado de la F. O. R. A. Comunista, pasó de Alemania a Rusia, y tiene la misión de representar a esta central en el congreso de sindicales rojas que se efectuará en Moscú en los primeros días de Mayo.

Suscintamente hemos hablado de las relaciones internacionales de la F. O. R. A. Comunista, con instituciones representativas del proletariado revolucionario de América y Europa. A continuación hacemos capítulo aparte para hablar del hecho más significativo y trascendental: la realización del congreso de Moscú.

EL CONGRESO DE SINDICALES HOY SE INICIARAN LAS SESIONES DEL CONGRESO INTERNACIONAL DE SINDICALES EN MOSCÚ.

Hoy, conforme se ha venido informando, se iniciará en Moscú el Congreso de representantes de todas las centrales del mundo.

A pesar de los obstáculos interpuestos por todos los gobiernos para restar delegaciones a la más grande e importante de las asambleas internacionales realizadas hasta hoy, las representaciones que acuden son, como habíase previsto, numerosísimas.

Los asuntos que deberán tratarse en esta magna asamblea, por su importancia y trascendencia, han logrado atraer la atención de todo el mundo

proletario. Es indudable que el choque de conceptos e ideales, habrá de producirse y las modalidades especiales de cada país han de influir enormemente a que la homogeneidad no sea un hecho, real y positivo.

Lo decimos con toda franqueza; no creemos que de este congreso surja una Sindical Internacional que conjuncione a todas las organizaciones obreras del mundo, pues hay intereses partidistas, y muy respetables opiniones que han de chocar y tornarse en obstáculos insalvables.

No somos pesimistas, al contrario, pero conocemos las organizaciones que están representadas en ese Congreso y sabemos las conclusiones y mandatos de algunos de sus delegados.

Las organizaciones obreras de Inglaterra, especialmente, apoyadas por algunas otras y, particularmente, por las de Rusia misma, han de interesarse en demostrar la necesidad de la colaboración parlamentaria en el seno de las organizaciones gremiales; las peculiaridades de aquellos proletariados, son demasiados conocidas para que caigamos en el error de hacer apreciaciones apriorísticas. Frente a ellos, han de encontrarse con el formidable bloque de los representantes de las sindicales que, no hace mucho, estudiaron su situación y normas a seguir en los debates de este congreso Internacional, en las sesiones preparatorias realizadas en Berlín y cuyas conclusiones son eminentemente antiparlamentarias.

La Federación Obrera Regional Argentina, representada por su delegado, camarada Tom Baker, sostendrá allí los acuerdos que más abajo insertamos, ya conocidos por todos los federados.

La Federación Obrera Regional Uruguaya, por su parte, cuya representación lleva también el camarada Tom Baker, le ha remitido sus bases, que se identifican en un todo con las de la F. O. R. A. Comunista.

He aquí el texto de la carta enviada al delegado de F. O. R. A. (C.), en Febrero último:

Camarada Tom Baker.

Delegado en Europa.

Estimado compañero:

Acusamos recibo de su carta y de la crónica sobre el Congreso Internacional de Sindi-

catos revolucionarios celebrado en Berlín el mes de Diciembre del pasado año.

Esta secretaría informó al Consejo Federal de lo que en el a se trataba. El Consejo considera sus pedidos económicos y resuelve enviar giros a su dirección particular y la cotización pedida a la oficina provisional de sindicatos revolucionarios con asiento en Amsterdam.

Va la credencial nombrándolo delegado directo ante la convención convocada por la Internacional Sindical Roja.

El Consejo Federal accede a la invitación especial formulada por el congreso de Berlín y habiendo usted cumplido fielmente las instrucciones del mismo durante la gira por Europa, no pone reparos en acreditarlo nuevamente como delegado directo en Moscú.

Considerando las instrucciones que a usted le deben ser impartidas, el Consejo Federal resuelve:

1.º Que Tom Baker, delegado de la F. O. R. A. Comunista en Moscú, no puede adherir definitivamente el organismo que representa a la Internacional Sindical Roja.

2.º Que el delegado nombrado debe defender insistentemente la autonomía de la Internacional Sindical Roja, no permitiendo de manera alguna que quede subordinada al soviét o a la III Internacional Comunista.

3.º Que la citada Internacional Sindical Roja tiene que ser constituida sobre bases comunistas, libertarias y revolucionarias; ser eminentemente antipolítica y antiestatal.

4.º Que el delegado debe ser fiel en un todo a lo resuelto en nuestro V congreso y reafirmado en el primer extraordinario de 1920; la recomendación del Comunismo Anárquico.

5.º Que debe hacer notar que esta central repudia a la Federación Sindical de Amsterdam por haber violado los más dignos principios de la guerra de clases.

6.º Que si la Internacional Sindical Roja no queda subordinada al soviét y aprueba los idénticos principios que nuestra carta orgánica establece, el delegado debe insistir para que el "bureau" Internacional tenga asiento en otro país que no sea Rusia para evitar subordinaciones indirectas.

Todo lo que no pase de detalles, lo dejamos al sano criterio del camarada delegado.

Esperando que el compañero delegado cumpla fiel e inteligentemente las instrucciones especificadas, lo saludo fraternalmente, por el Consejo Federal, Vuestro y de a Revolución Proletaria,

Sebastián Ferrer.

Secretario para el exterior

Esperemos, pues, los acontecimientos para formular de ellos el juicio que nos merezcan.

A última hora se nos informa que la Confederación Nacional del Trabajo y

la Unione Sindicale Italiana, cuyos delegados eran los conocidos militantes Angel Pestaña y Armando Borgui, hoy encarcelados, quizás no estén representadas en el Congreso, lo que sería de lamentar.

El sindicalismo europeo a la deriva

Jamás, en toda la historia del movimiento obrero revolucionario, se ha observado tan loca abdicación de principios, de métodos y de doctrinas como en nuestros días.

Tres organizaciones obreras revolucionarias, a las cuales hemos acompañado con nuestras simpatías, en mérito a los principios libertarios que las animaban y a las cuales se hallan adheridos muchos anarquistas, se han suicidado, haciendo de sus principios sindicalistas un lastre inútil y dañoso, con una inconsciencia desconcertante.

Veamos:

La Unión Sindical Italiana, la Confederación Nacional del Trabajo de España y los sindicalistas minoritarios franceses, inclusive el periódico "Vie Ouvriere", los cuales se complacían en expresar su conformidad con los principios, la doctrina y los métodos del sindicalismo de Pelloutier y del anarquismo de Bakounine, o sea por medio de la acción directa, la descentralización, el federalismo, autonomía, la expropiación directa, marchar hacia la reconstrucción de la sociedad comunista, utilizando los sindicatos como células embrionarias, se han adherido a la Tercera Internacional, que ha hecho suyo aquel programa "oficial y obligatorio" electoralista, parlamentario, autoritario, estatal, dietatorial de Carlos Marx, condensado en las 21 cláusulas, contra las cuales se levantó enérgico y valiente Miguel Bakounine, secundado por los anarquistas de los países latinos, planteando la secesión de la gloriosa Internacional. ¡Es verdaderamente un fenómeno de inconsciencia desconcertante!

En la Internacional, el mismo creador de su programa "económico-revolucionario" — C. Marx — declaraba:

1.º La subordinación del trabajo al capital es la fuente de toda esclavitud política.

2.º Que la emancipación de los trabajadores es la gran obra a la cual debe subordinarse todo movimiento político.

Y que la Internacional "debía abrir las puertas a los socialistas de todos los colores, a todas las convenciones socialistas — escri-

be Marx en "Divetendus soissions dans la 1.ª Internationale."

Pero hacia el 1869, en Eisenack, bajo los auspicios de C. Marx, Bebel y G. Liebknecht, se creaba la "Sozial Demokratie", que invirtiendo el programa de la Internacional, proclamaba que, "la conquista del poder político, es la condición preliminar de la emancipación del proletariado", tal como afirma hoy el neo Partido Comunista. Entonces fué cuando Marx y Engel, reuniendo casi secretamente el consejo general, en septiembre de 1871, en Londres, mediante un golpe de mano, introdujeron el programa de la "Sozial Demokratie" — el principio de Estado — en la Internacional y, el año siguiente, 1872, en La Haya, dejaba en la puerta a Bakounine, a Guillaume y a todos los anarquistas, porque estos no aceptaban la conquista del poder político para instaurar la Dictadura y fundar el capitalismo de Estado. Y fué entonces que las Federaciones italiana, española, inglesa, francesa y norteamericana, reunidas el 16 de septiembre de 1872 en Saint Imier, votaron las deliberaciones siguientes sobre la índole de la acción política del proletariado.

Considerando:

Que pretender imponer al proletariado una línea de conducta o un programa político uniforme como el medio único que puede conducirle a su emancipación social, es una pretensión tan absurda como reaccionaria;

Que nadie tiene el derecho de privar a las Federaciones y a las secciones autónomas de la facultad de determinarse ellas mismas a seguir la línea de conducta política que consideren mejor, y una tentativa semejante conduciría fatalmente al más intolerante dogmatismo;

Considerando que las aspiraciones del proletariado no pueden tener otro objetivo que la instauración de un organismo y de una federación económica absolutamente libre, fundada sobre el trabajo y sobre la igualdad de todos y absolutamente independientes de todo gobierno político y que ésta organización y esta federación no pueden ser más que el

resultado de la acción del mismo proletariado, de los gremios y de las comunas autónomas;

Considerando que cada organización política no puede ser otra cosa que la organización de la dominación, en provecho de una clase y en detrimento de las masas, y "que el proletariado si quisiera apoderarse del poder, se convertiría a su vez en clase dominante y usufructuaria;

Considerando todo esto el congreso reunido en Saint Imier declara:

1.º Que la destrucción del poder político es el primer deber del proletariado.

2.º Que toda organización de un poder político, aún titulándose provisoria y revolucionario, para llegar a esa destrucción no puede ser más que un nuevo engaño y sería tanto o más peligrosa para el proletariado que todos los gobiernos existentes hoy.

3.º Que prescindiendo de todo compromiso para llegar a la realización de la revolución social, los obreros de cualquier país deben establecer, más allá de toda política burguesa, su solidaridad en la acción revolucionaria".

Esta resolución, a pesar de haber sido adoptada hace cincuenta años en Saint Imier, expresa con claridad, precisión y de un modo sintético, los principios y métodos del anarquismo y también—si señores—del sindicalismo de Bakounine y Pelloutier, o sea, la aplicación de los métodos anarquistas al movimiento obrero universal.

Ningún congreso ha sabido enunciar de un modo más claro y elocuente que el Saint Imier, nuestros principios, nuestros métodos y nuestras doctrinas.

Todo anarquista, todo sindicalista, debiera saberla de memoria.

Leed bien sindicalistas dictatoriales:

"...Que las aspiraciones del proletariado no pueden tener otro fin que la instauración de una organización y de una federación "económica" absolutamente libre, independiente de todo gobierno político.... que este no debe ser otro que el resultado espontáneo de la masa".

"...Que cualquier organización **POLITICA** se halla fatalmente destinada a ser la organización del dominio en provecho de una clase.... y que el proletariado, si quisiera apoderarse del poder político, se convertiría en clase dominante y privilegiada.

En consecuencia, que la destrucción de cualquier poder político es el primer deber del proletariado.

"Que toda organización de un poder poli-

tico provisoria y revolucionario sería un nuevo engaño".

Tales fueron las decisiones de los primeros internacionalistas en rebelión contra C. Marx y los comunistas autoritarios que introdujeron en la 1.ª Internacional la dictadura y preconizaron la conquista del poder político para instaurar la Dictadura.

Es en cierto modo cómico discutir sobre la Dictadura, entre los anarquistas, y es igualmente risueño ver a los llamados sindicalistas pugnando por la Dictadura del Partido Comunista de Estado sobre el proletariado. Y es también desconcertante contemplar tres grandes organizaciones obreras adherirse a la Tercera Internacional que tiene por piedra angular la Dictadura Universal.

Aquellos del "Ordine Novo" afirman que la Tercera Internacional es el Estado Mayor de la Revolución Mundial, el "embrión del Estado Obrero Mundial", el ideal de los papas y de los emperadores.

Esta desviación, esta degeneración del sindicalismo, no es de hoy. Nosotros nos habíamos dado cuenta hace algunos años a través de ciertas propuestas de "centralización" y "unificadoras" de las cuales aquéllos eran iniciadores, y dimos la voz de alarma.

Quien lucha por la Dictadura, que conforme lo demuestra C. Pisacene no puede ser más que Militar, o no es tal Dictadura, no es anarquista ni sindicalista.

Primer deber del proletariado es la destrucción del poder político.

La reconstrucción de la sociedad comunista es obra directa de los productores por medio de "los cuerpos de oficio y las comunas autónomas federadas" — como decía Bakounine — sin y contra el Estado.

La vida económica y social, es de competencia del régimen de los consejos de fábricas, de los sindicatos y de las comunas, sin gobierno central y sin Dictadura Militar.

Lenin y sus compañeros dicen que la "suprema dirección de la vida económica y social" debe corresponder al C. E. del Partido Comunista, transformado en gobierno centralizado y gobernante por medio de una Dictadura Militar, ejercida en nombre y por cuenta del Proletariado.

* * *

El sindicalismo de Bakounine, de los primeros internacionalistas, Pelloutier y de Pouget, trataba de organizar a los explotados y a los oprimidos en organismos para combatir en el terreno económico al Capital y al Estado, directamente, revolucionariamente.

Con ese procedimiento se trataba (moción de Amiens en 1896) de hacer efectiva la emancipación total del proletariado por medio de la supresión del asalariado y del patronaje.

“El ideal proclamado y perseguido — escribe Pouget — es la desaparición del asalariado y del patrono. Esta desaparición solamente puede ser total, si total es la eliminación de las fuerzas opresoras supeditadas al Estado y de las fuerzas de explotación que dependen del capital. Sobre las ruinas del mundo burgués, pues, será posible la iniciación de una federación económica, en el seno de la cual el ser humano tendrá toda clase de libertad para su desarrollo y su satisfacción, y de la de los sindicatos — grupos de producción y de distribución, etc. — serán las células complementarias...” Y el citado autor combate toda clase de solución estable en la que los productores se convirtieran en “asalariados del Estado”.

Y Pelloutier, con más precisión excitaba a “perseguir metódica y obstinadamente la obra educativa, moral y técnica, necesaria para hacer posible una sociedad de libres y de iguales”, para probar experimentalmente a las masas obreras, en sus propias instituciones, que el “auto gobierno” es posible y para armarlo e instruirlo en la necesidad de la Revolución”.

Y con franqueza decía: “Proscritos de los partidos, por no ser menos revolucionarios que Vaillante y Guesde y como resueltos partidarios de la supresión de la propiedad privada, nosotros somos lo que estos no son: revoltosos de todas las horas, hombres que negamos los conceptos de Dios, Patria y la autoridad de los capitalistas; enemigos irreconciliables de todo despotismo, moral o material, individual y colectivo, esto es, de las Leyes y de la Dictadura, comprendida aquélla del Proletariado...”

Los sindicalistas que han entrado en la Tercera Internacional, para ser coherentes y para evitar equívocos y confusionismos debieran ingresar en el Partido Comunista de Estado.

La Tercera Internacional aspira a ser, y ya lo es — dicen los profesores de “Ordine Nuovo”, periódico comunista italiano, dictadores in pectore — el Estado Mayor de la Revolución Universal, el embrión del gobierno Obrero Mundial.

LA DICTADURA UNIVERSAL

Almas de Bonifacio VIII, de Napoleón I, oid:

Vuestro monstruoso sueño está por realizarse si fuesen eliminados todos los anar-

quistas y la Anarquía. Pero la Anarquía es inmortal como las fuentes de la vida misma.

Mientras tanto, sobre las ruinas de todos los Estados — burgueses • pseudo-comunistas — se realizará la unidad económica mundial sobre bases libertarias: la Anarquía. Esta es la tendencia fatal de la sociedad humana y a la cual, a través de horrores y errores, se debe llegar un día... Poco importa en ese caso que el sindicalismo europeo vaya a la deriva. (1)

Renato SOUVARINE.

(1) El trabajo que hemos traducido se publicó hace algunas semanas en “L’Avenir Anarchico”, periódico que desde hace más de once años aparece en Pisa, y que es, por todo concepto, uno de los que con más eficacia ha bregado por la difusión de las ideas anarquistas. Desprovisto de todo personalismo, el artículo del compañero Renato Souvarine, constituye un ataque a los que, titulándose sindicalistas, y sobre todo anarquistas, aceptan el régimen socialista autoritario, implantado en Rusia después del derrocamiento de Kerensky, quien reemplazó al ex zar Nicolás.

La defensa de la revolución, como de cualquier otra tentativa para libertar al pueblo, de ningún modo impone a los anarquistas el deber de abdicar de sus ideas y menos por las perspectivas de ejercer el poder público como intentan algunos después de haber abominado de toda forma de gobierno. Menos se explicaría que la energía de los sindicalistas sinceros y de los anarquistas, tuviese por finalidad la conquista del poder para implantar el capitalismo de Estado, en reemplazo del sistema capitalista. Podría esa conquista significar, en el orden moral, un retroceso hacia la esclavitud de las masas que quedarían supeditadas totalmente a un solo patrono: el Estado, con su legión de mandatarios y de burócratas, que tomarían a su cargo la tarea de perfeccionar la ingerencia del gobierno, en todos los actos, al extremo de convertir a los hombres, en entes clasificados en los ejércitos del trabajo.

Si el pueblo no se halla preparado

para aceptar nuestros principios, sería ilusorio pretender que modificará su mentalidad a tiros, por medio de encarcelamientos, con el aumento de las prisiones, y con el funcionamiento de comisiones extraordinarias de fanáticos que dictan sentencias de muerte, con una frescura que apenas es concebible. Para nosotros la violencia no es, ni puede ser, un sistema de vida social: nos explicamos la aplicación de la fuerza como recurso supremo y como medio para que sea efectiva nuestra libertad de propaganda, el derecho a exponer nuestro pensamiento, que por encima de todas las clases debe mantenerse como base esencial de progreso y de perfeccionamiento. Los compañeros que titulándose consecuentes con el anarquismo, sueñan con sentarse en las oficinas gubernamentales para dictar decretos, que deliran por pasar revista a los ejércitos "rojos" y, en una palabra, que se preparan para el mando, se hallan en plena contradicción y mentalmente han dejado de ser lo que antes eran, para aceptar como orientación las ideas de Marx y de todos los que aspiran a la perpetuación del dominio político que, para nosotros es inaceptable, sea ejercido por abaga-

dos, militares o por un grupo de marxistas ferroviarios, o por componentes de cualquier otro gremio.

Más que nuestro comentario, creemos que la lectura del artículo de Souvarine, invitará a nuestros compañeros a la reflexión y a mantener en su integridad el principio de "no gobierno", "no Estado", que nos separa diametralmente de todos los partidos políticos, sean revolucionarios o pacíficos, legalitarios o ilegalitarios y compuestos por elementos de una u otra de las clases transitorias que, por mentalidad y sentido moral, se confunden en una sola.

En lo que se refiere a la adhesión de algunas organizaciones europeas, cabe suponer que ella fué obra del entusiasmo del primer momento. Las declaraciones formuladas por el sindicalista Pestaña, representante de la Confederación del Trabajo de España, y de Vilkens, sindicalista anarquista francés, que estuvieron en Rusia, nos permiten esperar un cambio de conducta, que de ningún modo implicaría facilitar al capitalismo europeo la obra de acudir, con sus ejércitos, al aplastamiento de la Rusia socialista.

M. F.

Los presos por cuestiones sociales

Leyes de excepción y jueces parciales :: La policía y el terrorismo

Las cárceles argentinas albergan a infinidad de trabajadores, acusados de imaginarios delitos, víctimas del odio burgués y de la fobia de jueces venales y prevaricadores. Y hay una ley, dictada bajo una sensación de terror, parida por la ofuscada mentalidad de un eximial cobarde, que sanciona las más grandes monstruosidades jurídicas y entrega en manos de irresponsables polizontes a dignos y honrados trabajadores.

Relatar aquí, uno a uno, los escandalosos procesos fraguados al amparo de la llamada ley social, sería interminable tarea. Año tras año, desde que se sancionó esa monstruosidad jurídica — presente que Figueroa Aleor-

ta hizo a su patria como recordación del centenario de la independencia — las cárceles han ido engullendo carne proletaria, que la justicia mandó allí por no ser vil carnaza de cansinos buyes, o encallecidas y agobiadas bestias de trabajo. Doga¹ puesto al cuello de los rebeldes, mordaza que ahogó muchas voces de protesta. la ley social fué el supremo recurso que creó la miopía de un parlamento de momias para oponerse al avance triunfal de las ideas renovadoras.

Es imposible que recordemos aquí todas las víctimas del vesanismo burgués. ¡Fueron tantas! Bástenos con mencionar el escandaloso proceso fraguado a raíz de la llamada "in-

Chicago es un símbolo sangriento. Los cuerpos suspendidos de las horcas, trágicos badajos humanos que repican, en invisibles campanas, una lenta y agonizante oración. Pasa un cortejo fúnebre por la ancha senda que va a la Nada; se oyen cantos litúrgicos y blasfémicas canciones; en un ataúd, en hombros de canos viejos, van los despojos de alguien que se creyó, en su soberbia, más poderoso que el mismo Dios... Caronte prepara su barca, y Luzbel afila las puntas de su tridente. ¿Quién es el huésped que con tanta gala se aprestan a recibir en el Averno? ¿Un emperador, quizás? No. Es la típica representación de la humanidad de hoy, el símbolo de la civilización actual: ¡El burgués!

tentona revolucionaria” de marzo de 1920, enmarañado complot policial que envolvió en sus redes a varios obreros, algunos de los cuales aún siguen a disposición de la justicia... La ley baldón constituyó el principal fundamento de la acusación policial y salvó del ridículo a los personajes que actuaron en la organización del complot que había de justificar la ineptitud de unos y la estupidez de otros.

Después de la semana trágica (enero de 1919) la policía radical empezó a usar los procedimientos que tanto desprestigio llevaron a la institución bajo el gobierno de los oligarquías... Confidentes, introducidos en las filas obreras, dieron comienzo a una verdadera campaña terrorista, a la vez que otros agentes del gobierno, en las tibias organizaciones sindicalistas, hacían obrerismo y asumían de hecho la dirección del movimiento gremial en huelgas calificadamente políticas y tendenciosas.

Los presos por cuestiones sociales — que son los presos del anarquismo — aumentaron considerablemente bajo la égida del radicalismo motinero y regenerador... Se ha or-

ganizado la represión jurídica, con argumentos de la nefasta oligarquía, y también las represiones sangrientas han recrudecido bajo el dominio de las policías radicales, bravas e ineultas como en los tiempos del régimen. ¿No nació, en estos años de “renovación” y “probidad”, la liga de los asesinos y el club de los negreros y traficantes? Y esas dos instituciones subversivas, que forman brigadas armadas y organizan facciones con el pretexto de salvar a la patria, si que están al margen de la ley y pisotean la misma soberanía del gobierno.

Hemos señalado, en más de una ocasión, casos de prevaricato cometidos por jueces declaradamente parciales con los que oficiaban de acusadores. En el reciente proceso por el atentado de la calle Estados Unidos, el juez doctor Manuel G. Romero, que entiende en la causa, ha hecho públicas declaraciones que lo inhiben para actuar dignamente en un asunto en que están en juego los prestigios de una institución y la morbosidad criminal de muchos privilegiados. Ese odio a los hombres de ideas, esa parcialidad absoluta en jueces que siguen a remolque de sus pasiones y

de sus egoísmos y se erigen en vengadores de una sociedad ferozmente materialista; esa premeditación a evosa con que proceden los aterrorizados defensores del capitalismo, es el factor poderoso que obra sobre las mismas normas jurídicas y permite establecer responsabilidades sin pruebas concluyentes.

Por inspiración de la policía se sustancian los procesos por cuestiones sociales, y el sumario policial, en hechos terroristas, en tentativas subversivas o atentados individuales, da al juez la medida de toda su actuación en el proceso. Así sucedió con los procesados de marzo y así sucederá con los que hoy se procesa como autores del atentado de la calle Estados Unidos.

Por supuestas subversiones y por delitos de huelga, por atentados individuales y por diversos actos de propaganda, hay infinidad de trabajadores en las cárceles de la República. Y lo más doloroso es que el proletariado, fuera de su concurso monetario para la defensa jurídica, nada hace por sus víctimas: ni un acto que exteriorice su protesta contra tanta inmoralidad, ni un gesto que indique a los ensobrecidos verdugos la proximidad de una tormenta.

¿Para cuándo la protesta? ¡Ah, todavía no muerden bastante los canes rabiosos del capitalismo!

- DEFINICIONES SOCIOLÓGICAS -

Aun que se trata de páginas viejas, las ideas que se difunden son nuevas, de este siglo glorioso de la revolución... Son ideas que aun no se han materializado, concebidas por los precursores del socialismo libertario, ideas anárquicas, que impulsan a los pueblos en su eterno bregar contra la tiranía imperante.

Los precursores, que hablan en estas páginas, parecen llamados a definir, después de 50 años de doctrinarismo, el litigio de principios y concepciones que originó el colapso ruso, con sus trágicos estremecimientos...

Están en la lid, una vez más, las concepciones opuestas de socialistas autoritarios y comunistas libertarios, el centralismo de Marx y el federalismo de Bakounine?

Nosotros, por nuestra parte, damos la palabra a los precursores:

ANARQUÍA y COMUNISMO

En el Congreso celebrado en París por la Región del Centro, un orador que se distinguió por su mala voluntad contra los anarquistas, decía: **Comunismo y Anarquía no se armonizan.**

Otro orador que atacaba también a los anarquistas, aunque menos violentamente, hablando de la libertad económica, exclamaba: **¿Cómo podrá verse violada la libertad existiendo la igualdad?**

Cierto que ambos se engañaban.

Es perfectamente posible vivir en igual-

dad económica sin gozar la más mínima libertad. Pruébanlo hasta la evidencia ciertas comunidades religiosas donde se practica la más completa igualdad porque el jefe viste con igual traje y come en la misma mesa de los otros: apenas se distingue por su facultad de mando. ¿Y los partidarios del Estado popular? Si no se lo impidiesen multitud de obstáculos acabarían indudablemente por tener en práctica la igualdad perfecta, pero realizarían al mismo tiempo el más absoluto despotismo; pues no sería menos menguado el despotismo del Estado actual, y el más despotismo económico de todos los capitales que pasarían por las manos del Estado todo multiplicado por la centralización necesaria a este nuevo Estado. Por este mismo que nosotros, los anarquistas, amantes de la libertad, nos proponemos combatirlo a todo trance.

Así contrariamente a lo que por tantas veces se ha dicho, puede dejar de manifestarse la libertad aún cuando exista la igualdad; al paso que ningún peligro corre la igualdad donde se halla establecida la verdadera libertad, esto es, la anarquía.

En fin, **Anarquía y Comunismo** lejos de no poder marchar de acuerdo, no pueden separarse, siendo así que esos dos términos (sinónimos de libertad y de igualdad) son los dos términos necesarios e indivisibles de la Revolución.

Nuestro ideal revolucionario es como se ve muy sencillo: consiste, como el de todos nuestros predecesores, en estos dos términos: libertad y igualdad. Únicamente aparece una pequeña diferencia. Previendo lo que los reaccionarios de todos los tiempos han realizado reduciendo siempre a una mentira la liber-

tad y la igualdad, juzgamos prudente poner al lado de estos dos términos la expresión de su exacto valor. Tantas veces falsificaron estas dos monedas preciosas, que queremos esta vez, conocer y medir su valor exactamente.

Colocamos, pues, al lado de estos dos términos—libertad e igualdad—dos equivalentes, cuyo significado no puede dar lugar a equívocos y decimos: Queremos la “libertad”; esto es, la “anarquía” y la “igualdad”, esto es, el “comunismo”.

Anarquía, hoy es el ataque, es la guerra contra toda autoridad, todo poder, todo Estado. En la sociedad futura la anarquía será la defensa o impedimento a la restauración de toda autoridad, de todo poder, de todo Estado. Libertad plena y completa de todo individuo, que libremente impulsado ya sea por sus necesidades, por sus gustos, por sus simpatías se reúne con otros individuos en grupo o asociación; desenvolvimiento libre de la asociación que se federa con otras de la localidad; desenvolvimiento libre de éstas que se federan en la región; y así sucesivamente, las regiones con las naciones y las naciones con la humanidad.

El Comunismo, cuestión que hoy nos ocupa más especialmente, constituye el segundo término de nuestro ideal revolucionario.

Actualmente el Comunismo es también el ataque, es la toma de posesión, en nombre de toda la humanidad, de toda la riqueza existente en el globo. En la sociedad futura el Comunismo, la riqueza existente será gozada por todos los hombres según el principio: de cada uno según sus fuerzas y cada uno según sus necesidades, o por este otro: de cada uno y a cada uno según sea su voluntad.

Por eso es preciso notar—y esto respondiendo sobre todo a los comunistas autoritarios o partidarios del Estado—que la toma de posesión y usufructo de toda la riqueza existente, debe ser, a nuestra opinión, obra del pueblo. No haciéndolo el pueblo, los individuos que podrán apoderarse de las riquezas y asegurarlas en sus manos pretenderán inculcar la necesidad de instituir una clase entera de directores, de representantes y de depositarios de la riqueza común. No somos de este parecer.

No queremos intermediarios, ni representantes que acaban siempre por abrogarse a sí mismos la facultad de representar; no queremos moderadores de igualdad como no queremos reguladores de libertad; no queremos un nuevo gobierno, un nuevo Estado por más democrático, revolucionario o previsor que él se diga.

Diseminadala Tierra toda, perteneciendo

de derecho a la humanidad entera, la riqueza común será utilizada en común por aquellos que la tengan a su alcance o sean capaces de utilizarla. Los habitantes de una región dada utilizarán la tierra, las máquinas, los laboratorios, las casas, etc., de la región, sirviéndose de todo en común. Haciendo parte de la humanidad ejercerán de hecho y directamente sus derechos sobre una parte de la riqueza humana. Pero si un habitante de Pekín allí acudiera, tendría los mismos derechos que los otros, gozaría en común como los otros, de toda la riqueza de aquel lugar exactamente igual como lo hacía en Pekín.

Mentía, pues, intencionadamente aquel orador que acusaba a los anarquistas de querer constituir la propiedad corporativa. ¿Valdría la pena de destruir un Estado para sustituirlo por una multitud de pequeños estados? ¡matar al monstruo de una sola cabeza para luego alimentar un monstruo de mil cabezas!

¡No! tenemoslo dicho y no nos cansaremos de repetirlo: nada de intermediarios, nada de correctores y servidores oficiosos que pronto se convierten en verdaderos patronos. Queremos que toda la riqueza existente sea tomada y actuada directamente por el pueblo y

que en él mismo resuelva el mejor modo de gozar de ella en cuanto a la producción y en cuanto al consumo.

¿Será por eso, realizable el Comunismo?—nos preguntan. ¿Habrá productos suficientes para dejar a cada uno el derecho de tomar lo que quiera sin exigir a los individuos más trabajo que aquel que cada uno de por sí quiera realizar?

Nosotros respondemos: Sí, ciertamente; podrá adoptarse el principio de cada uno y a cada uno según su voluntad, porque en la sociedad futura la producción será tan abundante que ninguna necesidad habrá de limitar el consumo, ni de requerir a los hombres más trabajo que el que ellos buenamente presten.

Este aumento de producción, de que hoy es difícil hacerse idea exacta, puede preverse examinando las causas que la provocarán. Estas causas pueden reducirse a tres principales.

- a) la armonía de la cooperación, en los diversos ramos de la actividad humana, en vez de la lucha actual que toma su origen en la concurrencia.
- b) la introducción en grande escala de toda clase de máquinas;
- c) la economía considerable de fuerzas, de instrumentos y de primeras materias que resultará de la supresión de producción nociva e inútil.

La concurrencia, la lucha representa uno

de los dos principios fundamentales de la producción capitalista que tiene por divisa: **En tu muerte está mi vida.** La ruina de uno es la fortuna de otro. Y esta lucha encarnizada se sostiene entre nación y nación, entre pueblo y pueblo, entre individuo e individuo, tanto entre los trabajadores como entre los capitalistas. Es una guerra a muerte, un combate que reviste todas las formas; cuerpo a cuerpo, en bandos, en escuadras, en regimientos, en cuerpos de ejército. Un operario encuentra trabajo cuando otro lo pierde; una o más industrias prosperan cuando otras industrias declinan.

Ahora imaginad que enorme transformación se verificará entonces en los resultados de la producción, cuando el principio individualista de la producción capitalista **cada uno por sí y contra todos y todos contra cada uno** aparecerá sustituido por el verdadero principio de la sociabilidad humana **uno para todos y todos para uno.** Imaginad cuanto aumentará la producción, cuando cada hombre en vez de verse obligado a luchar contra todos los otros se verá por ellos ayudado viendo en ellos co-operadores y no enemigos. Si el trabajo colectivo de diez hombres asegura resultados absolutamente imposibles para diez hombres aislados, cuantos mayores serán los que se obtendrán por la mayor cooperación de todos los hombres que hoy trabajan luchando unos contra otros!

¿Y las máquinas? El concurso de estos poderosos auxiliares del trabajo por importante que nos parezca hoy es poca cosa comparado con lo que será en la sociedad del porvenir!

En nuestros días la máquina tiene a menudo contra sí la ignorancia del capitalista y muchas veces también en sus intereses. ¿Cuántas máquinas vemos paralizadas únicamente porque no dan al capitalista un provecho inmediato! ¿Por ventura los propietarios de las minas de carbón, por ejemplo, vémosles dedicar parte de sus ganancias a salvaguardar

los intereses de los operarios o disponen la construcción de aparatos caros para que con toda seguridad pueden los mineros bajar al fondo de los pozos? Y los municipios ¿para qué preocuparse de introducir máquinas de machacar piedra, cuando este terrible trabajo les proporciona un medio económico de dar una limosna a los hambrientos? ¿Cuántos de cubrimientos, cuántas aplicaciones de la ciencia sin letra muerta simplemente porque no ofrecen bastante lucro al capitalista!

El propio trabajador es en el presente un enemigo de las máquinas, y con razón, sabiendo que ellas no son más que monstruos que le arrojan de la fábrica, que le condenan al hambre, que le envilecen, que le torturan, que le matan. Y no obstante, qué enormes riquezas no sacaría multiplicando el número de ellas cuando éstas por el contrario estuvieran a su servicio, favoreciendo, laborando su bienestar!

Finalmente debemos reconocer la considerable economía que resultaría en los tres elementos del trabajo: la fuerza, los instrumentos y las materias hoy horriblemente desperdiciadas en producir cosas inútiles o perjudiciales a la humanidad.

Cuantos trabajadores, cuantas materias, y cuantos instrumentos de trabajo no se emplean hoy para los ejércitos de mar y tierra, para construir los buques de guerra, las fortalezas, los cañones y todos esos arsenales de armas ofensivas y defensivas! Cuantas fuerzas se gastan para producir objetos de lujo que ni apenas sirven para satisfacer pruritos de vanidad y corrupeión!

Y cuando esta fuerza, todas estas primeras materias, todos estos instrumentos se apliquen a la industria, a la producción de los objetos que servirían para producir, qué prodigioso sería el aumento de producción que admiraríamos.

Carlos CAPIERO

Las ideas comunistas

Las utopías comunistas en el siglo XVIII. - Juan Meslier. - Montesquieu y Juan Jacobo Rousseau. - Helvetius, Turgó y los fisiócratas. - Diderot y Marmontel. - Morelly. - D'Argenson. - Mably. - Mercier y Rétif de la Bretonne. - Dom Deschanps. - Brissot, Marat y N. Pinel. - Las sectas en Rusia. - La rebelión de Pugatchev. - Los pensadores de la Gran Bretaña. - Burke y Tomás Spencer. - Ogilvie. - Godwin. - Fitche en Alemania. - Syvain Marechal, Babæuf y Boissel. - La revolución francesa. - Carrier y Fouché. - La Conspiración y el manifiesto de los iguales.

Cuando en el siglo XVII, en Francia, el despotismo real (1) y la centralización política consiguieron detener el pensamiento humano, en el siglo XVIII presenciábamos una intensa fermentación de las ideas morales,

políticas y económicas. En la primera mitad de este siglo vemos un verdadero derroche de novelas utópicas al modo de la historia de "Séberambes", como "Los Diálogos o conversaciones entre un salvaje y el barón

de Houtan", por Gueudeville (1704), el «Nuevo Gulliver», debido al abate Desfontaines (1717) y muchos otros. El buen salvaje, el hombre simple, honrado, de la naturaleza, hace su aparición en oposición al hombre pervertido por la civilización. Se celebran las virtudes de la comunidad de los bienes y de la vida, la ausencia de lo tuyo y lo mío. No hay ricos, ni pobres, ni ociosos. En estas utopías en forma de novelas y en algunas producciones teatrales como «Arlequín salvaje» de Delisle (1721), la nota comunista, y por lo tanto, socialista, está muy acentuada. La propiedad privada está combatida en provecho del comunismo. Pero al lado de estas obras netamente socialistas, abundan las que se limitan a la crítica de la sociedad de entonces, a indicar reformas políticas, morales y a veces económicas, pero que no son de naturaleza socialista. Sus autores son unos filántropos como el abate Saint-Pierre.

Pero en aquella época, finales del reinado del rey Sol, vivía en una humilde parroquia de la Champaña, un sacerdote, Juan Meslier, verdadero socialista. Ateo, materialista, se dejó morir de hambre (1729 o 1733) porque no pudo obtener justicia de un señor que maltrató a unos campesinos. Meslier dejó un testamento cuyas copias manuseritas circunaron. Este monumento del espíritu humano no se publicó hasta 1864. El autor la sufrió, y sobre todo, vió sufrir. Por esto resulta algo violento y con simpatía desea «que todos los grandes de la tierra y los nobles se vean ahorcados y estrangulados con las estolas de los curas». Ricos, monjes, curas, gentes de justicia y de policía son unos gándules, unos parásitos. Los pobres son sus esclavos. Es necesario rebelarse. Y Meslier preconiza esta rebeldía con rudeza. Obligáronle a callar, y entonces confió únicamente al papel sus íntimos pensamientos, poniendo en su testamento todo lo que él llevaba de ardor, de odio, de amor. Los males sociales tienen su origen en la desigualdad que descansa sobre la religión y la propiedad. Es necesario destruir las. Todos los bienes deben poseerse en común, y en común disfrutarlos. Con el comunismo no habrá miseria. Meslier es tan avanzado en política como en economía y preconiza el municipio independiente, autónomo, federándose por regiones con los demás municipios semejantes. Ensalza asimismo el matrimonio libre, sin sanción legal. No cabe duda que es un socialista, hasta con fuertes tendencias anarquistas. Sirve de transición, como ha dicho Lichtenberger, entre John Ball y Bakunin.

Del testamento de Juan Meslier, el siglo XVIII no conoció verdaderamente más que

la parte antireligiosa, cuyos extractos fueron publicados por Voltaire y d'Holbach. No tuvo, por consiguiente, gran influencia sobre el pensamiento socialista. Montesquiu y Rousseau la tuvieron mayor. Montesquiu celebra el comunismo primitivo de los pueblos agricultores y pastores, admira las misiones del Paraguay creadas por los jesuitas, verdaderos precursores del socialismo de Estado. Concibe bien la democracia como una república igualitaria desde el punto de vista económico y político. Y sin embargo, no es socialista, puesto que lo que quiere no es el comunismo, no la propiedad perteneciente a una colectividad, sino que cada individuo posea una propiedad igual. Rousseau se acerca más al socialismo, por más que en ninguna parte propone el comunismo. Con todo escribe: «quiero, en una palabra, que la propiedad del Estado sea tan grande y fuerte como pequeña y débil de los ciudadanos». Canta el hombre de la naturaleza, la igualdad natural y hace observar que la propiedad privada, lo tuyo y lo mío, son el origen de los crímenes, de los asesinatos, de las miserias, de los castigos, etc. Los ricos son unos ladrones. Traer bajar es un deber indispensable para el hombre social.

Con Rousseau, casi todos los pensadores y filósofos de la época se niegan a ver en la propiedad un derecho natural. Es de origen social. Es el producto de un contrato, una concesión de las leyes civiles; el Estado es dueño de organizar en cualquier momento de su existencia y como le plazca, la propiedad. Helvetius, Gras'in, Linguet, Turgot y otros fisiócratas, Diderot, defienden esta tesis de origen de la propiedad y se entregan a una crítica acerba, ruda, de la sociedad de su tiempo. En muchos escritos se encuentran exactamente las mismas críticas sociales que hoy leemos en los libros de los socialistas.

Diderot ve en la propiedad la fuente de los vicios, y a pesar de esto, en muchos lugares de su obra la defiende. Es verdad que en un «Suplemento al hé un ditirambo en favor del comunismo de los bienes y hasta de las mujeres. Pero mejor parece una humorada suya que una verdadera apología del comunismo: No es así en los «Incass» de Marmontel, que es un real elogio del comunismo peruano.

Por lo demás, hay una literatura bastante abundante en la que reina el espíritu comunista, haciéndose el elogio de los hermanos Moravos, de las comunidades de la Auvernia y de Orleans, especie de experimentos comunistas, análogos a los que se han hecho varias veces en la América del Norte, en In-

glaterra y en Francia. Muchos son los padres y abates que renuncian las tesis de los padres de la Iglesia sobre las riquezas y sobre la usura, tronando con los ricos y ensalzando a veces el comunismo, cosa que también ensalzan otros escritores protestantes. Todo esto es de un socialismo muy vago. No así la **Basilíada** (1753) y sobre todo el **Código de la Naturaleza** (1755) de Morelly.

La primera obra es una novela utópica que cuenta la vida de los pueblos que viven en estado de naturaleza: «La despiadada propiedad, madre de todos los crímenes que inundan el resto del mundo, aquí es desconocido. Nadie dice «mi» bucy. La felicidad individual está íntimamente ligada a la felicidad común. La comunidad de los bienes junta más eficazmente a los hombres que el interés personal. En este país los bienes son, pues comunes. El trabajo se hace en común, de muy buen corazón, pues todos se ayudan mutuamente, siendo grande la fraternidad. Los productos depositados en grandes almacenes, se distribuyen a prorrata de las necesidades. El matrimonio es absolutamente libre. Hasta las efusiones del amor son públicas, sin que nadie vea en ellas cosa impúdica. Todos son iguales, a pesar de haber un rey.»

Morelly, daba la imagen de una sociedad comunista, algo autoritaria. Preciso más su ideal en su **Código de la Naturaleza**. Para él los bienes han de ser comunes, importando poco la forma de la propiedad. Esto es puro socialismo. No quiere de ningún modo el reparto de la propiedad, ni igual ni desigual; quiere la propiedad común. Da un modelo de legislación para una sociedad comunista, fijando las reglas de un modo muy detallado. Establece tres leyes fundamentales: 1.º Nada en la sociedad pertenecerá singularmente ni en propiedad a nadie, fuera de las cosas de uso momentáneo; 2.º todo ciudadano será hombre público, mantenido y ocupado a costa del público; 3.º todo ciudadano contribuirá por su parte a la utilidad pública.

Con una serie de leyes, Morelly, reglamentó minuciosamente los trabajos y la distribución de los productos, distribuidos cuidadosamente por magistrados. Nada de ventas entre los ciudadanos. El matrimonio es obligatorio. La crianza de los niños se efectúa en común. Un Senado de los viejos dirige todo. Los crímenes y delitos, castigados con prisión. **Los condenados serán mantenidos ociosamente.**

El **Código de la Naturaleza** fué muy leído. Tanto los sabios, como los ignorantes y las mujeres sufrieron vivamente su influencia, según nos relata Voltaire. D'Argenson, mi-

nistro del Estado, se entusiasmó con esta obra. La ensalza en sus memorias. Verdad es que era ya un gran admirador de las misiones paraguayas. Protesta contra el sistema capitalista, que entonces estaba en su aurora, y contra la herencia en línea colateral. Ha analizado las causas de la desigualdad y ha descubierto que deriva de la propiedad individual.

Con todo, el ideal de D'Argenson, no es, hablando con propiedad socialista, puesto que desea que las tierras que posean los que cultivan y nadie más que los que las cultivan. Por lo tanto, la propiedad es en cierto grado individual. Pide el municipio autónomo, y es partidario de un despotismo ilustrado.

Con las obras del abate Mably (1768 y 1776), vemos un regreso a las antiguas repúblicas. Es comunista como Morelly. Como Rousseau, considera bueno el hombre de la naturaleza, mala la civilización. Mably, describe un régimen social con comunidad de bienes, sin industria, ni comercio. El Estado, propietario de todo, distribuye a los particulares las cosas de que tienen necesidad. La moral que defienden Mably, Rousseau y Morelly, es la misma: la moral del interés.

Mercier, filántropo y sensible, trueno contra los ricos, pero no ataca el principio de la propiedad; Rétif de la Bretonne, lo ataca y es deliberadamente comunista. En sus utopías, **El campesino pervertido** (1776) y **Australia descubierta** (1782), se erige en defensor ardiente de la posesión común de los bienes puesto que, dice «la ley de la propiedad es la fuente de toda la miseria del hombre. Todo el mundo trabaja; seis horas diarias bastan. Nada de gentes de justicia ni de pleitos. La fraternidad y la igualdad reinan soberanamente. Las mujeres son comunes en el sentido de que no pasan toda su vida con un mismo hombre. Los niños criados en común. Las novelas utópicas y socialistas de Rétif de la Bretonne, no tuvieron, al parecer, gran resonancia. Con todo, Lichtenberger, asegura que ejercieron influencia sobre Fourier y Saint-Simón.

Morelly, Mably, d'Argenson, y Rétif de la Bretonne son comunistas más o menos saturados de autoritarismo; Dom Deschamps, bretón, es netamente comunista anarquista, en una obra escrita en 1770 que quedó manuscrita, puesto que Beusire publicó solamente su esencia en 1865. El benedictino Dom Deschamps es ateo, determinista, transformista, al modo de Darwin, y directo predecesor de Hegel, que seguramente pudo tener conocimiento, directo o indirecto, de la obra manuscrita de este metafísico francés. «Debemos

tender a nuestra felicidad por medio de la felicidad de los demás si queremos que éstos tiendan a la suya por medio de la nuestra», escribe Dom Deschamps. Es adversario de las leyes y preconiza una sociedad en que no existan, en la que reine un «estado de costumbres». «Si queremos figurarnos de autemano este estado de costumbres, no tenemos más que figurarnos los hombres fuera de las ciudades, que disfrutan sin inconveniente, sin leyes y sin rivalidades, de toda la abundancia, de toda la salud, de toda la fuerza contra todo lo que podría perjudicarles, de toda la tranquilidad de alma y de toda la felicidad que la vida campestre, la igualdad moral y la comunidad de los bienes, incluso la de las mujeres, pueden procurarles». El estado social ideal que desea Dom Deschamps es el comunismo anarquista.

El benedictino de Montreuil, Bellay, es un antepasado inmediato del socialismo, mucho más que Brissot de Warville que, no obstante, es generalmente considerado como tal. Este filósofo ha afirmado que toda propiedad viene de una usurpación, pero por otro lado concuye en la necesidad de conservarla y se limita a pedir una disminución de las penas indigidas al robo. Este objetivo tiene también J. P. Marat en su «Plan de legislación criminal» y Nicolás Pínel en su «Disertación sobre la pena de muerte.» Y aún este último en su protesta contra el derecho de propiedad emite algunas tendencias socialistas que permiten considerarlo como un abuelo del socialismo.

Todos los escritores franceses de esta segunda parte del siglo XVIII atacan los prejuicios sociales, examinan todos los principios de moral, la religión, el matrimonio, la propiedad, etc. Buen número de ellos admiran al buen salvaje. Increíble es el número de tai-tianos, inoqueses, peruanos, hurones, indios, etc., que no cantan alabanzas a un comunismo más o menos vago en multitud de novelas utópicas, relatos imaginarios, que critican de un modo duro las riquezas, el lujo, la desigualdad de la sociedad de entonces.

Así es que citaremos aún una utopía curiosa y muy ignorada actualmente—cuyo autor nos ha sido imposible descubrir — y cuyo título es: «Descubrimientos en el mar del Sur, noticias del señor Lapeyrouse hasta 1794, huellas de su viaje encontradas en diversas islas y tierras del Océano poblada por emigrantes franceses».

Su desconocido autor, en un marco admirable desde el punto de vista de la naturaleza

y del clima, dibuja con calor una sociedad falansteriana.

Mientras en Francia filósofos y pensadores se entregan al placer de dejar correr su imaginación trazando construcciones de sociedades ideales, en Rusia las poblaciones procuran realizar estos sueños de los pensadores. Muchas de estas poblaciones forman sectas: los Raskolniks, los Biegunys, los Doukhoborkzis, y otras sectas racionalistas. Reclaman la igualdad y la libertad para todos. No aceptan ni autoridad ni patria. Son ciudadanos del Universo. Se niegan al servicio militar, no quieren sacerdotes ni imágenes de Dios. Se levantan

claman el matrimonio libre. Su ideal es la posesión indivisa del suelo, el trabajo en común y la posesión común de los productos. Partidarios del «self government» (gobierno de ellos por ellos mismos), afirman el derecho de cada uno a la parte igual de los bienes. Basan sus doctrinas sobre la biblia y los evangelios. Es muy probable que las sectas protestantes de la Europa occidental hayan influido sobre la formación de estas sectas reaccionistas, racionalistas, de la Rusia.

Los sectarios no se contentan con predicar sus ideales, quieren ponerlos en práctica, y se producen sublevaciones como la de Stenka Razin, a fines del siglo XVII, como la más importante de Pougatchew en 1773. Por lo demás, todo les empuja a sublevarse: más que su ideal, sus crueldades, su miseria, la violación de las siervas, etc.

Los motines parciales no cesan desde 1762 a 1773. A pesar de las matanzas, del knut, del destierro, del descuartizamiento, se producen sin cesar para llegar al fin a la gran rebelión de Pougatchew, que poco faltó para que triunfara. Millares de campesinos pusieron en movimiento. Derrotaron a los ejércitos imperiales, pero siendo masas sin cohesión y sin disciplina, se diseminan, se separan y al fin se dejan vencer. Salvaje entonces la represión. No faltan los suplicios atroces: descuartizamientos y hogueras, hasta el extremo de que los mismos campesinos se queman a la vista de los soldados antes que entregarse. La soldadesca da caza a los que huyen a los bosques, una caza en toda regla. El látigo y el vergajo por únicos argumentos. Las sectas quedan sometidas, pero no destruidas. Hasta creen y progresan, efecto habitual de todas las persecuciones.

En Inglaterra las persecuciones son menos

aguas por más que las autoridades gubernamentales persiguen y condenan a los atrevidos pensadores que atacan los principios de la propiedad, del Estado y de la religión. Burke escribe su libro «A vindication of natural society» (1756), considerado por todos como una burla agradable, una diversión sin serias consecuencias. Tomás Spencer, un institutor, propone en 1775 a la sociedad filosófica de New Castle On Tyne que todo el suelo y el subsuelo, y las aguas, sean de propiedad común y las rentas de pertenencia de todos. Diez años más tarde (1785) publicaba su «Spensonia», una ideal república en que

gunas a la América del Norte. En fin, en 1793, W. Godwin, publica su célebre «Political Justice», libro en el cual la crítica de la sociedad en nombre del derecho natural a la igualdad es tan fuerte y poderosa, que concluye en la necesidad de la posesión común de los bienes.

En Alemania el socialismo no aparece sino en la obra de Fichte, «Gescholossene Handelstaad» (1796). Verdadero predecesor de los socialistas de Estado, dice en sustancia: «el que no trabaja no tiene derecho a obtener de la sociedad medios de existencia... La so-

El boycot es el arma más formidable con que cuenta la clase trabajadora organizada. Pero, como todas las armas, hay que saber emplearla para que surta los efectos deseados.

Cuando fracasa el argumento contundente de huelga general, en casos específicos en que entra en juego la dignidad del proletariado, la colectividad laboriosa declara la guerra a muerte al capitalista provocador: tal en el caso del industrial Vasena, responsable de la semana sangrienta de Enero, y en el otro bien típico de la compañía Piccardo y Cía. (el 43), sojuzgadora de mujeres y escarnecedora de dignidades.

La F. O. R. A. Comunista ha oficializado estos dos boycots, que afectan dignidades colectivas e interesan a toda la familia proletaria.

¡Guerra, pues, contra los Talleres Metalúrgicos Pedro Vasena Cía. Lda y contra el Trust del Tabaco, representado en la coalición Piccardo y Cía. y Compañía Argentina de Tabacos!

el Estado es propietario de todo, en que reina el sufragio universal para los dos sexos. La posesión común del suelo y del subsuelo es una cosa muy deseada por los escoceses, puesto que en 1781 vemos a Ogilvie que publica en Aberdeen «An assay on the right of property in land» (Ensayo sobre el derecho de propiedad del suelo). En este ensayo demuestra que la posesión común del suelo, es de toda justicia. Unas cuantas sectas religiosas pequeñas, escocesas, hacen esfuerzos para realizar el comunismo, pero desaparecen víctimas de las persecuciones, dispersadas, huyendo al-

ciudad debe a todos los medios de trabajo y todos deben trabajar para vivir... El trabajo y el reparto han de organizarse colectivamente; cada individuo, por una parte determinada de capital que constituye su propiedad conforme a derecho... Los agricultores y los obreros se asociarán para producir con el menor esfuerzo posible.»

En Francia toda la sociedad está en activa fermentación. Estamos en vísperas de la Gran Revolución burguesa. Las ideas socialistas que fueron bastante raras a principios del

sig'lo XVIII se han vuelto frecuentes. El comunismo es un lugar común de la moral. Con todo, no hay un movimiento general; nada más que movimientos aislados: Entre los escritores no hay, a menudo, ninguna filiación ni relación. Los pensadores pasan por el tamiz de la razón la propiedad y esto basta para dejar en una mala postura la posesión individual de los bienes. Hay escritores de tendencias socialistas, pero no socialistas verdaderos, a excepción de Meslier, de Sylvain Marechal, de Babœuf y de Boisse'.

En 1781 Sylvain Marechal publica su «Nuevo Lucrecio» y en 1788 sus «Apólogos modernos para uso de un delfín», erigiéndose en defensor del comunismo. Babœuf y Boissel hacen lo mismo en «Catecismo del género humano», (1789). Todos estos escritos, producidos de los defectos de la sociedad de entonces, de las injusticias y de los males sociales, ejercen naturalmente una influencia sobre la masa popular contemporánea suya y más tarde sobre los pensadores del siglo siguiente. La masa común del pueblo sufre, gime, se queja y se rebela en todas partes. Hay movimientos populares contra los ricos — en general contra los nobles — en Bretaña, en el Delfinado, en el Franco Condado (1787-1788), pero la represión consabida les vuelve al orden momentáneamente. Viene el año 1789 y los Estados Generales. En los «Cahiers» se pone en litigio el principio de la propiedad. Corren por el país libelos y manifiestos en favor del tercero y cuarto estado (campesinos y obreros). Pero ninguno está impregnado de socialismo. Al acentuarse la revolución producen algunos movimientos contra los ricos.

Los revolucionarios fulminan sus rayos contra el negociantismo, como Fouché y Carrier en Nantes (1790-1793), en el Nivre (1793). En fin, sobreviene la Conspiración de los Iguales (1796) con Babœuf, Darthé, Buonarotti, Sylvain Marechal, Rossignol, etc. El Manifiesto de los Iguales está impregnado de socialismo. Reclama bienes: «No más propiedad individual, territorial, dice. La tierra no es de nadie. Reclamamos, queremos el disfrute común de los frutos de la tierra; éstos pertenecen a todo

el mundo...» Y en el «Tribun du Peuple» se lee: «Es necesario despropietizar la Francia. En mi felicidad común quiero que no exista ninguna propiedad individual...» Babœuf, Buonarotti y sus conspiradores decidieron que el Comité insurreccional publicara durante la insurrección dos acuerdos en virtud de los cuales los pobres serían inmediatamente vestidos a costa de la República y albergados en el mismo día en las casas de los ricos a quienes no se dejaría más que la habitación indispensable».

Pero la conspiración de los Iguales fracasó a pesar de sus 17.000 afiliados, a consecuencia de la traición de un oficial. El tribunal de justicia funcionó, y en 1797 Babœuf y Darthé pagaron con su cabeza su amor a la humanidad. La Revolución francesa que habría podido ser social no pasó de política; pero la obra de los babuistas no fué estéril. Por medio de Buonarotti y otros, influyó sobre los pensadores del siglo XIX, como lo veremos en otro fol'eto en el que contaremos la Historia del Socialismo durante el siglo XIX.

A. HAMON.

(1) En 1675 aplastó la rebelión del Papel Timbrado o de los Gorros Rojos, en Bretaña. Esta sublevación de artesanos y sobre todo de millares de campesinos, tenía orígenes sobre todo económicos: miseria, corveas, impuestos, vejaciones por parte de los nobles. Se incendiaron algunos castillos y se mataron unos cuantos nobles; en gran número fueron los campesinos ahorcados o enviados a las galeras. Es igual que en las sublevaciones campesinas de Alemania e Inglaterra, entre los rebeldes figuraban unos pocos sacerdotes y gentes de ley, uno de los cuales, el notario Le Balp, fué jefe. Seguramente se debe a uno de ellos el «Código Campesino», reglas que pretendían imponer en su sublevación. En ciertas partes preconiza el comunismo de los bienes y hasta de las mujeres. Hay que hacer notar el hecho curioso de que estos rebeldes bretones tenían como emblema la bandera roja.



Congresos Provinciales

La Federación Obrera Provincial Sanjuanina y la Federación Obrera Provincial de Santa Fe - Los trabajadores del país toman orientaciones precisas - Hacia el verdadero sindicalismo.

En los días 2, 3 y 4 de abril p.pdo., en el Cinema "Royal", de la ciudad de San Juan, realizó su primer congreso ordinario la Federación Obrera Provincial Sanjuanina. La orden del día abarcaba pequeños y grandes problemas de la lucha sindical, en estos momentos que parecen definitivos para la vida de los organismos obreros de resistencia. Las inferiores necesidades de la lucha, la misma brutalidad con que el capitalismo quiere contrarrestar el avance de la revolución, hacen que el proletariado, aun a su pesar, saque energías de su debilidad y videncia de su ceguera... y se estremeza todo al impulso de una racha vivificante, renovadora, que serena su espíritu y le da fe y energías para tentar, en un esfuerzo supremo, el derrumbe total del viejo edificio social.

El proletariado sanjuanino, a pesar de su deprimente estado moral, bajo el acicate de la necesidad y la sugestión de algo que parece sobrehumano a los ojos de su conciencia casi infantil, estrecha filas y se apresta a ocupar los puestos de vanguardia. En el congreso realizado últimamente se notó la presencia de una minoría entusiasta, que tiene fe y siente verdadero amor por la causa emancipadora. Y ello significa un verdadero triunfo para el pequeño manojito de hombres que se atrevieron, ya hace años, a sembrar con perseverante arrojo, en tierra que parecía estéril, la roja semilla de la rebelión.

Hoy, como un contraste en el ambiente chafo y amodorrante de aquellas regiones casi inciviles, hombres nativos, aborígenes que pudieron librarse del veneno del alcohol, pecadores redimidos por las palabras fraternas de los rebeldes evangélicos, propagan la necesidad de la gran cruzada contra el capitalismo, liberadora del proletariado envilecido por el alcohol y bestializado por el trabajo...

El congreso de la Federación Obrera Provincial Sanjuanina, fué la síntesis de un gran poema que se entreteje en las garras sangrientas de la tragedia...

Y lo más significativo, lo que coloca a gran altura al proletariado sanjuanino es que, a pesar de vivir en un ambiente colonial, bajo la zarpa del grosero pajarraco clerical, entre las miasmas de una sociedad usurera y beatona y oyendo continuamente las aullidos

de los lobos de la superstición, ha aceptado los postulados de la F. O. R. A. Comunista: el Comunismo Anárquico.

¡Qué vergüenza para los que viven en Buenos Aires!

Por su parte, la Federación Obrera Provincial de Santa Fe realizó los días 23, 24, 25 y 26 de abril un congreso provincial, al que fueron convocadas todas las sociedades adheridas y autónomas de la provincia. En el momento que escribimos estas líneas no tenemos datos que nos sirvan de juicio para un comentario, debiendo limitarnos a transcribir la orden del día, para que se juzgue la importancia de aquel acto:

ORDEN DEL DIA

1. Apertura del Congreso e informe del Consejo.
2. Nomenclamiento de la mesa y Comisión de Poderes.
3. Informe de la Comisión de Poderes.

ASUNTOS INTERNOS

1. Balances.
2. Disciplina Sindical.
3. Constitución de los sindicatos agrícolas o trabajadores rurales por localidad. ¿Cree esa sociedad que deben de constituirse? ¿Deben entrar a formar parte de este sindicato todos los trabajadores rurales? ¿Cuáles son los trabajadores que entran en esta categoría?
4. Constitución y demarcación de las comarcas. ¿Debe ser por departamento, por zonas agrícolas o por líneas ferroviarias?
5. Ratifica esa sociedad los acuerdos tomados en el congreso de la F. O. R. A. Comunista? ¿Cree esa sociedad que sea posible la unificación obrera? ¿Sobre qué base se haría efectiva?
6. ¿En qué caso queda facultado el Consejo Provincial para declarar huelgas generales o tomar otras medidas de acción colectiva y sindical?
7. Renovación del consejo.
8. Renovación del Comité Pro-Presos.
9. Asuntos varios de carácter interno.

ASUNTOS GENERALES

1. ¿Cuáles son las razones que obligan a una sociedad a permanecer autónoma?
2. ¿Qué actitud se debe asumir con las sociedades que sin razones internas y de orden sindical permanecen sistemáticamente en el terreno autonomista?
3. Ante la reacción capitalista ¿qué medios de lucha, además de los ya conocidos dentro de la acción directa, se pueden usar para la defensa sindical?
4. ¿Se deben constituir los Consejos técnicos de obreros, y cuál será su misión y cómo serán controlados?
5. Asuntos varios.
6. Clausura del Congreso.

Todos los actos del proletariado en sus funciones colectivas tienden a coordinar su acción sindical y a definir posiciones en el terreno de la lucha económica. Las organizaciones de resistencia adquieren cada vez más potencialidad revolucionaria, más valores cualitativos y cuantitativos dejando a un lado

el risueño optimismo de otros tiempos y también el pesado lastre que empujó durante muchos años a instituciones que sumaban muchos ceros... Las minorías han triunfado sobre el androginismo de los corporativistas (amigos de dios y del diablo) y la clase trabajadora comienza a tener noción de su potencialidad y asume de hecho la actitud que corresponde a las actuales circunstancias.

¿Surgirá de la selección que se está operando en los sindicatos obreros el verdadero sindicalismo revolucionario? Hay circunstancias especiales que favorecen la acción inteligente de los que han comprendido la misión histórica que deben llenar las organizaciones obreras, por lo que es de esperar surja radiante la clarísima estrella que ha de servir de norte al proletariado.

El proletariado de Santa Fe responde en un todo a los postulados de la F. O. R. A. Comunista y esperamos de su congreso claras y terminantes resoluciones. El porvenir es nuestro. ¡Hay que organizar, pues, la cruzada contra el capitalismo mundial, la guerra santa de los oprimidos contra los opresores!



Acuerdos de ayer...

Federación Obrera Regional Argentina

PACTO DE SOLIDARIDAD APROBADO EN EL V CONGRESO REGIONAL

Considerando: Que el desenvolvimiento científico tiende, cada vez más, a economizar los esfuerzos del hombre para producir lo necesario a la satisfacción de sus necesidades; que esta misma abundancia de producción desaloja a los trabajadores del taller, de la mina, de la fábrica y del campo, convirtiéndolos en intermediarios, y haciendo con este aumento de asalariados improductivos, cada vez más difícil su vida; que todo hombre requiere para su sustento cierto número de artículos indispensables y por consiguiente, necesita dedicar una cantidad determinada de tiempo a esta producción, como lo proclama la justicia más elemental; que esta sociedad lleva en su seno el germen de su destrucción en el desequilibrio perenne entre las necesidades creadas por el progreso mismo y los medios de satisfacerlas, desequilibrio que produce las continuas rebeliones que en forma de huelgas presenciamos; que el descubrimiento de un nuevo instrumento de riqueza y la perfección de los mismos lleva la miseria a miles de hogares, cuando la razón nos dice que a mayor facilidad de producción debiera corresponder un mejoramiento general de la vida de los pueblos; que este fenómeno contradictorio demuestra la viciosa constitución social presente; que esa constitución nociva es: causa de guerras intestinas, crímenes, degeneraciones, perturbando el concepto amplio que de la humanidad nos han dado los pensadores modernos basándose en la observación y la inducción científica de los fenómenos sociales; que esta transformación económica tiene que reflejarse también en todas las instituciones; que la evolución histórica se hace en el sentido de la libertad individual; que ésta es indispensable para que la libertad social sea un hecho; que esta libertad no se pierde aglomerándose con los demás productores, antes bien se aumenta por la intensidad y extensión que adquiere la potencia del individuo; que el hombre es sociable y por consiguiente la libertad de cada uno no se limita por la del otro, según el concepto burgués, sino que la de cada uno se complementa con la de los demás; que las leyes codificadas e impositivas deben convertirse en constatación de leyes científicas vividas de hecho por los pueblos y gestadas y elaboradas por el

pueblo mismo en su continua aspiración hacia lo mejor, cuando se haya verificado la transformación económica que destruya los antagonismos de clase que convierten hoy al hombre en lobo del hombre y funde un pueblo de productores libres para que al fin el burgués y el proletario, el amo y el esclavo, señor y el señor, el aristócrata y el plebeyo, que con sus diferencias han ensangrentado la historia, se abracen bajo la sola denominación de hermanos:

El IV Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina declara que ésta debe dirigir todos sus esfuerzos a conseguir la completa emancipación del proletariado, creando sociedades de resistencia, federaciones de oficios afines, federaciones locales, consolidando la nacional, para que así, procediendo de lo simple a lo compuesto, ampliando los horizontes estrechos en que hasta hoy han vivido los productores, dándose a éstos más pan, más pensamiento, más vida, podamos formar con los explotados de todas las naciones la gran confederación de todos los productores de la tierra, y así solidarizados podamos machar, firmes y decididos, a la conquista de la emancipación económica social.

Basos Orgánicas:

- 1.º Organización de la clase obrera de la república en sociedades de oficios.
- 2.º Constituir con esas sociedades obreras las Federaciones de oficio y oficios similares.
- 3.º Las localidades formarán federaciones locales; las provincias, Federaciones comarcales; las naciones, Federaciones Regionales; y el mundo entero, una Federación Internacional, con un Centro de Relaciones u Oficina, para cada Federación mayor o menor dentro de estas colectividades.
- 4.º Lo mismo en la Oficina Central, que se nombre para los efectos de relación y de lucha que los organismos que representen las Federaciones de oficio u oficios similares, a la par que serán absolutamente autónomos en su vida interior y de relación, sus individuos no ejercerán autoridad alguna, y podrán ser sustituidos en todo tiempo por el voto de la mayoría de las sociedades federadas reunidas por congresos o por voluntad de las sociedades federadas expresadas por medio de sus respectivas Federaciones Locales y de oficios.

5.º En toda localidad donde haya constituidas sociedades adheridas a la Federación Obrera Regional Argentina, ellas entre sí se podrán declarar en libre pacto local.

6.º Sentados estos principios, base fundamental de nuestra organización, se procederá a la constitución de las Federaciones Locales, sobre las bases de las ya existentes.

7.º La oficina de la Federación Obrera Regional Argentina, o sea el Consejo Federal, constará de nueve individuos, los cuales se repartirán los cargos en la forma que tengan por conveniente. Además formarán parte de la Oficina Central, o Consejo Federal, un delegado por cada Federación local, los cuales tendrán el carácter de secretarios corresponsales, con voz y voto, y deberán entenderse directamente con el Consejo Federal.

8.º Todas las sociedades que componen esta federación se comprometen a practicar entre sí, la más completa solidaridad moral y material, haciendo todos los esfuerzos y sacrificios que las circunstancias exijan, a fin de que los trabajadores salgan siempre victoriosos de las luchas que provoque la burguesía y en las demandas del proletariado.

9.º Para que la solidaridad sea eficaz en todas las luchas que emprendan las sociedades federadas, siempre que sea posible deben consultar a sus respectivas Federaciones, a fin de saber con exactitud los medios o recursos con que cuentan las sociedades que la forman.

10. La sociedad es libre y autónoma en el seno de la Federación Local; libre y autónoma en el seno de la Federación Comareal; libre y autónoma es en la Federación Regional.

11. Las sociedades, las Federaciones locales, las Federaciones de Oficio o de oficios similares y las Federaciones comarcas, en virtud de su autonomía, se administrarán de la manera y forma que crean más conveniente, y tomarán y pondrán en práctica todos los acuerdos que consideren necesarios para conseguir el objeto que se propongan.

12. Como cada sociedad tiene el derecho de iniciativa en el seno de su Federación respectiva, todos y cada uno de sus socios, tiene el deber moral de proponer lo que crea conveniente, lo cual una vez aceptado por su respectiva Federación deberá ésta ponerla en conocimiento del Consejo Federal para que éste a su vez lo ponga en conocimiento de todas las sociedades y Federaciones adheridas, y lo lleven a la práctica todas las que lo acepten.

13. Los Congresos sucesivos serán ordinarios y extraordinarios. Estos se celebrarán siempre que los convoquen la mayoría de las

sociedades pactantes, por sus federaciones respectivas, las cuales federaciones comunicarán su voluntad al Consejo Federal para los efectos materiales de la convocatoria.

Para los primeros se fijará la fecha en la sesión de cada Congreso.

En cuanto al lugar de la reunión lo fijará la mayoría de las sociedades pactantes, para lo cual serán consultadas por el Consejo Federal con dos meses de anticipación a la fecha acordada por el anterior Congreso, si se trata de los ordinarios.

14. Los delegados podrán ostentar en el Congreso todas cuantas representaciones les sean conferidas por sociedades de resistencia, conferidas en forma, pero sólo tendrán un voto cuando se trate de asuntos de carácter interno del Congreso.

Para los de carácter general tendrán tantos votos como representaciones.

15. Para ser admitido como delegado al Congreso, será necesario que el representante acredite su condición de socio en alguna de las sociedades adheridas a este pacto, o no ejercer o haber ejercido cargo alguno político, entendiéndose por tales los de diputados, concejales, empleados de la administración, etc.

16. Los acuerdos de este Congreso que sean revocados por la mayoría de las sociedades pactantes, serán cumplidos por todas las federaciones ahora y las que en lo sucesivo se adhieran.

17. En cada Congreso se determinará la localidad en que ha de residir el Consejo Federal, y la cuota que deberán abonar las sociedades adheridas, para la propaganda, organización y edición del periódico oficial.

18. Este pacto de solidaridad es reformable en todo tiempo por los Congresos o por el voto de la mayoría de las sociedades federadas; pero la Federación pactada es indisoluble mientras existan dos sociedades que mantengan este pacto.

ORGANIZACION.

El Congreso acordó el siguiente sistema de organización:

1.º Que los trabajadores de cada localidad se organizarán en sociedades de resistencia y de oficio, constituyendo una sección de Oficios Varios para los que por su escaso número no pueden constituir sección.

2.º Que todas las sociedades de una misma localidad se organicen en Federación Local, con objeto de fomentar la propaganda y desarrollar la organización, dictaminando por medio del Consejo local, formado por los delegados de cada sociedad, respecto a todos los asuntos que interesan al trabajo.

3.º Que las Federaciones locales de cada provincia constituyan la Federación comarcal, y celebren sus Congresos de la región, y nombren el Consejo Comarcal que sea el intermediario entre las Federaciones locales, desarrolle la propaganda, fomente la organización y comunique al Consejo Federal todo lo que se refiera al movimiento obrero, organización y aspiraciones.

4.º Que las Federaciones locales y comarcales constituyan la Federación Obrera Regional Argentina, la que celebrará sus congresos nacionales en los que los delegados de las sociedades y federaciones, resolverán todos los asuntos pertenecientes a la gran causa del trabajo, y nombrarán el consejo Federal que es el centro de correspondencia de toda la república, el intermediario entre todas las sociedades y federaciones, y el que sosteniendo continuas y solidarias relaciones con todos los organismos obreros de la nación servirá de medio para que los obreros de este país puedan practicar la solidaridad con todos los trabajadores del mundo, a fin de conseguir su completa emancipación social.

5.º Que las sociedades de un mismo oficio de distintas localidades constituyan la Federación de oficio, y que las sociedades afines de una o varias localidades constituyan la federación de oficios similares.

6.º Nuestra organización puramente económica es distinta y opuesta a la de todos los partidos políticos burgueses y políticos obre-

ros, puesto que así como ellos se organizan para la conquista del poder político, nosotros nos organizamos para que los estados políticos y jurídicos actualmente existentes queden reducidos a funciones puramente económicas, estableciéndose en su lugar una libre Federación de libres asociaciones de productores libres.

Los delegados al V Congreso agosto (1905) a fin de que las sociedades obreras no detuviesen su acción emancipadora en la conquista de mejoras inmediatas, las que prontamente serían arrebatadas, si en los trabajadores no existiese un conocimiento bien definido de sus derechos y de sus deberes, hacen la siguiente declaración:

“El Vº Congreso de la F. O. R. A., consecuente con los principios filosóficos que han dado razón de ser a las organizaciones de las Federaciones Obreras, declara: Que aprueba y recomienda a todos su adherentes la propaganda e ilustración más amplia en el sentido de inculcar a los obreros los principios económicos filosóficos del **COMUNISMO ANARQUICO**.

Esta educación, impidiendo que se detenga en la conquista de las 8 horas, le llevará a su completa emancipación y por consiguiente a la evolución social que se persigue”.

(Estos acuerdos fueron reafirmados en el congreso extraordinario efectuado en los últimos días de septiembre y primeros de agosto de 1920).



Fe de Erratas

Por el apresuramiento con que fueron hechas algunas páginas y la falta absoluta de tiempo para revisarlas prolijamente, se han deslizado algunos errores de imprenta, que creemos no modifican la substancia de los artículos y el pensamiento de sus autores.

Colaboradores y lectores, sabrán pasar por alto esas pequeñeces que solo pueden preocupar a académicos y ociosos críticos.

Para nosotros, lo importante es

que se expongan ideas y que se haga en la forma más clara posible, en lenguaje que entiendan los menos letrados....

Y eso casi lo hemos conseguido.



SALVANDO UN ERROR

Por error, en la página 25, en un breve suelto necrológico, dábamos 64 años de edad, en el momento de su muerte, al inolvidable camarada Pedro Kropotkine. Contaba, en cambio, el ilustre desaparecido, 79 años de existencia, si no mienten recientes informaciones que tenemos a la vista.

La Organización Obrera



Todos los buenos deseos del consejo federal para ver semanalmente en la calle nuestro vocero, se han estrellado contra obstáculos insalvables. Ya no sale ni semanal ni quincenalmente LA ORGANIZACION OBRERA, no por falta de voluntad, sino por el mal de siempre: las entradas de la F. O. R. A. Comunista no alcanzan para subvenir a las necesidades de un semanario y debemos conformarnos con que aparezca una vez al mes.

Es necesario que LA ORGANIZACION OBRERA ocupe su puesto en el periodismo revolucionario. ¿Por qué medios? El que tenga una iniciativa, que la esponga, y veremos si de una vez logramos materializar nuestras aspiraciones. Los compañeros tienen la palabra.

Trabajadores:

Leed LA PROTESTA, semanario anarquista, y TRIBUNA OBRERA, diario de la mañana, defensor de los intereses de los trabajadores.

Redacción y Administración: PERÚ 1537 - Buenos Aires